

---

*XARHLAI LA GITANA*

*iposa.narrativa.mariposa.narrativa.mariposa.narrativa.mariposa.narrativa.mariposa.narrativa.*


*posa.narrativa.mariposa.narrativa.mariposa.narrativa.mariposa.narrativa.mariposa.narrativa.*

*XIOMARA MAURA RODRÍGUEZ ÁVILA*

---

*XARAHLAI LA GITANA*



 Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007

Edición: Orestes Martín Solís Yero  
Diseño: Wilfredo Martínez  
Composición digitalizada: Virginia Pacheco Lien  
© Xiomara Maura Rodríguez Ávila, 2007  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Oriente, 2007  
ISBN 978-959-11-0579-0  
Instituto Cubano del Libro  
J. Castillo Duany No. 356  
Santiago de Cuba  
E-mail: [edoriente@cultstgo.cult.cu](mailto:edoriente@cultstgo.cult.cu)  
[www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)

*Todos tus días están sucios hoy,  
pero a cada uno le ha de caer  
su poquito de lluvia.*

SALINGER




Ahora predomina para mí un número adverso, veremos qué te dirán estas barajas que quizás lea por última vez en el sueño a alguien porque las voy a quemar, hoy mismo les prenderé candelita y desaparecerán así de mi vida, ellas son las culpables de que se me enrevesaran los caminos, has venido en un día aciago mas no temas, amiga, las echaré para ti, y será la última vez, qué lástima, no sabes cuánta tristeza me causa destruirlas, en lanzar las cartas sobre esta mesa redonda de un solo pie reside mi mayor felicidad, es esa suerte de juego y entretenimiento divino que se presta a una diadema infinita de combinaciones irrepetibles donde se funda la farsa y la verdad del arte, la naturaleza del mundo, sus leyes a capricho de una terrible inocencia y levedad fatal que redime o esclaviza, así yo las leeré una vez más otra vez y será la última de veras; aquí hay sólo cuarenta naipes cuando deberían existir cuarenta y ocho, está incompleto el conjunto, le faltan los ochos y los nueves de cada escala y vino así, lo demás en la leyenda queda a la gracia de Dios, quizás esté dándote explicaciones de más, que no obstante necesito hoy pues compartiré contigo el azar y la revelación de las barajas, lo que ellas designen con sus claves de sortilegio será asunto futuro de las dos y a una u otra nos podrá suceder lo mismo según los poderes secretos del fátum y el dominio de la irrealidad, no me culpes si te sucede algo, eres tú quien deseas acercarte a conocer una materia que sólo compete al endriago que nos ideara a su semejanza e

imagen, Xarahlai cantará para inspirarse y sumergirse en ese fácil y difícil universo inmanente, soterrado, *yo no te pido inventar un mundo nuevo/ sólo dejar de respirar/ yo no pretendo una luna en mi ventana/ pero ya no quiero quiero no/ sangre derramada/* y mientras tanto, mientras iba diciéndote la mala o la buenaventura en aquellos espejos tripartitos de la inmensidad inescrutable, como buena gitana, no te quitaba ojo ni se perdía ningún ademán o expresión de tu fisonomía, como buena gitana, mostraba esa gran perspicacia, esa agudeza, de conocer al punto tu carácter, qué cosa te agradaba o desagradaba, y con su sagacidad total y poco común cambiar, modificar, amoldar a mi capricho y conveniencia, que yo llamaba acertijo del devenir y el continuo, mis pronósticos y oráculos, por lo cual suscitábanse al punto en medio de esos parabolares vaticinios los más chistosos quides de la cuestión dentro de un caleidoscopio fantasmizado cuyos soportales brotaban por doquier como retoños en la escalinata de caracol hacia las nubes del sinjamás y el pandemónium de **arquitrabes** y torrecillas irreverentes fuera de quicio en el paisaje y el vitral.



Quién dijo que Xarahlai fuera bella, esa que me ha conocido desde siempre e hizo conmigo la secundaria, que nos hemos cruzado tantas y tantas veces por las calles sortilégicas de este Delicias de siempre, no lo diría, tampoco aquel; quizás no lo sea en el sentido absoluto del daguerrotipo eterno y el celuloide movable que sugiere la palabra, pero Misael, un muchacho místico y un poquito charlador que frecuenta el círculo en torno a Arcturus, dice que un encanto hay en ella, un extraño carisma diluido más allá de sus facciones, de su figura flexible y llena, frutal, asperjado alrededor de la rosa como una magia gravitante hacia los amigos de su grupo, tal vez ese halo de atrayente enigma que enmarcaba a la santa y la hetaira en otras épocas, además de ser poseedora de ciertas virtudes mágicas y un aura profética probada, unas dotes extrasensoriales de peculiar embrujo, más su bondad, su inteligencia, el ego desbordado en talento y genio; él lo dirá, quién lo pronostique, cuál otro lo barruntará, desde estos cabellos castaños y rizos, los ojos grandes e ignotos de pitonisa, la boca repleta de seducciones y vendimia como en las fotografías de los quince, y durante ese antaño reciente, distante, extraviado entre luces relampagueantes y flechazos por otros quince años; quizás Misael confunda o exagere hablando de su amiga, pues si nos llaman aquí de alguna manera es elitistas, a nuestras espaldas y de frente nos creemos artistas, los mejores de este circo, músicos pintores y brujos, los poetas y los locos de viajeros rumbo a otras galaxias,

y escritora Xarahlai, esa diabla, esa bruja, yo, la fabuladora, cuando no mentirosa, hablo de sumergirse en el prodigio inacabable de la historia sin fin; hasta ese nuevo nombre se inventó hará unos tres años, después que sucedió aquel escándalo de los libros incendiados, y ella tuvo un sueño donde se le revelaba su muerte y la resurrección en otra vida, y en la nueva vida yo me llamaría Xarahlai, tal cosa es cierta según la teoría de la metempsicosis, y los amigos, para que olvidara la escabrosa historia, comenzaron a llamarme así, primero por juego, después a inspiración de Arcturus, a quien yo bauticé con ese nombre de estrella, y por costumbre finalmente, Xarahlai quedó para la no fama, porque no me han publicado nada más desde entonces, salvo ese libro, agraciada o no, no aparezco en la contraportada y todos tienden a olvidar hasta el título; ya sólo quedan las fotos de mi vida y los quince de mi prima Isabel, los quince de las primas, las bodas de mis hermanas y de mi madre, cuando yo era apenas una lucecita destilada en la miel de sus ojos agacelados, como los míos, gitana o no, nunca me había visto tan de cerca igual que hoy en el espejo, mientras comparaba mi rostro con el que aparece en los retratos de mi prima, y me pareció tan bella Xarahlai, tan cerca sentí el ángel en toda su belleza irreal, aun cuando aquel fue el día del sueño y el maleficio, el de aquella revelación que ha perdurado desde la noche antes de la fiesta hasta el mismo hoy, que fue como la visitación de un ángel, la levitación de una esfinge; yo dormía, y a mi lecho se acercó una viejecita, el mosquitero y las colchas se habían corrido, por la ventana abierta y estelar penetraba un frío que era la escarcha embriagada de febrero, su fresca soporífera, y no sentí miedo, sino una salutación de mi yo, de mi ser interno hacia ella, esa dulzura de hija amante por la madrecita que arrojó las sábanas y tapizó el sereno olvidado tras la cortina difusa, y se marchó, tan silenciosa como había llegado, el paso menudo y susurrante, la túnica recogida, el candelabro apenas titilante, la sonrisa de alguien que habita la galería feliz de otra edad, el pasaje paradisíaco; nadie creyera que al día si-

guiente esa muchacha que aún no se llamaba Xarahlai la Gitana encontró las cartas sobre su pecho, aquel manojito de barajas egipcíacas o españolas, que la harían muy seriamente divertirse a costa de la gente, embriagarse en el oráculo, como si fuera cierto, y acertara muchas veces, casi siempre, desde esa mañana en que comenzó a leerlas para Isabel como si lo hubiera hecho desde siempre; escondidas en su seno, irían con ella a todas partes, abor-darían coches, tranvías y barcos, visitarían montes y lomenares, los ríos y la playa, el parque; yo sabía, sin que lo dijera mi madre, que la viejecita aquella era mi bisabuela Doña Onoria, tra-da en espíritu, encarnada en un ángel, porque era mi hada desde la infancia y muchas veces había visitado mis sueños, idéntica a la descripción de mi madre, a las fotografías familiares, con su pelo gris radiante y su expresión solícita, las mejillas hinchidas, rosadas en oro y nieve, los ojos brillantes y ambarinos como aquellos de búho tutelar, parecidos en su forma a los míos, pues yo era su imagen y por eso velaba cerca o lejos, en la distancia de su mundo contiguo y supradimensional, por la salud de mi alma y la discurrencia de aquel espíritu Xarahlai, tan lozano, tan límpido, que nunca nadie había logrado empañar hasta ese día de ligeras saudades, cuando todos se burlaron de mí y de las barajas, murmurando que algún primo las había colocado allí por juego, mientras yo dormía, alguien pudo haberlas tirado por la ventana hacia dentro o esta muchacha las compró en el bazar o el parque, la entretenida, y después lo olvidó, no por nada, sino gracias al arre-bato de los quince.

Dame tus labios, recuésteme yo en tu hombro, a qué sabe esa cúbrea y jugosa boca de dientes blancos y parejitos que quiero presionar bajo mis labios ansiosos, si nos sentamos así como ahora, bien juntos, en noches y atardeceres de alcanfor y menta, cuando me apetece degustar con desespero, a caprichos de ignara languidez, esa boca de la que conozco el suave aliento, su hogaño, cálido, suprasensible olor, apenas perceptible y para mí afrodisíaco, tu aliento doncel, a su dominio acudo, a ese indeleble dominio sobre mi ser, que te yergue siempre apetecible, imantante, como una adorada maldición, y yo, siempre a ti voy, a tu paz y espacio, el descanso de tu hombro, insaciable por sentir cerquita de mí, adjunto al deseo que me estremece, su querido almizcle de rocío respirando cálidamente, vaporando ese frescor inextinguible que sustenta mi vida; encanta mi alma con tus besos, tú, amor mío, despúntame este deseo que se encabrita furioso por mi sangre y pulso a flor de iris y sombra, oh tensa promesa que me atas, que resbalas por mí, bésame, amado mío, no ves que desespero por tí, yo, cuando con mis labios acaricio tu boca en leve fuego o la presiono y mordisqueo hasta desmayar mi éxtasis en la violenta reacción de tus caricias, tiemblo, y temores adversos invaden el júbilo de la Pasionaria, somos entonces, oh violencia de tus brazos que me prensan juntos entre sí, víctimas de una irremediable y cruel pasión, con el bordecillo de mis dientes pulso tu lengua, esa pieza flexible de cárnico azafrán, la atrapo y atraigo, como si quisiera posesionarme de ti a su través, y te estremeces todo y te abalanzas sobre mi ser en arrebató fulmíneo, me besas y muerdes el contorno de las mejillas, con tus manos revuelves el manto de sortijas agrestes que cubre mis cabellos, me besas, me besas el cuello, los senos, y tus labios vuélvense turgentes, como el mal-visco y la hiedra, para presionar mi carne hasta la huella violácea.

A pesar de que la casa del tío Cala seguía siendo como la casa de la muerte, su soledad en lo alto de la barranca junto al río, su herbóreo romanticismo atraía mi estro para escribir, los elfos de mi alma iban hacia ella libérrimamente, me halaban, tiraban de mis pulseras y mis cabellos sueltos a un zodíaco que era poniente de los endriagos y las medusas; y un día aproveché esa oportunidad tan ocurrente que ni su existencia había previsto y le solicité a mi tío el cuarto alto, qué tranquilidad hay en este sitio, qué gran paz, aquí sí que me gustaría escribir, él me apuró que viniera allí cuando quisiera y si quería, me quedara, yo siempre ando de pesca en el mar y con el tiempo voy a comprarme una casa en la playa; no esperé más, pero no lo hice de repente, poco a poco libros y objetos se fueron mudando para el mirador del oeste levantisco, no quería que mi madre y mis hermanas se precipitaran a la agresión, sus incomprendiones ya me dolían bastante, el peso de sus presiones reclinaba mi vida hacia la congoja y la incertidumbre, esa era por el momento mi puerta de libertad, entregarme a esos duendes indelebles que tironeaban de mi ser, dejarme arrebatar por ellos, alebrestar hacia la cúspide de los trapecios internos del tejado, el cielo de las campanas y las nubes volátiles, aquel espíritu de Xarahlai la Gitana, que su danza atrajera a las aves y los pegasos, los centauros y los unicornios encantadores en la siesta del paraíso y el bosque primaveral, era el deseo de mi espíritu tendiente a la inmensidad, y ese deseo, ferviente como sólo son los deseos del cósmico arcángel vivencial, atrajo amigos nuevos como ante el conjuro de la vida nueva; ningún amigo me visitaba aún en la casa del tío Cala, solita en lo alto, en aquel para mí observatorio solar, yo escribía, sentada en el antepecho de la ventana como a la proa de un barco, esperaba el sol cuando atravesara la bóveda entera y apareciera al oeste, para recibirle con un vaso de agua ritual, lanzárselo al rostro como una ceremonia expeditiva del verano y que me barruntara felicidad, en esas estaba yo, cual una diosa, sin saber que la verdadera vida nueva iba a comenzar y conocería a alguien que tendría una amplia y

profunda significación en mi astro; cómo conocí a Arcturus, como lo conoció la ingeniosa Xarahlai, fue un encuentro semejante a una guerra; ya nos habíamos visto en el pasado y él una antigua tarde visitó la casa de mis padres para ver aquella muchacha que escribía versos, sentado en un balance de la sala había leído unas irreales y escurridizas escrituras y había dicho sofisticadamente que estaban trazadas en tempo lento como las piezas de cierta música y las escenas de alguna película, lo había dicho, pero los tréboles de la fortuna se lo llevaron hacia lejanos estudios y había regresado, hacía dos años que nos vislumbrábamos por los caminos y los patios de Delicias, nos sonreíamos al pasar y yo sentía el brotar de una música a mi paso, unos arpegios cascadinis de piano o guitarra de Aranjuez, canciones suaves y veloces teoremas invadían el éter sacrosanto de aquella anunciación que rezaba te veré después, he de verte, estarás en mi vida como el embrujo de la primavera, miraba hacia el aula de música y veía a un joven poeta melencólico, muy parecido en alma y apariencia a los maestros renacentistas, siempre reclinado al piano o llevando en brazos una guitarra, un manojo de pentagramas y libros, como si fuera al relicario de un culto nuevo y hechizante, el candelabro de la luz divina, el Santo Grial; cómo empezó, oh Arcturus, la batalla, aquel juego florido que lleváramos tú y yo por una rama de laurel, un antojo de disfraz y poema, ese oficio de magia en la punta del lápiz de revolver crisálidas, cuál de los dos fabricó el preámbulo primero del pacto, aperturó los pórticos para el convite de la derrota, desembrujó los campos de lidia, derramó la ambrosía que unió a los elfos de la discordia para siempre, cuál fue, cuál de los dos, hubo acaso la voladura de un guante, la disparada de una frase malévolas, la disección de una palabra silbante, la raspadura de un florete, oh nada, sólo que unos discípulos comunes cuqueaban día tras día mil duendecillos sabihondos a la agresión, esa mujer sabe mucho, le insinuaban, es una enciclopedia; robáronse de mi mesa las huellas volátiles de un discurso en la clase, lleváronle unos versos cifrados, ciertos apuntes de la cábalas, unos hemistiquios griegos, la planta mandragórica surgida por

encanto en un tiesto, un caracol y una extraña piedra, algún que otro raro animal en su lámina del Zoar y el zodiaco, y terminamos por disentir en un poema ajeno; él ordenó que llevaran a su casa aquella extraña Xarahlai que sabía tanto siendo una mujer, pues deseaba conocerla; Abril, el mancebo, de los cabellos me condujo hasta aquel palomar bohemio y ultralatlitudinal que era el centro de las irradiaciones gamma de un nuevo Ícaro que usaba melena y escondía una fuerza inverosímil en su cuerpo adoc-trinado en los trapecios de la eterna juventud; entre clepsidras y leyendas recordamos la visitación de antes, concebimos un conocimiento anterior incluso a aquella lectura del jeroglífico y pergamino gótico que sería la iniciación de mi existencia en su mente; nos aislamos de los demás, leímos un viejo poeta expulsado de los programas escolares debido a cierta desmitificación de su yo con el entorno, nos reímos un poco de esas nimiedades ultrapolicíacas, tomamos té, que él mismo había puesto en el hornillo, comimos frutillas silvestres, saludamos a los astros y las turbias cariátides del firmamento por la ventana de un anciano telescopio hurtado al tiempo y a las naves supersónicas que vagabundean el espacio cero y la Vía Láctea, por último y otra vez, contemplamos el relieve y el horizonte desde la proa de una barca que se balanceaba al compás del bigbam, y yo sentí que iba a caer, que esta vez era sin remedio, para siempre, como nunca antes, mientras Arcturus efectuaba sus veintiuna katá que parecían poses de ballet y eran armas defensivas del kárate, en la proa de *Atenea*, su barco, yo vi un Rama, un Siva, a san Juan y Jesucristo, a Lohengrin caballero del cisne, y al mismo Sigfrido, vi aquel pobre Tristán que era el verdadero príncipe visualizado en las barajas y los tréboles bisiestos traídos por mi bisabuela Doña Onoria hasta mi lecho una noche pirenaica, de fuegos de jazmines y olor a jazmín café, una lástima inmensa invadió mi corazón, perturbó sus latidos y mis pasos, y quise tomar una brújula para guiarme, porque ese día el sol era Sirio, una estrella de muerte y resurrección que me deslumbraba, caí, iba cayendo como apri-sonada por las redes del mar, él detuvo su danza y me tomó en

sus brazos, salvó mi vida como nunca nadie, tranquila me sentó en un remanso de reina, en un trono de gitana instruida, en el pasaje de Minotauro y Jardín del Edén adonde su leyenda llegaba todavía con grandes tentáculos hasta contagiarme de los mismos aerolitos de azufre y centellas de metano que a él contagiaran en la verdadera guerra que lo estaba rondando, una guerra sin armas; en épocas de Arcturus, quienes antes me visitaban en casa de mi madre poco a poco fueron sintiéndose atraídos hacia aquel remanso junto al río, con sus cañabravas, sus cobos y palmares de campestre idilización, en torno a él hacíamos largas tertulias, edénicas meriendas, escapadas a la ilusión, leíamos algún que otro poema, sonsacábamos una tonada a su guitarra que sublimaba el canto del arpista, vivíamos de placeres sutiles, íbamos al cine como una bandada en pos del pastorcillo de Hamelin a ver esa película inhabitual e ineludible, escuchábamos un rock que se desgranaba en piruetas sinfónicas, algún crescendo operístico y teatral, o canciones cargadas de poesía y sentido, esa música que él elegía en su palomar bohemio abierto a las irisaciones pendulantes de Beethoven o Vivaldi, a otras estaciones de un zodiaco insólito, distinto, que tramontaba en torno a sí, con los tonos de *La primavera* o una patética *Sinfonía número nueve*, y poco a poco también nos íbamos yendo del mundo cotidiano, al decir de cierta gente, viven allá por otra galaxia, no están en la realidad del día, te aseguro que no leen la prensa, no participan, y no era cierto, no como ellos dijeran, pero así llegaban a engrampar cuando menos, entre chistes groseros y signos de vulgaridad sucia y soez, y nadie sabe cuánto significa una frase como esa, tal vez en otro planeta no, pero aquí; sin hacer caso a esos rumores, yo seguía esperando el sol por el oeste, con un hálito de frescuras esponjado en el vaso, retrepada en el antepecho del cuarto superior, sólo que ahora Xarahlai, como si él fuera el genio de la lámpara, y más aún Jesucristo o el arcángel san Gabriel, el endriago Dios, cumplía sus ceremonias devotamente para Arcturus, mientras incursionaba de vez en cuando en los aretes, las joyas, los cuadros de la tía, sus labores de encaje, sus mejunjes de alhelí.



Y era una búsqueda en los armarios apolillados del ayer, aromáticos a una resina levisada en el arenal marfiso del tiempo, para indagar en la memoria revoltijada entre los objetos de la tía Nena, los que usara en vida, los que dejara para después, esa reliquia alcanforada entre perfumes, granos de anís y confetis de arroz pintado, azucenas disecadas y jazmines en ramo, esas mujeres, las dueñas de una herencia cósmica en la tierra hollada por sus piecesillos de alto empeine, calzados con sandalias de cinta o finos zapatos de tacón y hebilla de oro, lágrimas de plata, era como una materia prima que me donaba el antaño para develar la vida de mis ancestros familiares, la historia de mis antepasadas, las que habían donado sus zumos a mis jugos vitales, esas damas de mi familia, todas arrebatadas, seguidas por una leyenda de amor y muerte, tal si estuvieran marcadas o sometidas a prueba, arrastraran consigo una sentencia abisal, y yo, que aún no había sido totalmente una de ellas, me sumergía en la reminiscencia de su paso menudillo y arrebujado en alas de tul, interrogaba a los parientes, hacía hablar a los ancestros fantasmizados en la ventana a la luz de un atardecer malva, y en mis sueños había retazos y preludios del pasado y el futuro, convivía el tiempo vasto en un instante de antigüedad, sin linde ni barrera, sin fronteras y sin edad ni latitud, barría las telarañas de aquel hogar, ya mío, que jamás me hubiera pertenecido tanto, pues era la mansión de la suprarrealidad, donde soñar era vivir y vivir era soñar.

Aquel Misael nos buscaba enemistades y, a su llegada, empezaron las agresiones, insistentes, solapadas, demasiado consecutivas para no venir de cierta gente vil de los alrededores, que si Arcturus formaba asociaciones extrañas, esos muchachos, está bien, escribían versos o pintaban, componían canciones, pero se reunían en lugares solitarios, no bebían ron, cosa más extraña, ni perseguían a las muchachas con groseros piropos y dicharachos, serían acaso homosexuales, hemos de citar al joven ese, conocer sus planes, avisar, no vaya a ser después tarde, lleven a la policía a ese muchacho, acúselo si de veras hace mal, nombre y apellido, edad, conversen con su familia, averigüen, quiénes se reúnen en su casa, pronto, adónde va, a qué se dedica, qué hace, qué hace; Arcturus, solemne, calmado igual que siempre, habitaba el ámbito con su dominio de serenidad reposada, sentado, la camisa abierta sobre su pecho amplio, las manos como ante un teclado invisible, el cabello que roza los hombros, denegó todas las acusaciones, no hubo juicio ni fallo, aquellas sospechas parecían borradas después de la conversación fiscal, no había pruebas de nada malo, sólo rumor, pero a partir de entonces nos sentimos mal, como rodeados de espías y chismosos, la confianza cesó, más aún, qué de amigos nos traicionaron, cuántos fueron con fábulas estúpidas a sus padres y trataron de congraciarse con las autoridades compartiendo la burla y la cadena de los decires públicos; ese duelo oscuro se fue haciendo cada vez más insoportable, adondequiera nos alcanzaba aquel rondel cínico y alarmante, su estrategia y guerra blanca, sin armas, y por ello más terrible, a los inicios eran muy dulces e hipócritas aquellos desleales amigos brutos, de quienes sospecho una envidia secreta, con qué respeto y cortesía se comportaban, sobre todo en sus giros verbales, perdóname, cariño, me llevaré hoy el libro aquel, después ya no, preguntas solícitas, amenazas condimentadas de dulzura, qué suplicio, asaltos a la honestidad y la estimación pública, atentados insinuantes al respeto de la familia, y todavía más, trampas de amor enredos violencia horror, el submundo en potencia, la asfixia

el infierno hasta hoy, para qué les permitiría esa burla y aquel robo de amistad con falsía, aún el tiempo no nos lo perdonará; y luego, a pesar de todo, esa persecución demente no nos mató el duende silvestre y la pasión de vivir, la ilusión, la felicidad, el albedrío alborozado ante los claveles del mundo, sus alveolos siempre tiernos, sonrientes, impulsados desde lo interno hacia los demás, no nos mató en el alma la libélula de la amistad, hubo todavía épocas muy felices, ciclos abiertos al hialino, júbilo y travesura de peonías, valor para aceptar y seguir, perdonar sin nunca renunciar a las claves soberanas de la vida, a sus valores soterrados y gentiles, que estaban más allá del avieso ocaso y la nada del sinfín provenientes de la medusa carcelatoria de los demás, que no nos dejaba la tregua de un suspiro; aún después vivíamos, latía en mí el diablillo de las ternezas y las siderales penumbras, no me habían hecho ningún daño oscuro, imperdonable, que no pudiera confesar ni a mí misma, no habían tatuado mis labios, no habían matado a mi Xarahlai, yo aún creía en la amistad, estando con nosotros Arcturus, todo era posible, él tenía esa gracia para elegir las veredas espirituosas sin jamás renunciar y que todos lo siguieran de cerca o de lejos pero afines a la verdad de su guía, su diestra era la vida, y ellos sabían que sin él no era posible creer en la divinidad ni en Fantasy', ese mundo gemelo, contiguo, que estaba a un paso de los querubes, sin salirse más allá de la tierra, él lo habitaba como un dueño genuino, junto a él se volvían donosos los buitres salvajes y las aves de rapiña, algún día volvería la paz del espíritu, se darían cuenta de su injusticia grande, resolverían acatar nuestra forma de vivir por justicia, por fin, y habría paz; no obstante, yo sé que a esa furia, a ese odio incausado, lo matizaban envidias y oportunismos, propósitos velados, rencores de amor, celos profesionales, otros proyectos y resabios, compuestos químicos, pasiones bajas, masa encefálica del cerebro de alguien que estaba tras la ruleta y las barajas y quería pautar la demonil maquinaria y ganar el juego a su favor, algún insufrible mediocre repantigado entre sofismas y dogmas de Satanail quería pactar

con el anatema que nos oscurecería hasta diluirnos en el polvo y la homogeneidad del vulgo, eso, eso quería, deglutirnos hacia la no identidad, porque le molestaban quizás y le agredían en lo interno de sus clavículas nuestra élfica levedad, aquella contingencia de dóciles mandrágoras, huríes y venados unicornes, que no pertenecían a la época y, sin embargo, deambulaban desnudos y domésticos por nuestro hogar como por su bosque primigenio; esos númenes versátiles encantaban todo espacio de circunferencia que girara en torno nuestro, vapor de envidia, quebranto petalíboro, no podían permitir su existencia sin asaetear su resquemor en el trueno, pues hasta dónde llegaba la permisión y sapiencia para que nos agredieran ellos, en cuál molde se apoyaba su maquinaria del pandemónium y el infierno aquiescente con la intriga que nos giraba en pos, el fatalismo de aquel proceso que una vez echado a andar sobre nosotros nunca se detuviera jamás, y más aún cuando comenzaron aquellas coaliciones de piratas e historias de amor y unos hombres bajos quisieron invadir mis ámbitos en conciliábulos de mujer y licor, ay mi amiga, se arrebujaban en su cuello mis jóvenes amigos, quienes habían intimado en la madeja de aprietos semejantes con personas del vulgo, dicen que esa es una gente semejante a los cangrejos, igualita a los borrachos, que no sueltan cuando te atrapan, y hasta hubo aventuras divertidas, que culminaron en el aquelarre y la más desatada violencia, cierta vez nos buscó una muchacha, que era lesbiana, y terminó su amatoria escandalosa enamorándose de mi primo Alejandro;

Ah, y se me olvidaba lo más pintoresco que había en la casa de Cala, un molino de fuego y asbesto color ladrillo, que giraba al ritmo de los siete vientos del antimundo y al compás de los alisios ultramarinos, el viento Norte y el añejo Sur, la brisa noroestál y el soplo del sudeste, quienes le voltejaban a su sabor y rumbo, al derecho y al revés, su cabellera meduseante y levantisca, sus aspás de pulpo bravo y silvestre, sus deseos de girar y percutir; jamás podré olvidar aquel sonido en las noches, como de tormenta y balada pautadas al ritmo de un expreso sideral, su leitmotiv grave, propicio a los sueños de romanza y leyenda, y en los días de cristal curvo y ahumado en la distancia, cómo cortaba los aires y el tiempo tajantemente, clavel estelar, cómo licoreaba el espacio de alhucema y pomarrosa, millo y mazorcás de maíz, hasta otra clave afortunada, porque era libre el ámbito entero y no había nada que se interpusiera entre él y los clavicordios lejanísimos del horizonte, entre su tijera framboyante y los copos de la tundra que se iban alejando hacia la espera de una lanceolada primavera, estacionada en el recodo más ultrajado por los ecos del bigbam y las linternas sujetas a la penumbra, emergidas desde lejos a la lumbre y los glóbulos de sombra del faro Lucrecia, su hermano gemelo que vivía del fulgor de los peces, y él, ese Neptuno en la tierra, era el rey del mar, hijo del cielo y el diamante trismegisto, campeón de los cirros y los cometas, como un viejo duende barbado cuyo canto jamás acababa.

La casa de Cala está junto al río, en lo alto de la barranca, con sus tejas y su portal en redondo y sus mosaicos, tiene la preponderancia de un castillo en el viejo barrio de madera y zinc, misteriosa debido a su leyenda de abandono y soledad y otras sagas de aparecidos, la altura de sus cobos en flor la sepulta más en el paisaje, aquellos cactus gigantes que, al decir de abuela Isabel, fueron los culpables de que la tía Nena muriera en hermosa y femenil juventud, mira que esos son árboles que no se pueden dejar crecer muy alto, porque si llegan a ver el mar muere alguien de la casa, y nadie pensó en cortarlos a tiempo, y cuando ya casi topaban el cielo, murió Nena, que Dios la tenga en su gloria, con lo cerca que la costa queda de aquí, deja ver si otro de la familia se muere ahora y nos echa a perder los quince, no, pero no han crecido mucho todavía, aún no divisan el mar, no ocurrirá nada, y menos mal no habremos de limpiar el jardín, porque, Mercy, ese tipo de limpieza no me agrada; a Xarahlai tampoco le gusta desyerbar ni cortar las plantas, prefiere los patios edénicos, aunque posee su encanto el jardín de Cala, una masa de yerba indómita, un espino de lanzas afiladas, azucenas y rosales perdidos entre pedruscos marinos y guijarros blancos, dos palmas muy altas y a la izquierda los desgraciados cactus, ese medioevo del Bosco y de Van Gogh, luego el río y a la derecha y hacia atrás, colindante con la línea del tren, la estancia sin fin, sus palmares en macizos, sus mangos moros, peras e hilachas, cocos, corojos y anones, guanábanas, aguacates, oh mi Dios, un paraíso, todo de luz y abismo sonriente, sin dueño que lo mire ni le tenga amor, porque mi tío adora el mar y a él va de pesca a cada rato, qué será de esta casa, verdad, a partir de hoy lo mejor que pudiera ocurrirle es que Isabelita se enamore, sí, aquí vivirá Chabi después de su boda y cuidará del hogar donde su madre fue tan feliz, los objetos solos, sin una caricia, se deterioran y acaban, el padre no quiere volver a casarse, su única adoración es el mar.

Para eso estábamos reunidos en las tres casas contiguas, con sus patios de solar inmenso para jugar al escondite, a tantos juegos divinos, beber el elixir de las ciruelas, sorber la pulpa de los manglares, la miel milpeña de los tamarindos, la flor dulce de los panales, el agua beatífica y concentrada de los cocos indios, pero no ese día, porque debíamos limpiar la casa del tío Cala, desocupada hacía años desde que murió nuestra tía política, y celebrar otra fiesta más en la familia, esta tendría un aire peculiar, diferente, siendo huérfana Chabela, con una abuela reacia que la encerraba en aquella casa de La Horqueta donde no penetraba un rayito, la mansión lúgubre y arruinada, de tablas podridas y grises, y suelos de tierra apisonada, de ventanas rejales y jardines extintos; en ese barracón de antigüedades y silencio yo no hubiera podido respirar un instante de asfixia y a ella le prohibían hasta asomar la nariz al patio, tan blanca Chabelita, tan delgada y pálida y linda como una princesa tísica, nos la cogimos para nosotras, las más intrépidas en todo aquel aluvión de los doce primos, para vestirla y adornarla, alegrar su vida, y celebrarle los quince; con un padre que le consentía el soplito de cada capricho, y la abuela allá en su caserón inhóspito, aquella finca de La Horqueta, lejos, bien lejos la buena anciana Petronila, el Hada Decimotercera, la vieja bruja, qué espantosa es tu abuela, oye, más respeto con mamá Petra, Isabelita, que no hablaba casi nunca y ya se comenzaba a alebrestar en la compañía agreste de nuestras mocedades y las perlas del Diablo requinadas a la mesa, allanando sillas, bancos y banquetas altas de reina espalditosa y con dolor de columna; y seguimos desayunando así, riéndonos por nada, como a las siete a más tardar, café con leche y pan dividido en rueditas tostadas untuosas de mantequilla por ambas caras risueñas, que en esa época había exquisiteces, yo no hacía más que mirar cómo saboreaba esas veleidades Isabel, en cuyo hogar de entonces nadie se ocupaba de buscar el elixir embriagador a las cosas, como nuestra madre, pobre Isabel, que había perdido a su mamá a los seis años, quien muriera de un soplo no

advertido a tiempo en su corazón, aquella mujer bella y fugaz, que parecía no tocar la tierra y sabía hacer maravillas en cuadros y encajes, sus paisajes chinoscos, pintados en fondo de laca negra sobre cristal, sus patos mandarines en lagos estrellados de antimateria como el más negro cielo de la noche y esos colores que resaltaban en el oscuro y liso relieve pulidísimo, abrigado de terciopelo y luz fugaz, tenue, sus cuadros preciosos que no estuvieron en ninguna galería, porque ella era una esposa virtuosa y sólo para el hogar elaboraba esas creaciones primorosas con aquellas manos de princesa y aristócrata, la fina e instruida esposa de mi tío Cala, mi tía política, ahora hubiera cosido nubes de organza y arcoiris hechizadores con la tela de sus antiguos trajes para que los luciera en sus quince la hijita, a quien ella bautizara con el nombre de mi abuela, la idílica, legendaria y mítica abuela de cuantos, hembras y varones divididos por casualidad a partes iguales, encantados con la leche y las tostadas, como si fuera el pastel de jengibre y almendra, faisanes y perdices que hubiera cocinado nuestra tía Nena, desayunábamos a placer, sin ninguna etiqueta o modales fríos, en vasos y no en tazas de esmalte, porque para nosotros esa era la porcelana más delicada; cómo éramos así de pascuales, sanos, traviesos, teníamos esa alegría de vivir, estar juntos bastaba y ya, era un festival de la risa, y los mayores nos dejaban por imposibles; observando a mi prima, comprendí que gustaba del nuevo ambiente, que, aunque tímida y cohibida aún, tal lozanía de costumbres componía una revelación para ella, y como la intrépida Xarahlai de aquel ciclo dichoso había siempre deseado llamarse igual que abuela Isabel, le decía su nombre tal cual era, sin cambiárselo por alguno de los apodos diminutos o cariñosos que menudearan nuestra confianza durante los años querubiantes y aún a veces hoy; después de llamarla para que le prestase atención, se inclinó hacia ella sobre la mesa, Chabelita sentada enfrente, qué clase de noche pasamos en tu casa de *Cumbres borrascosas*, ustedes deberían mudarse de ese caserón por donde no pasa ningún viento entre-



tenido, sino ese de tormenta y terremoto, ¡juy!, qué miedo tremendo sentimos esa Mercedes y yo cuando fuimos a buscarte anteanoche, oh, múdate para acá con nosotros; primero pensé que iba a ofenderse, pero qué va, sonrió y todo, bien sabía yo que rechazaba la finca ruinosa donde no tenía ni los placeres del campo, lo sabía sin que nos lo hubiese insinuado siquiera, y que cuando, apenas nada más, despertara un poco y tuviera novio, iba a espantar de las faldas de su abuelita Petra como de la casa del quinto diablo, como sucediera más tarde; ella, la única que mostró un interés feliz por las cartas, quedose conmigo un rato en el comedor, para ver cómo yo las contaba, observar sus tréboles, caballeros corazones y príncipes, sus espadas y sotas, su copa de la felicidad, y mientras las otras, aquellas fatuas y perversas, iban a poner pañueletas rabiosas en el pelo y camisolas de mangas y chancletas en sus ariscos pies, yo, Xarahlai la Gitana, cuando aún no tenía ese nombre tan rimbombante, para mí sola melodioso y pronosticado, le hice, a través de las cartas, una revelación romántica, igual que si hubiese sido catedrática en un oficio expulgado por Dios y geomantizado por el demonio sabio de Satanail antes de precipitarse, la primera revelación que se le ocurriera a aquella cabecita rellena de ateje y peonías, de corajo e ítamo real, uvas caletas gigantescas y tréboles de la suerte, y aquellas manos que en vez de margaritas arrancaban verdolagas para los cerdos, oíste, rumoré para ella con un susurro muy elegante y muy dulce, tan rebuscado como una piedrecita, cual hubiera sido el de la tía Nena si se le hubiese torcido un poco alguna tuerquecita del corazón, tú, hoy princesita por tus quince años, mientras el dedo índice punteaba cada ilustración de aquellos jóvenes aparecientes en la lámina de cálida y romántica coloración, aquellos caballeros, vestidos cual élficos travestis de rosa frambuesa, verde primavera, azul celeste e imperio, amarillo de yema, cárdeno negro ámbar o violeta, serás destinada a caer y remontar o morir de amor en sus brazos o a los pies de tu amor de siempre, tu novio esposo y amante, de ese príncipe que aparezca

algún día también dormido a tu lado, porque es un príncipe ese alguien a quien uno ama, pero si acaso caes en la muerte de los reyes sota y bastos, desaparecerás hasta jamás, probable que te salve cualquier joven, o este padre que de súbito aparezca con un ramito de trébol en su mano izquierda que significa felicidad, dividamos a dos partes las cartas y brinde pues, amiga, mi hermanita, con esta copa de agua clara, por una princesa que comienza a transitar un no cumpleaños y una sibila que le desea tanta suerte como a sí misma pudiera desearse y vayámonos con esas locas a limpiar la casa, después nos bañaremos, nos pondremos lindas, lindísimas, preciosas, bailaremos hasta la madrugada, de ahí nos iremos a pasear por la playa con el sombrero de mi abuelo, que me lo he robado, y dejemos plantado a este caballero, fu' calabaza, o él nos romperá el corazón, dónde estará mi pubis, digo, mi creyón de labios, oh Dios, Dios mío, qué desorden, quién se robaría mi pañuelo, por qué todas, por qué todos se irán tras de mí y no respetan que soy inocente y caigo presa en la trampa, hasta sus pies como un ángel, ay Isabel, a un suplicio torvo y limpio final serás destinada, a un suplicio gitano.

Líbrate de caer salvajemente al precipicio que divide amor y muerte, que ellos resbalan y arrebatan como los zapatos que esta noche estrenarás, y guardemos las barajas caídas del cielo en la última página de mi diario; y de qué manera pacté con el demonio Satanail, el más bello y rebelde en la tierra paradisíaca donde no volveré a vivir nunca, nadie jamás lo sabrá, quién iría a predecir que variara su curso el conjuro, que se trocaran las ruedas querubiales del oráculo, oh, cuando mi amado, el bienmandado por el firmamento de la anunciación, vino al instante hacia mí, sus alas abiertas platinadas, como caí a sus pies, a sus labios, mi amante, a quien no volveré a ver en el oráculo desierto de Jerusalén en los brazos de otra mujer como yo, la de los labios tatuados, y ni quizás como tú, danzantes ahora y hoy, tú y yo, en el sueño que empezaría a extirpar el cuento de mi infancia, más largo que el de Bella y tan corto como la belleza, cuidado, amiga, no te pongas así, como Bestia, romántica, triste en pocos años, triste por la tristeza del más cruel amor, que nazca esta noche Jesús o si no, morirá una de nosotras.

Si mi madre supiera que leí, desde la enjutez de unas barajas de membrillo y miel corrosiva que discurrían sobre sí mismas como los astros, como los asteroides diminutos y los nudos incaicos, su creciente pirámide ovoidal de colmena y mazorca de maíz, su axioma cósmico y veloz, un teorema para la vida, aquel mensaje tan absurdo a mi prima Chabelita, recién llegada del campo, tan inocente y cándida, huérfana la pobrecita, hubiérase persignado de pavor, sin que supiese que la atmósfera misteriosa anidada en la casa de la anciana Petronila me había hipnotizado hacia el éxtasis y el espanto, mis hormonas deslumbradas por el trasiego de unas felices golondrinas de amor y paz y juegos infantiles, qué perversa ángel del cielo, espíritu santo, pudiera haberle oído conjurar desde su conseja ciclada a cierto dogma ancestral aprendido con su familia, y pensar que yo entonces era una criatura casta y ni siquiera un beso del teniente Febo había contaminado mis labios, nada, salvo la brisa y el sol de la escuela al campo en junio; demasiado temprano leí el presagio ante mi prima, pues qué responderías si te dijese que fue para mí en realidad que se invirtió el lado oscuro del poliedro y lamináronse en plomo hasta la eternidad unas palabras inocentes, que la bola de vidrio se cascó y salió de sus antros una bruja inhóspita, y cada vez que estuve a punto de caer Xarahlai y darme el tremendo trastazo, alguien de repente aparecía y me salvaba, no sin repercusiones infelices para mi yo, que hube de fugarme hasta de mi casa y ya no tengo, no el perdón sin haber hecho daño a nadie, sino tan siquiera una mirada bondadosa de mi madre, y ni madre siquiera, aunque exista, guardo ya, como si, al igual que mi tía Nena, ella se hubiera ido rumbo a lo eterno, y yo, hija soy de una espora cósmica, brotado he de una semillita espacial que alguna paloma mensajera lanzaría sobre el tejado de Cala, sobre sus rosáceas tejas, hija soy de la paloma torcaz y también he de irme como ella, que ya ni casa tengo, de dónde procederé, mi Dios, de cuál galaxia.

Estremecida, te rodeo con mis brazos, deslizo una mano por la nuca, donde los cortos cabellos lacios, negrísimos, son muy suaves y recios al tacto, su olor a pinares y pastizales irredentos me quema el corazón, galopante en una pausada y dulce asfixia, buscan mis manos la suave fortaleza de tu espalda, la palpan en una caricia totalizadora; esa espalda trigüeña, color de canela, esa joven espalda ha poco ofreciase a mis miradas y yo observaba sus mieles tersas como un escondite para el deleite, cómo quería besarla, bebérmela, quemarme en su intenso fuego, prender mi mejilla a su hoguera, apoyar mi cabeza en su calígine superficie de placer; pero entonces, mientras rumbaban uno tras otro segundos galopantes de sombra trenzada, yo no podía llamarte, faustamente conversabas, como si no estuviese aguardándote, bebiendo los instantes para tenerte junto a mí; ahora no permites la prolongación de mis caricias y empujas mi cabeza contra tu pubis, amante cruel y dominativo ofreces a mis labios esa poderosa, agresiva ofrenda a Oshún Afrodita, reina de las mareas gráciles del amor, por sus flancos de metálico saborear, curso y pulseo un miembro galvánico y flexible, unos segundos me detengo en este juego voraz, el circular juego de mi lengua adorante de la hoguera infinita, verga demoledora de mis entrañas, y el deseo renace inaplazable, y no es posible demorar el concierto de la posesión.

Y una y otra vez, en equilibrio sobre las vigas altísimas que servían de soportes internos al tejado de la casa campestre inmersa en la soledad y la viudez jubilosa del tío Cala, dedicado a la diversión de hijos y sobrinos, limpiándola, acumulando sus muebles y objetos, sus riquezas prodigiosas en aretes, botones raros, cristalería y adornos de porcelana, el ropaje de los lechos, los cuadros de vidrio pintados con laca negra y encima su paisaje chinesco, de los que fuera artífice la tía Nena, hasta que llegara para siempre Arcturus, me precipité a los brazos de un nuevo amante, otra criatura límpida y transitoria que me salvara en momento cataclísmico y crisis de pasión, otro eterno amante, hasta que para siempre él se allegara a mi lecho viajante sobre nenúfares y estrellitas de obsidiana, cuando se despejara y velara el espejo del planeta, metálico, y sola quedara limpiando la residencia enorme para mis ojos de entonces, en vueltas circulares y románticas sobre mis picesillos que giraban en el empíreo abismo como las alas de mi enamorado arcángel, tocando el techo ruinoso de tejas pardas, bermejas, como una vasija caribe, sacudiendo sus telarañas y nichos de insectos raros, para el walpurgis y el apocalipsis de una noche tatuada con alfileres y gladiolos en lo más recóndito de mis neuronas y los vericuetos malváceos de mi corazón, para siempre, para que rielara su lámpara de cristal inmensa y fuera como el palacio de las siete puertas, donde, tras una mirada de dulce y apasionada ternura y un beso cruel y cándido de amor, el príncipe resucitara bello de entre su pelaje bestial, e Isabel o Xarahlai, una humana princesa e idílica muchacha, sin que lo supiese apenas, fuera la joven destinada por la lisura cósmica de unas barajas furtivas, que cayera endeble a sus brazos, o muriese contra baldosas, piedras y acantilados, si en su camino, cifrado como los arabescos de polvillo nocturno, que son los ojos de las mariposas y las manos de las hetairas sin alas, no lo pudiera encontrar.

Ay amiga, soltó de pronto Xarahlai después de haber barajado los naipes y haberlos partido en dos montones de a cuatro cartas cada uno, dejando los dos últimos incompletos, que ella siempre cubría en la adivinanza a conjuro de su imágis bruma, qué es esto, madre santa, el tres de bastos, los tres temibles troncos me dicen que para tu salud y tu aire iniciarás una empresa que dará conclusión a tus penas, amiga mía, pero tendrás que revestirte de hombre para salvarte, poner empeño total en el asunto hacia donde se encaminan tus pasos, porque alguien te acecha que no te deja vivir ni respirar, alguien muy peligroso, fíjate, si es la sota de espadas, sin embargo el mayor peligro reside en tu yo interno, tú misma eres la sota de espadas, por eso si pones al acecho toda tu hombría y asumes una condición varonil, te salvarás de esa enconada trampa que ha dispuesto el fátum ante tu imagen; existe un hombre mayor, mucho mayor que tú en edad, este rey de espadas, que se ha cruzado en tu camino, enconando para siempre contra ti los trapecios maldecidos del destino y se opone a la felicidad de tu vida, se me aparece como demonio arrugado y contrahecho a pesar de su majestuosa nobleza aparental, asume la posición de Satanail en el tablado ajedrezaico del universo, a cada uno de tus pasos alfombra tus sendas con presurosas ofertas y panales enrebosados de una sobria miel galante, cínicamente amable, cuenta los dados y prepara de modo sabio cada situación y cada trampa, lo protegen el poder y el dinero, cuídate, debes cuidarte,

cúbrete el rostro de una máscara infalible y no muestres a nadie tus sentimientos de amor y tu animadversión hacia la solicitud del amante que rechazas y más aún, porque muy cerca de ti aliena su azufrada presencia, cada joven que se acerque a tu corazón con intenciones amantes recibirá la sosegada maldición del anciano cardenal; veremos ahora cuanto ocurre en bienes y fortuna, el as de oros denota dicha y poder en sus oros de riqueza yemal, pero salió al revés hija mía, qué fatalidad, estarás expuesta a grandes infortunios para retener lo poquito que aún conservas y si, con suerte, sigues la cordura que te orienta este tres de copas, el que también brotó boca abajo para advertencia, mira cómo derrámanse sus mieles de tal exquisita ambrosía que me ha manchado todo el mantel, obtendrás éxitos en el trabajo y los negocios, en el asiento de tu casa, en cambio, un radiante cuatro de oros con la efigie de doña Inés del Sol, o todavía mejor, de mi bisabuela Doña Onoria, anuncia regalos y sorpresas, joyas y diademas, dones a prisión, traídos a lomos de cisne por esta princesa del siglo antepasado, quien te barrunta goces de amor, caricias conmovedoras y no el claustro conventual de por vida que tu tristeza interna pugna haber preferido, y si te aprieta mucho el zapatico de cristal y no acepta tu malhadada entereza de carácter este matrimonio de ventajas y derrotas y alegrías lacrimógenas entre estrepitosos convites del fátum, y prefieres hurtarle el corazón sin rendirte a este alegre caballero tan difícil de contentar, la cárcel bien llamada “chirona”, en ultratumba y gelidez sin sol, mi amiga, con dos te veo, con tres te aparto, en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; ahora te espera el siete de bastos limpio y bruñidísimo, y recién horneado como otros tantos panes de la mesa de Zeus, trayéndote éxitos en las conferencias que has de exponer a tus discípulos más algunas indecisiones a la hora de cumplir órdenes divinas, pon un poco de pensamiento en tus sienes para que tus pies no resbalen y trastabilen, mas no vaciles tanto, o llegarás tarde a la fiesta y al banquete suntuoso, cuando el príncipe ya se haya ido y te hayas quedado para siempre



Cenicienta en la ceniza; veamos qué tal van los asuntos de familia, vives aún con esas hermanas tuyas acaso, oh muchacha, ay Dios mío, si habitas entre cuchillos afilados, un largo camino verde se nos despereza delante, sea el momento preciso para iniciar esa travesía que siempre has soñado y que barrunta este seis de espadas con su poquito de peligros y percances, oh el caballo, pon pronto pies en polvorosa, querida, mira cómo caracolea y relincha y cómo el jinete sonrío un poco oblicuamente, podrás servirte de la utilidad que ese mozo de oro te brinda, sin confiar en él, si te tornas inactiva, fuego, síguelo y escapa mientras sea temprano, no postergues el viaje guiándote por consejas de falsía, pues lo que dejes para mañana para malanga se queda, aquí, oh mira, hay esperanzas de triunfo en este aviso que te envía el siete de espadas, número sígnico de soledad e ideograma que indica propensión a la poesía y la belleza, con sus guiñitos de alegría por delante y sus buchitos de tristeza por detrás y, ahora sí, la copa de la felicidad, el as, el as supremo de la dicha y la alegría de vivir, y salió al derecho y no al revés, así que significa justicia, derecho y ley, triunfo del bien sobre el mal, dominio pleno de la redención sobre las torvas cariátides que se oponen a la fe verdadera, mojemos pues los dedos en su agua bendita, derramemos sobre nuestros cabellos su rocío celeste, aspira este, su perfume de gloria, que es el óleo sagrado del Santo Grial, el aroma de ignición e incienso de la flor, el hechizo del Zahir, el encanto de la Rosa con su nombre propio, y apártate de tu familia, vete, vete pues bien lejos, vete cuanto antes, o no hallarás nada en la vida; qué pasará por tu heredad y tesoro, bien mío, un buen anciano del campo, que será este rey de bastos en ademán conciliador, pondrá valor justo a tus prendas y las decorará del próspero hálito de ese sosiego feliz que necesitas para los más amados ensueños, no lo apartes como haces siempre, no desistas ni rebusques en algún desván extinto, que el cuadrángulo arcoiris en que su augurio se descompone denota prosperidad, amor y deseo derraman estas dos fogosas copas joyantes en el hechizo bipolar

de un brindis a la nueva Afrodita, sólo que las acompaña también un dúo de bastos retoñando hacia la pesadumbre y la sorpresa, la adversidad asoma su noctámbulo rostro desde el agualluvia consagrada a la divina Oshún de piel dorada, sus ojos oscuros reclaman una enamorada tregua para vivir y soñar el amor, dásela y huye, escapa con tu amor a otro convite, entonces, viene el amor, mi amiga amada, qué sitio tendrás entre sus verdes girándulas de topacio fuego y rosicler, amor tendrás, dice la efigie de oro del géminis, a pesar de que se te interpongan entorpecimientos, y falsías y abismos entre dos, el amor vendrá, si el seis de bastos no lo contradice, no, es el predominio del dos en las rizosas fontanas medievales y los lagos chinescos por donde se deslizan, enlazado el curvado cuello, los patos mandarines del edén conyugal, las dos mitades del andrógino que se buscan en la penumbra de los cuerpos y el claroscuro del alma, reencontradas a vaivén del mar, entre pegajos y unicornios y animalitos mágicos, qué tristeza si nos falta y se aleja, si al menos hubiese quedado un hijo para aliviar la nostalgia, pero no, ese hijo te lo ofrece el as de espadas, quien no nos hizo la gran porquería de asomar rabiosamente al derecho, con sus extremos de perdición y desgracia, sino que brotó al revés, flamante y condecorado, sus metálicas diademas como florecitas peristálticas, así, arrogante, agresivo, enhiesto, vaticina preñez, qué fresco, Dios mío, empújale para allá, y Xarahlai se ruborizó y su rubor crecería de tono al punto, cuando virara el próximo cartoncillo y viera, muy relamida y encintada, a la sota de bastos, esa verga, esa pinga de mierda, satánica y enderezada, pronosticando una caída sin remedio en el lodo pulcro de Eros.

Violento, mántico, amor y deseo alentados por la percusión del tórrido aliento de la afrodisis, a mí te allegas, y me levantas en ciernes, con gesto bestial y presuroso tientas mi cáliz de anís y polen salvaje, una de tus manos casi lastima la nocturnidad interior, agitada por magmáticos y estremecedores reflujos, depositas entre mis piernas ese gran peso ígneo para el que mi cuerpo es un abra, tus manos apresan convexidades lunares, secretean relieves oscuros, los dedos sumérgense en mis grutas y un temor arisco me invade; de modos muelle y cruel, que poda todos mis deseos de escape, caes sobre mí en mi cama y me penetras, entre besos de ofidio y mordidas que me devoran, aplastándome contra un cobertor de socorro y una almohada que resbala lenta por las laderas y escalinatas inclinadas del antimundo, sus arenales de alpiste, entre destellos y cuentas de vidrio; ese deseo tuyo me desgarras, perturba los latidos de mis sienes, me estremece a su compás de danza tribálica, con una libre y apasionada percusión en las caderas, imposible escapar, rico mío, mi rico, rico mío, a tu raudal de juegos, ese dulce veloz sonajero de los bajos fondos y los lupanares, la orilla voluntariosa de las playas, los montes verdes, los ribazos frescos, las montañas extendidas del este al horizonte; y te gimo quedamente al oído, con una voz cándida y gutural que me brota de lo profundo, destrózame, maldito, mátame, eres mi pasión, mi vida; con qué hábil ademán esa mano me conduce del talle por las praderas insomnes del amor, y mi cuerpo le

responde con eficaz certidumbre, le ladeas y le volteas a tu placer y vigor, le mueves y contorsionas y liberas hasta el tremedal luminoso de la sangre; tus poderes, mi amor, son los del fuego malváceo y la yedra, un tremedal de brasas ardientes, perfume de algalia lozana, orquídeas y mareas, son piruetas robadas al desierto fogoso y las grutas, esas poses amatorias con que me has encadenado, sin defensa posible, ante los mágicos rituales de tu sangre.

Y pasan las estaciones sin que el tiempo salte y sigo limpiando la casa solariega del tío Cala, subo a sus vigas del tejado como trapecios de la irrealidad mientras el futuro discurre por la palma de mi mano y las manos de mis amigos extendidas hacia mí, me ahondo en la lectura de las barajas, aprendo sus signos de memoria o aquiescente discurrencia, Xarahlai escribe cartas, poemas y novelas sin fin, empieza a brillar como un genio extraño, irradia entre estáticas figuras masculinas a quienes no agrada la competencia, su hechizo de florecilla verdadera y agreste se expande hacia otra latitud de ubicuidad más amplia, aquel sitio hacia donde saltaba el ufano duendecillo de las búsquedas tangentes para el alma; leo los naipes y se me posa un pájaro en el hombro, un ave que decifra la cábala, él, el búho sabio, el meditabundo búho de las tinieblas y claridades, me ayuda en una faena que no posee ni después ni antes porque es el tiempo sin edad, por su fluídico mantón deslízanse imágenes como gaviotas, como peces, cual nubes en el firmamento inmutable y deslicuescente que a veces tiembla a la lumbre de un océano que es el alfa y la omega, el telón de las parábolas que decursan como pensamientos, la materia abigarrada y dotada de vida, dadora de la idea, magma secreto del que se nutre la existencia, y yo recojo del camino las gráciles florecillas dispersas en el jardín del lago y se las digo a ese alguen que espera que le diga la verdad y la mentira para seguir jugando en el anfiteatro a ser actor o un dios que acude a la cita con el mendigo, el candoroso mendigo de los diamantes y los turquíes, el dispensario de una gracia y una conseja o una florida amatista en forma de muchacha; trapecista incógnito o viajero, le doy aquella débil anémona que necesita para seguir viviendo, para ser feliz y saber que existe una magia sin la cual la vida es menos que nada, un oscuro manojito de sufrimientos, la intriga falaz de un dios muy cruel, la bagatela, la miseria, la desesperanza, el fracaso, el inmenso fracaso de una tenaz irredención.

Las primas y mis hermanas se casaron y sólo quedé yo licorando aquellas burbujas antinaturales, puliendo globulillos feraces de antimateria, rompiendo telarañas rebeldes, claraboyas lunares de vidrio rojo, celosía de papel, urdiendo mentirillas curvas para salir del paso y poder escapar de esa razón de vivir para toda muchacha que crece y se hace mujer, ellas se casaron quién sabe con quien y sólo quedé yo rodando entre sirtes locas y sirenas; llegan viajes y veladas de poesía, otros abismos vinieron, se allegaron a mi puerta, alguien quedó esperando por mí otra primavera, un poeta se suicidó, otro se fue muy lejos, adonde no pudiera sentir el influjo de Xarahlai, y entre todas esas cuentas de oropel y tristeza me abordó un viaje loco de fin de novela, la estancia en el remoto hotel como un encantamiento o el imposible sueño de la noche mil cuantas; y en aquel palacio de cuento y maravilla, de nombre aborigen para mayor realeza y realce, recostado a la costanera como una loza de cristal, al que nunca Xarahlai había visitado en sus sueños y nunca jamás pensé encontrármelo en la cartas releídas para otras muchachas y frívolas marionetillas de lentejuela y feria que venían hacia mí con una ilusión en las sienas; en aquel castillo nórdico, dorado y luciernagal, situado en medio del trópico y el Caribe, entre contingencias veraniegas y trasiego de turistas, de imagen levantisca en el rondel de palmarreales y chimeneas de barcos e ingenios lejanos, en aquel Habana como una india vestida de galas europeas, se me apareció Reymir como un caballero galante y transoceánico ante la tímida y virgínea doncella del medioevo que yo era, a la tarde primicia del descenso de un ave donde yo jamás me hube remontado antes, allegose frente a mí con su tórrida y juvenil silueta abrileña ya sazónada en las mieles de Eros por cinco estrellas anuales de más, y fue como la apertura de un cuento, a flor de lirios y yerbabuena tostada al sereno de las galaxias, muy pronto quedé atrapada entre su gracia y verbosidad y su bizarría perfecta, ante mí le hallé igual que se le halla a un príncipe en los cuentos y asumí aquel acercamiento como una cantata de fin de *Cenicienta*; durante el

aladinesco influjo de la noche siguiente a esa tarde orquestada por luciérnagas verdes, nos fuimos de convite grupal hacia el canibalesco Mesón de los Piratas junto al puerto y allí, mientras se asaban a la brasa carnes diversas y Neptuno destilaba un vino que era como el grácil y tostado manante que fluía del cuenco rubio del Mediterráneo entre los efluvios mercuriales del trópico y la primavera, mi corazón murió trinchado en la ceniza de terciopelo negro de tus ojos, mi duende, delfín de mi amor y durazno acíbaro de una estación longeva, qué iba a hacer, si mi sangre comenzó a latir de prisa lo mismo que esas venas por donde discurría tu caudal de sangre y de amor; ya de regreso, y después de ensartar una estrella difusa con el gancho de un pirata patituerto que estaba arrumbado junto al malecón fumándose las galaxias de sol y arena, no te cansabas de mirarme y decir tontezas de ternura y convite a los besos, gestabas consonancias con la sirena de otro libro, una sirena irreal sibilina que tenías posada en la mano derecha, leías mi nombre al derecho y al revés, me inventabas nombres nuevos, ensayando hasta el principio y el final aquel rompecabezas gentilicio que habías acabado de inventar para una exacta nominación de la sabia y agreste sirena, tan cándida, tan fresca de piel y alma, y entre giros silogísticos y axiomas de mentira y color llevaste hasta el último confín aquel juego ilustre de palabras y adivinanzas y música de los ojos y los dedos, pues una voz de alpiste había convocado un sueño mágico a tu corazón y no podías remediarlo de otra manera, más que a caricias y besos, estabas triste por la musa de un cuento, triste por la Maga, Oliveira, y entre tantas coincidencias, consonancias y paradigmas secretados al aroma del romance, impusiste para siempre a los pies de mi cadalso trenzado de yerbabuena y loto el único nombre que desde el principio, el alfa y la omega de nuestro amor, tenías a flor de labios, como el juguete que no pudo ser en la fantasía de una novela, pero produjo todas las fórmulas, las claves y contraseñas enamoradas a la urdimbre de la irrealidad, para escapar del sueño y los naipes, como una gaviota, Maga; era

un laberinto el hotel Habana para mí, pobre muchacha del campo, de ropas sencillas y naturales, sin más aditamento que la juventud ni otro adorno que la lozanía, sería más bien la hermosura agreste de Xarahlai lo que sedujera a aquel Reymir de vida, parece ser, galante y bohemia, entre tantas mujeres bellas y coloridas, su aroma importado de Austria y Berlín, sus trajes inusuales, atrevidos, muy insignificante que sentíase allí, en medio de la fatuidad aparente y el despliegue ilimitado del artificio; pero aquella Xarahlai, tan jovencita, sí sabía degustar la ambrosía del paraíso sin restricciones que estaba a dos pasos de su jardín, ella sí que sabía hacer contiguo cada espacio, como si habitara tanto los escondrijos del monte como los pasillos alfombrados e interminables que ahora eran su jardín, así iba del brazo de Reymir, poblando la amplitud del monte en una nueva estación de amatistas y corales verdes, que así la hechizaba hasta amar, a soplos de luz vertical, a un desconocido que no más ayer respunteaba el azar, entre claveles lentos y granadas girándulas, como fantasma de lumbre inaudita en medio de la tarde y el encuentro, y el que ahora era la causa total del viaje y la linterna de la travesía, sin que hiciera falta ningún parabrísas para espantar el meloso espejismo, nada hacía falta, sólo vivir aquel convite del trópico y el Caribe calígeno como si fuera esa mujer experimentada en asuntos de amor y no la simple muchacha del campo, que sabía narrar novedades y hacer confluír profecías, claves parabólicas y girándulas, sismos y montañas a su mano viajera, su sideral mano, pequeña y sin sortijas ni reloj, sino apenas algún anillito de suerte para pedirle un deseo y convocar a los aerolitos montaraces como una brujita de la primavera, la Maga, Xarahlai en diciembre, el diciembre de flordelís y peonías de nieve que me dejara un sabor amargo por los tiempos, como de almendras muertas, y donde tanto curso tomaran los espejismos que toda la vida han proseguido en rondarme; al ritmo de una quimera de hiedra, me persiguen los pasillos y los espejos, el ayer vuelve y ronda mi casa, retoma forma el espectro de Reymir en cada imagen varonil que me requiebra, y aquella



misma mujer sabichosa en asuntos de amor, elegante y joyal y sensitiva cual un efluvio de Thais, te detiene cuando vamos del brazo por el laberinto, como si quisiera atraparte, a los dos atraparnos en sus redes mundanales, dime, Amor, qué tiempo tienes, desglosas tu reloj pacientemente y te detienes en la casilla usual de aquel espacio y aquel momento de certidumbre fatídica, entre el hálito de tu voz ella echa a volar cimbreamente y se aleja envuelta en una ola artificial de perfumes y revuelos, y mientras tanto yo te abrazo, qué tonta, si el tiempo es algo más grande que una simple hora, dijiste eso tú, Maga, fuiste tú quien dijo esa frase, mi Maga, y me besas y besas sin que logren reponerse del susto las miradas sorprendidas de los paseantes en aquel hondo pasillo del hotel Habana, terminamos por amarnos, para siempre amarnos, en otros cuerpos te buscaba y tras cada convite, el inconcluso abismo íbame rondando, te reencontraba en algún universo delicuescente, pero sólo por un instante, y cuando alguien logró definitivamente suplantarte eras tú mismo que volvías en otra dimensión del cosmos amoroso para que lográramos reencontrarnos; tenía yo una alcoba ajena y antigua en el palacio habanero durante los cinco días bisiestos del calendario azteca y los katunes mayas de aquel esponjoso diciembre, había espejos, muebles raros, candelabros y escalinatas, y también elevadores eléctricos que hacían escala en otros planetas, pero estos piecesillos míos andadores por la yerba y los plantíos silvestres del monte aconsejaron entre sí y convinieron optar por una escalera viandante hacia estancias de vidrio y caoba, un espejo de prismas irisados se interpuso en mi camino, se abalanzó contra mi imagen y me lanzó varios peldaños hacia atrás, rodé, desde lo alto rodé hasta el tercer precipicio de mi vida contado hacia atrás, que eran los brazos de Reymir, hacia ellos caí cuando, entonces, cierto mueble desconocido como el torvo cascajo de la sombra que se nos cruza en el sendero, donde, en la lucha y el estrépito de la caída, acertó a golpear el pie, gruñó el muy huraño, el muy inhóspito y desconsiderado, me lanzó tres mordidas cegatas con

las que me lastimó y arrancó del todo una de las uñas y, oh desgracia, comenzó a tirar de ella mientras con las manos trataba de asirme a todas las paredes del recinto columnar donde los espejos lloraban a grito pelado cierta canción de euménides o cariátides, hube de tirar muy fuerte para liberar el dedo de aquel perro rabioso que no lo soltaba, y todas las lunas de rocío asomaban del fondo de su ventanal suicida el rostro de abuela Isabel, cuyo crucifijo de coral radiaba luz coralina desde su pecho, no cruces las manos sobre la cabeza, nietecita mía, que atraes el demonio y bajan los diablos a atraparte, entonaba el ensalmo y el espíritu en su voz de abismal y dulce seseo disimulado por la vejez, no te entregues a desconocidos, hija mía, espera a casarte, con tus labios restañaste la sangre en la uña izquierda de mi dedo pulgar, no te duele, Maga, dime la verdad, déjame llevarte al médico, sin saber quién le hiciera mayor daño a Xarahlai, si aquel dolor o tu amor inacabable, el azar o tu sangre comprimida a una galaxia trinchada a solas en mi vientre.

Esa mujer se me ha aparecido unas cuantas veces en mi camino y siempre su aparición ha pronosticado algún momento crucial de mi vida, velada en la poesía de su vaticinio tridimensional, amor, guerra o paz dentro del augurio florido y lentejuelado de su belleza, de su artificio tan natural y preciosista, tal imagen *art nouveau*, plena de gracia fluida y exquisita, Xarahlai danzante en el mundo Fantasy', esa joven mujer increada por Dios o el arcángel a imagen de mi ego, quien ha marcado cada etapa transitante del vía crucis con su alegre sonrisa, intensísima tristeza o mirada meditabunda, sin embargo, la expresión de ese rostro delicado e intenso no es lo más singular en alguien a quien no es posible llamar muchacha, hermana, madre, amiga, o algún otro sustantivo aplicable a la fémina, a la ninfa del mundo opuesto al ser varonil, más bien pudiera ser nombrada ángel, mónada, entelequia, pero nunca muchacha y siempre mujer, quizás hetaira, andrógino, Selene, y por que no, princesa; esa gitanilla que se cruzaba en mi vereda era Xarahlai expuesta a la luz exterior del alma y no existía realmente, discurría más bien, la visión borrábase de repente como si la rasgara la niebla aunque el encuentro era verdadero; aquel rostro hechizador aturdí un instante para desaparecer, cambiante la vestimenta de su cuerpo redondeado, estilizado y feble, a instancias de la clave que irradiaba cada vez, nunca nadie, ni siquiera por casualidad, el intercambio de gestuales y hasta frases, durante cada corta o mediana duración del solsticio umbrátil, a solas y *sotto voce*, como dos crisálidas que se aventuran hacia la alada luz, nos susurramos el augurio, el instante malváceo de la umbra, oscuridad retinta o esperanza verdigris, y lo clamoreábamos al vuelo de una sílfide y una veleta que giraba embriagadora con el eterno, para que despuntara la cábala y alejara las ramas de sauce aviesas que soplaban hacia el antimundo su vapor de rosicler, así, jugábamos con la vida una pirueta, pues no era tan claro el acontecer ni tan creíble y manso el porvenir, y quién te dice si esa mujer guardaba su estrella trunca y carcaj de falsía para mí en esa adivinación tripartita.

Por qué será que los perros persiguen a los enamorados, rondan así con tal fijeza a quienes se aman, aquel perro nos seguía por todas las calles, culpa tuya Reymir, le llamabas Petu porque se llamaba Petunia el animalito que dejaste en casa y, para compensar el vacío, le comprabas golosinas fugaces a cuantos se acercaban; él era un viejo cachorro hastiado del hambre y la necesidad, que comenzó a olfatearnos muy de prisa, gruñendo, ronroneando, sonando como varios animales a la vez, con esa malicia indiferente que da la fatiga sin dueño, cómo nos encariñamos de sus carantoñas empedernidas por un siglo de reflejos y hábitos perrunos, le compramos un sandwich, quién iba a pensar que nos seguiría hasta el hotel Habana, que traspasaría la puerta sin que le viera el anciano guardián para enredarse entre las piernas de los turistas, de quién será este perro, es de ustedes, señor, qué pena, Reymir, no, de nosotros no es, ¿verdad?, pero nos desmentían las evidencias, andaba detrás tan alborozado, con todo lo sucio y maloliente de su pelaje color crema y grisáceo, tan sumisamente doméstico, igual que si estuviese en casa, ah pobre, hasta penetró al elevador detrás de nuestros pies como una mascota propia, nos vimos de pronto ante el alterado rostro del guardián, todo respeto a pesar de la inmoderada falta, usted me perdonará, señor, aquí no se admiten perros, este es un hotel de lujo; hubo que despedirle a la puerta, observar sus ojos contritos ante el cristal que caía desde lo alto de la tundra instaurada en el interior del vestíbulo para separarle de sus dueños por una hora hospitalaria del corazón, acomodarse a un ventanal y buscarle en el patio bañado de luz y embeleso de ruiseñores, Maga, ven y no estés triste, que por estos alrededores él hallará de seguro algo de comer, ese consuelo de Reymir; cuál de mis miedos, ateridos, neblinosos, obligó en mí la fijeza de rehusar aquella invitación de llevarme como novia para tu casa y escribir a mis padres, decirles que me quedaba con un desconocido que había encontrado en el hotel Habana y esperaría la llegada de otros diciembres en la ciudad, que me había enamorado hasta nunca y había encontrado

a ese príncipe de otras galaxias que hiciera muchos años aguardaba, que me tentaban las mieles de Afrodita en su cuerpo de canela y nuez moscada, la sal limpia y olorosa de su verga donde se empollaban los soles del Caribe y los azúcares tropicales, y me encantaba su figura prometeica de ángel bueno y mago, había encontrado un duende en La Habana que era mi rey y mi poeta y nada me importaba ya, ni siquiera ellos, mis padres, y mucho menos volver a casa, ni la usura de las voces si no regresaba, el revuelo de las primas, el qué dirán del barrio, los pequeños juegos malabares del pueblo chiquito, infierno grande, mi trabajo, la plantilla oficinesca con la que me habían impuesto ese letrado sobre la frente cuya leyenda iba diciendo a cada uno de mis pasos “profesora” y ya sabes, el mal ejemplo, la buena dosis de deshonra de la hermanita mayor a esas hermanas mías zoquetas, sabichosas, mandamases, que me importunaban la vida hurgando y voltejando mis asuntos personales a su sabor y rabia, y yo, que estaba loca porque fueran ellas quienes se casaran pronto, cuanto antes, a su gusto y gracia y no con el diablo gordo, viejo y estrafalario que ellas desearon para mí después, para que no hubiera un hijo sin padre en la familia y yo me casara al regresar de ese viaje y despedirme de Reymir con un beso cifrado a lo oscuro, hurtado a la eternidad; qué iba a hacer, Dios mío, sino esconder de mi madre y de los otros el pudor y la vergüenza inconfesable de María, aquel regalo celeste de un hijo que tú, amor mío, viniste a buscar a destiempo, cuando ya no existía aquel pedazo de nebulosa en mi vientre, porque una cuchilla cortara a destajo el vestigio adorable de la infamia, antes de nacer, y quedé sola de nuevo, purgando un lento destierro sin culpa, purgar pecados sin culpa es mi castigo de inocencia al parecer, y en aquella viudez como un canto consagrado a las vestales consagradas a la Virgen, que adoran el sol, pues no tienen otro amante que el rocío y la llovizna, cursaba cartas sin retorno, pliegos cursis sin estación para el olvido, con un desconocido poético y auténtico que seguía esperando por mí allá lejos, cuyos rasgos casi borrábanse de

la mente hasta disecarse en niebla paradisíaca; cada cierto tiempo durante los dos años siguientes esa travesía irrecusable en los durazos de la espera, recibía cartas de un loco estrafalario y bello, perdido y remotamente lejano y ausente que juraba no haber sabido la verdad y a quien yo maldecía por lo secreto, te veré ante mí, de rodillas, y me pedirás perdón por todo cuando me has hecho sufrir, a sabiendas o sin querer, no lo sé, y será entonces cuando yo decida si has de sufrir, porque estabas en mis sueños aunque el tiempo te espantara de mí, girabas rey, en la inmanencia de mis deseos marchitos, en lo cálido del poniente mientras como tú, tú inmerso en el astro, esperaba el sol trasplantado al ocaso yemado en flor y granos aqua de la siempreviva fugante, mi Reymir, en tantos recuerdos de poesía, unos dos años después y cumplidos quince solsticios de silencio y amor, tras esa espera de dos desiertos y un cuadrante, viniste a este infinito rincón de tierra soleada y palmares, para llevarte a tu Maga y conducirla al hogar que le tenías destinado en medio de torres y construcciones gulliverianas, en cierto espacio indeleble de *smoke* e iris nocturno, para, tras una distancia tan larga, hacer tuya una mujer buena y que te diese un hijo, viniste a llevar una esposa para tu hogar, y cómo podía yo saber que fuera verdad todo aquello que parecía tan incierto, increíble, si, el mundo contra mí, padres, hermanas y familia, erectos, renuentes a mi partida, urdieron la intriga final y la fortaleza repletada en miedos y negaciones que acabó por demoler nuestra isla para dos en el poniente, me dejé vencer cobardemente del hado y te fuiste, sucio y lamentable como habías llegado, rey mío, y de rodillas según la cábala, tú, tan bello e ilustrado, tan diferente al resto de los hombres, que de tanto rogar parecías un rey caído.

Qué feliz era yo, Dios mío, y cuán bella, inmersa en los ciclos mudantes y danzarinos, asomada al espejo de la tía Nena, escuchando sus ecos vetustos, probándome collares y aretes antiguos, tendiendo aquel lecho matrimonial ajeno, mientras recorría la alcoba de izquierda a derecha y a cada paso tropezaba con pinceles y vasos de color para pintar escenas chinescas, batas hogareñas y flores disecadas, qué suave paz, me hurtaba rosas y perlas y botones raros, aislábame en la naturaleza, sembraba plantas que trasladara del monte y los lomenares, matas extrañas que a veces se secaban y otros sobrevivían, y me absorbía en el olvido de Reymir, su imagen se me extraviaba del recuerdo, a pesar de la última frase, aún habrá, Maga, un tercer encuentro en nuestro amor; un día iba hacia el monte en busca de girasoles silvestres, hacia la pradera de un altozano por donde vagabundean pavos reales, ese lugar mágico que hay cerca de Santo Domingo, y era una estación casi irrecordable de las vacaciones, Xarahlai, que tenía esas locuras prodigiosas y había vuelto muy cansada de lo inmarcesible, y de la tristeza a la esperanza, se durmió sobre las piedras, bajo corolas que exhalaban un perfume de laca y juguete, despertó en medio de una tormenta de sol, el viento la hizo rodar y rodar hasta el borde mismo de la barranca, como si fuera una semilla de girasol más, arrebatada del susto, gritó, pero nadie la oía, lejanas casas y clepsidras acuosas flotaban por el horizonte cuando un desconocido venía subiendo al pie de la colina, Xarahlai le llamó con una voz espantada y melodiosa, oye, muchacho, en qué piensas, dulce amor, ven pronto a ayudarme, y ya más asustada, oh por favor, dame tu brazo, aquel joven corrió y corrió por toda aquella ladera pedregosa y empinada sobre el monte, un manante en el fondo se deslizaba cada vez más rápido hasta que retuvo entre sus fuertes brazos el cuerpo ligero de andar por los campos lejos de la casa, y le rescató a un soplo de entre guizos de Baracoa, espigas secas y corazones de girasol, luego de luchar ambos contra el múltiple viento de varias colas y tentáculos y las partículas de astro solar que les

voltejaban enardecidos y atacantes, en medio de la reyerta reconocí que aquel acertado paseante era Ariel, un joven de ojos atigrados y piel trigueña que estudiaba medicina con mis hermanas, muchas veces habíamos compartido cines y ómnibus, y la cola de los helados, si me veía muy tarde y noche en la penumbra transeúnte, y visitadora de alguna calle antigua de higuillos y veletas en este pueblo barruntado por el apocalipsis y las predicciones de Nostradamus, me detenía con su breve y ansioso saludo, muñequita, debes cuidarte, era aquella su fórmula de reconocimiento y aquiescencia para el convite de una leve y mariposal Psiquis en el Eros al galope del viento, así mismo me dijera entonces, cuando nos encontramos para mi suerte juntos en aquella caída resbalante, cuando me curó de unos rasguños tiernos con su botiquín de médico fugaz que se desordenaba dentro de una mochila colgante a su espalda, y juntos regresamos al pueblo hablando de flores y ungüentos y libros de ciencia médica mientras la tarde comenzaba a caer sobre el vendaval de casa y las chimeneas del central; y empezamos a besarnos entre idas al cine y viajes a la heladería durante un arco de tiempo feliz que exhalaba el fulgor y la belleza de aquellos plumajes de pavorreal vislumbrados en Santo Domingo un mediodía de siesta huracanada, y en verdad, muñequita, me cuidé mucho desde entonces, de sus deseos y amor sobre todo, me cohibí de amar libremente a Ariel, no permitía que sus dedos me tocaran más allá de la barbilla, que descendieran a mis senos, rozaran cariciosos los muslos o el ombligo nacarado, y cuando el deseo me tronchaba, huía, sólo sucumbí a sus besos, pero hasta el acto de besar me atemorizaba y él aprovechaba las pausas para derramar ternezas, esos gladiolos de amor que no más los amantes saben decir, y una noche en que estábamos amparados por el espeso rejal del parque infantil cercano a la barranca del río, reclinados a sus meandros saledizos, escuchando sus rumores de fontana, y que percibíamos aquel perfume de lluvia y hojarasca, muy tarde en la noche y después de una salida al cine o la cremería del parque, no



pude más que apartarme como una colegiala y susurrarle con cierto tintilín de pesar, déjame, no puedo ahora, de verdad, pero por qué ese temor, se enojó Ariel, no estás conmigo, que te quiero y te he cuidado siempre, vamos a casarnos, ciñó con su perfecta fortaleza mi cuerpo, te llevaré para mi casa esta misma noche, ya le hablé de ti a mi madre, vamos, anda, y me cobijaba muy bien en sus brazos, todo caricias, hablando bajito y besándome en la boca, mientras pugnaba por infundir una confianza y una seguridad ya perdidas tras la saga estelar que hube vivido, no, déjame, escapé, hui hasta de sus besos y la calidez de aquellos brazos morenos y fuertes rumbo a la noche espirituosa de emboscadas y sombra yerma, hui de él, y él asió mi mano en el regreso al portón hogareño remiso a cualquier intrusión de hombre en el jardín deífico de mi soledad, sembrado de girasoles solitarios como vigías, como galeones a la deriva de la brisa, esos hijos de aquel paseo y que yo hube sembrado en el patio de casa y habían crecido tanto que se toparon con el sol ya en el postrer remanso de agosto y el último cuadrante de las vacaciones, cuando se iban las gaviotas y los gusanos de seda estaban tejiéndose un vestido de ninfa primaveralesca para despedir el estío, sin saber, ay, sin saberlo, que esa túnica de gala para una estación de promesa levantisca sería la mortaja más fúnebre que urdiría el entorno para mi nuevo amor; porque aquellos paseos con Ariel fueron espaciándose hasta desaparecer en un no te quiero, que sembrara resquemores entre los dos, oh Xarahlai, diablesa, no juegues con el corazón ajeno, ese muchacho había sido por azar tu juguete y en el causal ajedrez de la vida no era culpable de nada, del temor imperdurable que Reymir había perpetuado en mis entrañas, por qué los demás tienen que ser culpables, quién lo era en realidad, nadie; y los girasoles hijos de aquellos otros, después de una florida estación con Ariel, se fueron secando en la ceniza de un sol cada vez más tórrido, convirtiéronse en aserrín y pajuzas, como mi amor fulmíneo por ese joven de mi pueblo que me llamaba “muñequita” en la terneza y resultó ser ese muñeco de peluche, mi osezno, mi

juguete, y la última semilla de aquellos filamentos leonados que seguían las pautas de un astro ardiente asaltara otras dimensiones del cardíneo, renaciera en otra espiga; nadie sabrá dónde, ni cuáles granos de trigo flamígero, será la estirpe de aquel irreverente estío en que Xarahlai despertara a una pasión trunca, sellara sus labios con otra negación, renaciera imperdonada en un dos por tres a la continuidad de su adolescencia eterna, junto al girasol ultrero, a la indeleble liviandad de la sagrada inocencia que, como una campanita de viajes y nostalgias, ripostaba al viento a la borda del verano.

Una secreta ansiedad comenzó a dominar los sentidos de Xarahlai, y yo quería escribir una historia de magia y leyenda con el mago de un circo remoto que sedujera a mi tía abuela, esa tía alocada y gitanesca reencarnada en ciertos aires y actitudes de Xarahlai, y he aquí que un circo allegose hasta mi pueblo por uno de esos insólitos azares, y aquella Rosaura, que era Xarahlai en el futuro, vistiose primorosamente y cascabelera y fue a verlo por si venía algún mago entre malabaristas y trapecios cimbreantes, había ido con la prima Giselle, y le había confiado mis deseos tan radiante y lentejuelada era la ropa de la Gitana, tan alborotado en rizos nimbaba su pelo suelto, tan alegre yo, tan alegre, que sí había un mago en el circo, por cierto, y no hizo más que vislumbrarme con sus anteojos de distancia y gasa, tules y pañuelos anudados, y me saludó con una cabriola de su sombrero de copa, todas sus palomas, los boletos del programa y los números cifrados que reuniera antes de comenzar fueron para la Gitana esa noche después de haberlos nuevamente agrupado, Raymundo también me había visto al parecer en el circo, había observado la sonrisa y la predilección del mago, el deslumbre de dicha misteriosa en sus ojos grises, ignotos, donde imantaba una secreta atracción, habría sentido celos quizás Raymundo, no lo sabré ahora ni lo sabré antes, o me había descubierto como esa muchacha que le gustaba desde mucho tiempo atrás, y a la salida nos esperará a Giselle y a mí junto al foco más vistoso de la avenida, él azul, élfico y también radiante, aquel mi pulóver zigzag y verdeaqua lentejuelado, la saya de rosas gigantesas, las zapatillas de ballet, se divisaban entre los astros taciturnos y las lámparas del paseo a un kilómetro de distancia parece, pero no, era una secreta disposición por dentro, como una campanilla o veleta, que me sibiló, es él esta vez, yo sé que te voy a amar, *eu sei qui voyte amar*, lo sé, aquel bucolismo congénito de Xarahlai la Gitana, que la incitaba a aunar su apariencia con los elfos del entorno y los silvanos de la naturaleza, aquella especial premonición, aptitud suprasensoria de su yo interno, que la hacía barruntar los ciclos fáusticos e infelices, ese,

su yo de ángel antediluviano y diablillo de las centurias, su oficio de bruja délfica y sibila de un medioevo que era el futuro trasladado a otra época, como entonces yo creía, como entonces, cuando el entorno licoreaba confianza para las brujas de ilusión y las esmeraldas que vagabundeaban los alrededores del parque y la plaza, el jardín de la diminuta catedral de mi pueblo, sin pensar en los vampiros que en cualquier momento del soleado abril pudieran brotar de una burbuja de gala, de unos anteojos magi-fiscentes en la noche de circo y la fiesta; así encontré a Raymundo un día circense, de fuegos de artificio y cohetes de tormenta intergaláctica, centellas y discóbolos de plata disparando sus flechas a levante, y sí amé, inmensamente, paseábamos a la sombra de los higuillos pasmados en la neblina verdosa del crepúsculo invernal por las calles vetustas de mi pueblo, tomados de la mano y las promesas, cómo amaba las irradiaciones gamma de sus ojos claros, cómo palpitaba mi estro ante aquel noviazgo extraño, de amigos y amantes espiaados por la muerte y la distancia, porque Raymundo había venido de una ciudad lejana y se iba a marchar otra vez muy lejos, tan sólo me lo hizo saber la noche de esa cita prefijada más allá del antimundo por un daimon de la sombra, y los equinoccios que decantan los sabores anticipados de la muerte irradiaron en mi alma umbra gris, concebí una prematura tristeza, me dejé ir con él, a su universo penetré, desde el primer instante irrumpí en su galaxia de la delicuescencia y el ignoto, sin un preámbulo le amé desde el principio, durante la noche elegida, a instancia, de una sílfide y un endriago de otros planetas, cuando yo, olvidada de mi prima Giselle, corrí escalinata abajo con mis zapatillas de ballet, mirando de cerca su figura a lo lejos, presintiendo lejana su figura de cerca, las cintas desplegadas al paio de un viento que era Mercurio, el gitanelo, y una de ellas enredose entre las espinas de los rosales inciertos de la avenida, aquellos rosales de nieve rosa que ya no existen, trastabillé y vine a caer en sus brazos, contra su cuerpo esbelto y fuerte por la gimnasia y el juego solar del voleibol, los trapecios al viento y el

aire marfiso, me recibió con un erotismo pausado, intenso, mientras hacía acopios de oro por quemarme el corazón, sufrí, luché y finalmente sucumbí al hipnótico influjo de su mirada bohemia, a su estirpe andariega, como si el oleaje mediterráneo, todo irisación y color de luz, hubiera allanado mi casa, inclemente; cuánto me apasionaba lo secreto, aquella secreción de sustancia poliédrica y gas metano que era su hábitat congénito, una glacial dulzura escarchaba nuestro amor contra los sortilegios del crepúsculo, los ciruelos floridos a destiempo, durante aquel febrero que fue una estación perdida, transoceánica, en los recodos abandonados del sol, una estación para dos, preludio de otros cismas, y Xarahlai, que era la Afrodita de Boticelli, toda candor coruscante de las perfumadas conchas orifiscentes, fundiose al calor gélido del Mediterráneo que emanaba de su Eros, hasta tornarse sirena; nos fugamos, Raymundo, de la gente, hicimos casa aparte del universo, tuvimos un raro diálogo de estrellas y biocampos, nos dijimos esa primera frase, diadema anillo trébol, fórmula de amor, que nos uniría para siempre, al menos en el recuerdo, yo te conozco de antes, clausuró él mi figura en el entorno, la rescató de su perla en el pasado, entre nosotros existe cierta confraternidad extraña, de pronto nos vemos y es como si se produjera un milagro, si se avvicinara un peligro, si tuviéramos ante los ojos un tesoro recién encontrado, sí, mi amor, en tus ojos he visto esa expresión de asombro que pasa por mí, parece que la vida nos tiene algún destino, alguna suerte común, nos ha tendido un lazo, algo se trae la vida con los dos; e iniciamos una relación sonambúlica, extraordinaria, de secretos pálpitos, sabíamos que nos veríamos sin más que desearlo, aparecíamos juntos de algún modo en la calle más insólita de este pueblo caprichoso, por insolitez, junto a alguna repisa coralina del ocaso, los verdes corceles indómitos del horizonte ahí mismito, esperando para remontarnos a las esferas armilares y las nebulosas de la Vía Láctea, por donde iba a aparecer el cometa Halley en el febrero del otro año, y un mago, el endriago Dios, nos espiaba en el oráculo desierto de la Pasionaria

que barruntó aquel ciclo feliz en su curvatura hialina de corazonadas y antojos, en que él, ese mago que tanto buscara y esperara, me decía sí, mi amor, yo te conozco desde el acertijo futuro en la bola de vidrio de una vida anterior, eres la reencarnación de mis versos y sé que voy a amarte, sin que nadie me lo diga, lo sé, Dios te pronosticó en mi corazón, y tú también lo sabes, eres una parte de mi vida, un lucero de mi alma, perdido, reencontrado, después, pronunciamos nuestros nombres como si fuéramos a despejar una cábala, apoyé la cabeza en su hombro para que él besara mis labios sin otra invitación, sin nada más, y nos quedamos hasta medianoche en el parque.

Así sea que sudas la gota gorda escuchando cuanto del Infierno o el Paraíso yo te vaticine desde los duraznos de ultratumba y los cobos agujereados y resollantes del cementerio marino, no, por favor, elfo de la noche, interrumpas la voz de la cábala, apóyate en el viento, eclípsate hacia el nadir y la yerba del cenit, persígnete de albahaca y amaranto amarillo, afinense, oídos míos, a los ecos de girándula en la penumbra que susurra Xarahlai la Gitana, aquí está el sexto manojo de naipes, recién extraídos del seno, que nos dirán si habrá malestar o enfermedades en el camino, con ellos la mediamidad del ruedo concluye, barajas a mi mano, y el alfa y la omega de nuestra vida comienza y concluye, reiníciase y continúa nuestro viaje de estación a estación, de primavera a invierno y de abril a septiembre hacia los quásares y las estrellas por donde se desplazan los trenes del antimundo y tú, mi búho mediatibundo, pájaro mágico que hablas desde el *continuum vitae*, serás quien extraiga el boleto feliz porque eres, nagual de mi alma, un ave elegida, y serás quien prosiga el juego y barrunte los utópicos convites de la posteridad y el antaño recurrente que decursa en la discurrencia del zodíaco y la astrología, serás quien pronuncie el sí o el no de nuestra suerte común, contigo comienzo, contigo con', el cuatro de copas, uhm, qué páfido, cuán pronto me fallas Taciturno, se avecinan rencillas, enojos y discusiones, triste amiga mía, que atraerán desavenencias inconformes para el espíritu y te bambolearán como una marioneta infeliz ante el

público, no obstante, dice mi búho sabio que un saco entero de conocimientos a maravilla, cocidos a fuego lento en la hoguera del horno transmutatorio, deslumbrará la imago creadora según el devenir del ego sidéreo, la luz selenita nos tenderá su lazo y no habrá que desalentarse ante ese menudo haz de agravios, son cosas que pasan, oh, te persiguen, Jesús, las espadas, las lanzas y los cuchillos, son cuatro puñales de punta orientados contra ti, su amenazante relumbre es un eclipse de infinita soledad, enajenación y penumbra, te persigue el poder y la fuerza golpeadora de las mazas, cinco troncos de bastos trogloditas sirven a la cosecha del oro y el pleito, como otros tantos bueyes de brutalidad coaccionada hacia el mal, líbrete el Cielo de caer bajo su aplastante y mortífero dominio, que no precisamente luz obtendrás sino la muerte oscura del silencio, prende pues una vela a la Virgen, ahí llega, taca tac taca tac, un caballo con su príncipe trotando en los reflejos de las aguas lacustres como en un espejo invertido, al mozo, insólito caso, no se le caerá su gorro medieval emplumado aunque el caballo caracolee y se encabrite, y, pronto, haz la señal de la cruz, porque tampoco se le caerá, al menos por ahora, su bastos potente, estos sacrílegos caballo y jinete anuncian abandono, evasión y destierro, desunión profunda, oh Satanás, aléjate, cabalga a regiones donde tu presencia sea mejor recibida, como ves, ninguna enfermedad física, salvo algún catarro de lombriz, augura la voz del presagio y mi ave idolatrada, pero sí males del espíritu, abismos de inmersión en la nada, cuidémonos, amiga mía; y va el séptimo desquite con la penumbra variopinta del *continuum mobile*, cuanto afecta al matrimonio y las amistades que entenebrecen tu vida, deslindaré para ti, pues tendremos otro brindis, querida, seis copas de ámbar en una bandeja de loza como las de abuela Isabel, su licor destila esos hálitos de lo pasado y lo futuro que alían cuanto ha de venir para bien o mal, la sota de bastos representa a una persona extraña, simpática, que te traerá noticias buenas y malas del elegido de tu corazón, en cambio, este rey de los oros que lleva la mano al puño de su espada y viste



de armiño rojo y brocado áureo envuelto en manto azul, me dice desde las gemas de su corona hasta sus espuelas de plata que una mujer morena y viciosa se acercará a ti y caerás en mal acierto si la aceptas a tu lado, su sola presencia exhala repugnancia, como si aspiraras la atmósfera de lugares bajos e inmundos, no por Dios le des en tu vida entrada; oh, volveremos a brindar en cinco tazas de esmalte, esta vez será mi bisabuela Doña Onoria quien deposite en la mesa su fuente de cristal, una herencia y gran fortuna aparece en tu senda de gloria y procede de lejanos parientes, desconozco por qué no la has hallado ya, preocúpate por encontrarla, no vinieron acaso tus ancestros de España y de las Islas, el árbol genealógico de tu estirpe andariega y bohemia enraiza su tronco allí, muy posible que al Árbol florido de la Vida, donde sus frutos para ti desde los lejanos montes tramontanos que vieron partir a tus ancestros un día, búscales y hallarás una fuente de agua salina en pleno Atlántico, agua de salud que bautizará nuevamente el porvenir tuyo, tu esposo, ese bienmandado amigo, es quien único posee la miel de la gracia que derramará el futuro sobre ti, sin él eres menos que nada, amiga, apóyate en el viento y síguelo, mañana fue un día de papel y todos desechan las flores de un día, pero el futuro guarda amor y juventud; muéstrame ahora, espejo de Brahma, vino del Leteo que derrama el cuerno de Minotauro, rocas de la Estigia, palomas que vuelan entre Escila y Caribdis, cuanto se refiere a la muerte y lo que a ella atañe en torno a este ser que viene a mí a través del octavo cuadrante del paralelepípedo cristalizado en los dedos musicales de Dios, veamos la primera baraja del octavo círculo infernal, en su imagen una figura dorada, gallardamente enhiesta y bien plantada adelantando el pie, su dedo índice toca la moneda mientras mira hacia atrás, es la sota de oros vestida como un duende medieval, a pesar de su aurealidad representa a un mozo trigueño y grave a quien mucho adoras y la imagen invisible que aparece tras él eres tú, no obstante el refrán, este oro sí brilla, en medio de los antros desérticos e infernales, él es la prodigalidad paradisiaca de la

vida, el jacinto y el rocío del encanto que se acerca a la rosa cuando los ruiseñores cantan su más bella canción de luz, es el agua del manante fiel y embriagador, frescura salutífera, y fíjate cuál baraja le continúa en la sucesión, este siete de copas del divino convivio, su licor septual deslizado a la boca de Aristóteles, quien nada tiene que hacer aquí con su numerología, murmura que ese joven en sus pensamientos y proyectos te incluye, en sus horas felices e instantes de placer estás tú y bien fija, dispone prendas para ti, avienta velas y el nombre de su goleta es el tuyo, pero la amistad y la falsía pugnan por destruir esa unión inscrita en los memoriales de Brahma y la ciudad del apocalipsis, un par de espadas satánicas se interpone entre los dos, llegará el momento en que se crucen y entonces tu nombre signarán en triunfo, en tanto, tormentos, peligros inmarcesibles, obstáculos y maleficios sinfín, antepónense al embrujo y al idilio, transforman el amor en una pasión prohibida; como los romances medievales, ahora y aquí, a pesar de ser tan libre, barreras insalvables quebrantan el amor hasta el martirio e incluso la distancia y el suicidio entrecruzan sus crueles alfanjes entre ambos, es vuestro amor difícil como los amores prohibidos, medieval, a pesar de ser tan libre, y estas cinco monedas con que termina el ruedo del octavo círculo infernal son otros tantos boletos de lo infame y terrible para vender vuestros cuerpos a Satanail, que conspiran la dualidad amor y muerte a la venganza de los gendarmes, como dos clandestinos.

Habr  caída o precipicio más dulce que el vértigo y la marea que me trezan a tu cuerpo cuando hacemos el amor salvajemente, entre requiebros y voces de vehemencia, y frases que avergonzar n a las visitas, con este furioso galopar, y danza de ofidios incansables, mis palmas opresas bajo tus manos, igual que si me violaras, tus fuertes y rabiosas embestidas, de una cadencia imposible, el fragor, el peso ardiente, como de hierro macizo y madero de cedro, de ese tronco flam neo y robusto por su gravedad, que socava y hostiga mi caverna vaginal, la electriza, como si pugnaras romper mis entrañas en el juego placentero, con tus piruetas de amante, y dices mi nombre empeque eci ndolo, me avasallas y lastimas, me quieres a mí solo, me quieres, con tus crueles empujes y besos sanguíneos, s , mi amor, exhala mi voz trémula, conjurada por los ahogos del amor, s , entre suspiros y gemires, nada más que a ti, a ti solo te quiero; con una cabriola atrapante, me ases por debajo de la cintura y me izas junto a tu cuerpo, de rodillas hincadas en las sábanas temblorosas, mis muslos reposan sobre los tuyos, de vigor cetrino, suaves bajo su vello leve y áspero; he de mover mis caderas a las riendas de tu pulsar, gozarme en el genio dominante que turge mis interioridades, las desenfrena de júbilo y estrellitas peristálticas, abismarme en las mieles tersas de la afrodisis, hasta el desmayo, el éxtasis, a tu cadencia magistral, a tus movimientos ardientes, y una, otra vez, recomenzar el juego et reo, la danza aur fice, al modo grave de las olas y las mareas, en el vapor de Eros.

Tantos disfraces me había voleado sobre la cabeza el viento del fátum, tantas veces a una latitud medianera entre el crepúsculo y el amanecer hube de vestir por juego a Xarahlai de hombre, que ahora, cuando debía hacerlo de veras y comportarme como tal, algo como una tristeza de renunciación y yerro estaba rodeando mis marejales, los densos mares de mi insolitez perenne, ahora, en que debía ser nuevamente el efebo terrible y el andrógino, ni una lágrima, ni otra siquiera, amiga, podían derramar otra vez mis ojos, y que sólo las barajas irreconocibles bajo el salado rocío, el fuego y el tizne, hablaran a mi ser del adverso, ese reverso de la felicidad que estaba viviendo como por desliz de la vida, la profecía vaticinaba maldades inexplicables tal un sino, cual si la nada, esa madeja desgranada en perlas infelices, corroyera mis dominios, hubiera dominado, se hubiera posesionado idólatra del entorno en flor, del querube en jazmín y el lirio, sin una gala de Arcturus que adornara mis escondites, él se iría, lo estaba percibiendo en sus ojos que escapaban de mí, lo sentía en la tristeza que transvelaba su porte, y Xarahlai, capaz de los arrestos más varoniles del mundo, debía obedecerle y transigir con el silencio, porque era una mujer, tantas veces hube de rogarle, yo soy un hombre, lo sabes muy bien, y sólo escuchaba sus labios renuentes al sí, oh Arcturus, si me hubieras oído a tiempo y reconocido las verdades de mi ego, y junto a ti escapar del adverso, no tendría que revestirme de hombre a solas, sin el encanto de ser un travesti de ilusión y primavera, ese que conjura los desafíos del sexo y hace añicos las estalactitas regaladas por Dios a las ninfas, oh, si habré vivido de ensueño a ensueño exaltada al convite de un ángel inmerso en la leyenda, ahora debía asumir la realidad.

Tres veces me echaran de casa de mis padres, una, cuando concebí aquel hijo en la distancia y denegué la oportunidad de casarme con aquel rubicundo y barrigudo demonio de calvicie certera que me habían dispuesto, yo ausente a mi mesa, para venderle mi mocedad y tapar la falta, cerré impugnaciones y querellas con el no voluntarioso de Xarahlai, cifré la propuesta con un no redondo y cerrado como el número gordo de la ruleta que cosecharía en sus brazos, junto a su pecho velludo y torpe, ya canoso, un ultimátum plumizo igual que los relojes vetustos que marcan las doce campanadas con un péndulo de azufre tal la estalagmita labrada en el fuego del armagedón que detiene la danza de Cenicienta, pobrecita, y convierte su vestido en harapos, y me cerraron la puerta, clavetearon la ventana de mi casa, y hube de salir al raso y, aunque no lo haya insinuado nunca y mi madre arrepentida me hiciera regresar, aquí mando yo, ella es mi hija y esta es mi casa, y se opusiera, esa fue una de las razones para que después le pidiera su mansión perdida a mi tío Cala y me fuera a vivir allí como una poetisa romántica de la centuria diecinueve, sin pensar siquiera que hasta allí me alcanzaría la usura de la guerra blanca y las intrigas inquisitoriales del medioevo irían soslayando mi estro para después con un rumor de ultratumba, a beneplácito de mi madre y mis hermanas que despreciaban el rumor de la frase y los versos y sus dilemas consecuentes, sobre todo tras el desconcierto de Reymir; la ocasión medianera fue cuando incendiara los libros sobre la azotea de la casa de cultura, qué escándalo sería, mi Dios, si ese edificio de cristales y alveolos turgentes de luz es como un palacio en el centro de este pueblo, junto a los rosales umbrátiles de perla e iris que vagan su inexistencia en la avenida, y bien cerca de allí transitan los autos, tranvías y férreos quitrines de otra época que han sustituido a los ruidosos automóviles, allí confluyen las calles concéntricas y arboladas de espesas alamedas, las más antiguas y bellas calles de mi pueblo, cuanta persona hay en este escondido reducto y diócesis de Satanail, pasa por ahí; antes era el círculo social de los bailes y verbenas

de la aristocracia trajeada y fina, de las cenas oficialadas y sus espejismos diluidos en rosicler estelar, adonde los negros no podían ir, daban sus bailes aparte y en la sociedad de color, como si fueran mandarina esos pobres negros verdeazul, y ni el más pálido traspasaba su florido arco de ficus espolvoreados en laurel vitral, cual un reflejo en miniatura de la Vía Láctea; en cambio ahora era la casa de cultura y poco había cambiado, cosa extraña, salvo en sus alfombras y cortinajes que habían huido a los cuatro vientos de otra marea invernal, acaso transoceánica, o soslayadas en alguna mansión del trópico diligente, era la casa cultural, y el más ínfimo de sus actos públicos había de ser agradable y comedido para las miradas antiguas que seguían resbalando sobre las vestimentas, cual murallas y escalinatas de prejuicio orifiscente, si quería conservar la albura de sus muros sólidos y vetustos y el director su voz patricia, nadie tenía que hacer como aquella mulata de oropeles y cadenitas a la Virgen que una cierta noche de fiesta cursi burlara la raspante y mojjigata vigilancia a la entrada del recinto, siendo como eran sus alas de una hetaira en las cortes prostibulares del batey, disfrazada de princesa y antifaz, nadie notara el ingenio, pero el contrapeso y el bronco sonido de las doce campanadas hiriole la morbo y la libido a uno que la conociera y deseara de nuevo conocerla íntimamente, ese alguien a quien de súbito conmovió la tibieza singular de sus manos y sus senos al desgaire en el temblor de otra danza más briosa, y como venganza de un desaire anterior, sonreído en el anonimato del rondel lupanar, delató a sus anchas ante la concurrencia a la fingida sirena como cortesana y pleitista muchacha de un barrio sucio y maloliente, muy mal visto por sus lombricentas criaturas, borracheras y pendencies de familia; de milagro no la quemaron viva en el salón, apenas le arrebataran el chal e insultaron por su atrevimiento, y deshilachada y burlona después de todo, mandáronla de regreso a las cuarterías del lupanar celeste, de donde la sacara un adinerado endriago de fantasía y corbata, que se hizo millonario en el Norte y, tras su nueva metamorfosis, es

ahora, según dicen, su adamantinada esposa en los cafés perlados de humo verdeazul y los cabarets flamíneos y eróticos de Nueva York; nadie tenía que disfrazarse como un travesti lunar de fantasía y gelidez blanca, no, para entrar y pasear entero aquel suntuoso salón de mosaicos divinos y grises, andar sobre sus figuras dibujadas en ajedrez romboide, cretense, egipciaco, deambular entre pilares cubistas y columnas del Renacimiento, ni fingir que no le hubiese conocido la verga a Matusalén, nadie tenía, no, para entrar allí, ya no; y cualquiera danzaba si quería, a inspiración de Dios o de un secreto daimon inextinguible que le impeliera de adentro, y escuchaba música también, pues para eso había un piano y un equipo de grabación sonora y sonido a cada hora y a toda voz, o trasladar hacia allí, del entorno, sirtes rodeadas de madre selvas olorosas, para montar la pieza de amor o hacer el chiste, comenzar la broma, soplar el cuernecillo de la música ante todos, cualquiera si quería; pero ay del que se portara mal en un acto público, y casi todos, las festividades veladas y tertulias, casi siempre lo eran, allí confluían personas innúmeras, ay si el desliz cayera, por casualidad y descuido, en una fecha cúbbrica, y todos los guarismos del calendario por aburrimiento podían ser un cumpleaños de Cronos, Neptuno o Mephisto, porque no había otra diversión en el pueblo, cualquier gesto propio inofensivo, impugnado al cuello de una norna fatalista, el más nimio además común, podía transformarse ante ellos, a un rayito inverso de la vara mágica y el rescoldo del eclipse, en un infortunado yerro público, porque las mismas nornas, las de siempre, barrían el patio al despuntar la aurora cada día, por su gusto; así pasó conmigo, a pesar de que yo me fui de la raya ese día, como nunca, y me zafé totalmente de rosca y una Xarahlai iracunda se vengó por mí de tantas cosas que durante años nos venían haciendo, a la tarde iban a presentar mi libro en la casa de cultura y no era una fecha de cohetes y naves viajeras, sino cualquier ideograma de florecillas y laureles tatuado en la frente de la reina Maya y de Flora apenas con una rayita lanceolada, así era, Lesbia de las Flores

presidía la empresa de la literatura y el libro, una sucursal serpentinesca de la cultura, atada con precinta y pegamento de olor a sus parabrisas discales y manubrios de papel donde a pesar de las sonoras y compulsivas voces de los gráciles mimeógrafos y las computadoras, a veces aparecían en sus libros unas faltas de ortografía tan irreverentes hacia el Dios de los escribas Itzám Ná, que si ella no regía con alerta mirada cada pliego, seguramente los mayas le hubieran extraído el corazón al culpable, hasta diluirlo en aceite de purga, seis u ocho empleados barajaban hojas signos y jeroglíficos en las oficinas de esa compañía de papel y calcamonía y le urgaban la quimérica nariz a un Belcebú de tinta, ante las calderas del Lucifer ciego, manco y cojo por el betún de los días editoriales, que les manchaba los dedos de miel negra; y mi libro deslizose allí de mis manos y yo me dejé atrapar de ese éxtasis fugitivo de la edición y la fama patibular de la escritura, porque era mi primer libro, salido del barro y los jazmines del campo, se titulaba *Un arcoiris para mi felicidad* y le componían once cuentos de oropel barruntando la lluvia y los cometas de la primavera que nacen de una semillita, los prismas solares de un trópico de fantasía y levedad dulce, como era entonces yo misma en lo interno y el exterior de una ninfa Xarahlai de claveles y ortigas doradas, que hablaba sólo del amor y sus travesías en pegasos ambarinos o cisnes de nieve; así era yo, andariega y versátil como las profecías, y así estaba en el libro, ese florido retablo de alpiste para los pájaros vandálicos del estío que Lesbia de las Flores me iba a publicar, pero parece que los diccionarios, esos sesudos y sibilinos soplones de una afrodisis conceptual, le hicieron concebir la idea de que debía dividir la palabra arcoiris dondequiera que apareciese, ya fuera en la portada o entre páginas y líneas, y no por maldad o deseo fortuito de quebrar para mí el frágil espejismo de la felicidad, sino por afán de pulcritud y perfección impresa, a Xarahali no le agradó el silogismo disperso en un horizonte de colores tajados, opresos a una línea, y pensó que hasta el diseño que estaba dibujando un pintor amigo suyo,



adaptaría a su perspectiva celeste la imagen vitral del arcoiris dividido, como del prisma dos cromaciones me dieran a elegir, yo había escogido el azul y no el verde, color astral que apartara para después en mi novela, esa aurora boreal que un tiempo de esperanzas y lejanos convites iba a dar un nombre a Xarahlai en la mesa de los escribas, aunque ya tuviera el suyo, comprado al santoral con el diente de un pirata patituerto bisabuelo de mis abuelos difuntos y una pluma granate del arcángel escondido en la familia, el diente era verde, no un verde de orín sino de jade y obsidiana marfisa, y la pluma perlada y no totalmente roja sino de un rosa coral como las mejillas de oro de las huríes; y yo no quería prostituir mi libro, no obstante debía publicarlo algún día y esa era la oportunidad cumbre, la única solución de un asunto tan difícil como aquel de encontrar la paz frente a mis hermanas y que me dejaran tranquila, en tregua y reposo guerrero, un año, unos meses, dos o tres domingos de gloria y otros tantos viernes festivos, así me había asegurado Arcturus, por lo pronto Viernes en su isla, que me dejarían en verbena olímpica mis familiares apenas apareciese el volumen de cuentos cromos, y no imaginarían, nunca más, casarme con alguien de su gusto, para alejar mis hálitos y mis ojos de la escritura, y así fuera, según, si yo no lo hubiera quemado en la casa cultural; y no es que yo sintiera antipatía hacia Lesbia, ni siquiera después, no, qué va, esa bella y dulce mujer, que siempre ha sido como un símbolo para mí de afligridos modales y exclusivo refinamiento, ella, Lesbia de las Flores, rubia y estilizada como una aristócrata francesa, tan exquisita y diferente en un mundo así de vulgar, había sido amiga mía alguna vez, hubo compartido instantes de precipicio, pronósticos de caída sin fin, y se había interpuesto con su grave, altiva y sensible presencia, aunque no lo supiera ni lo hubiera sospechado de manera cabal, por lo demás, tal como asevera el runrún de la cábala y el concierto de las leyendas alveolares sobre las galerías del alma, éramos una misma en lo interno, lo mismo que todos los seres copa del duende creador y, finalmente,

a saber cuál viento de academia y tautología, de informática y didactismo, le impulsara a revisar diccionarios y enciclopedias polidifusas, para verificar por fin, cómo moldea su elipse el enigmático grafema del arcoiris, si sus radiolos de rocío y aroma pluvial, de celosía y diluvio, arrullan en bandada el firmamento prismáticamente juntos o separados, como gaviotas que deshacen el nido.

No discutí ni me acaloré, dejé que tajaran en dos aquel girasol lanzado al viento del estío que sería ese, mi primer libro, no verifiqué tampoco a solas, y por tanto culpable fui, si era posible descomponer el arcoiris, su laberinto de oropel mago en un arco de perlas trigonométricas más un policromo iris de fantasía curvada y hechizo diametral, pegado al celeste infuso, como las mariposas en el álbum de la infancia, como las flores disecadas en el diario de los antojos de amor, así había de ser, oh guarismos de la geometría, tal cual sincopaba al pie de la letra la Real Academia de la Lengua Española, y punto, según ordenaban los diccionarios que se corregían a sí mismos nada más que de pura verbosidad y deseos de complicar lo simple, los *Cervantes*, los *Aristos* y *Larousse*, esa caterva de rufianes políglotas que ironizaban con neologismos y anfibologías el jardín bibliotecario y el zoológico de las torpes librerías, charoladas de tinta, y como se trataba de mí, una Cindirella más pobrecita que un candil, una centellita en fin, sin otra luz que el talento, sin otra gracia que la gracia de Dios, y el hada era ella, Lesbia de las Flores, tenía que aceptar como regalo de felicidad e iris, el solo hecho de que publicaran mi libro, no parar mientes en que los Beatles, por un largo y tortuoso camino sembrado de acacias, hacían llorar de belleza la guitarra de Arcturus en Aranjuez con una licencia poética que les había firmado Isabel de Inglaterra y, aunque mi abuela se llamaba Isabel y era reina en el reflejo de sus platos de esmalte y sus pisos de madera lacrada, no podía lacrarme un sello que silenciara el bigbam del mar y me diera licencia para escribir como me saliera de la panocha mis letras de fuego y limo del río, mis flores de fango, sin que a nadie le molestara ni una sola imagen parabólica, ni un solo gentilicio del ángel, no podía mi abuela, no, aún siendo reina de mis barajas releídas en urdimbre, porque ella no sabía escribir, ni nunca quiso respuntar con la aguja corva del abecedario, ni que yo le enseñara sus torcidas runas y baches, así fuera como una música, le bastaba cocinar unos asteriscos cremados en el fulgor de las marmitas y las estrellas

de la noche trescientos sesenta y dos de Bagdad, apañar a los nietos y empachurrarles de dulces y caricias, gozar verbenas y guanajos y pollos, ensartar avemarías, fregar la loza; por eso yo, golosinas, debía conformarme en el verdor de la yerbabuena y la albahaca, perfumadas por sus manos, que sabían desintegrar en jeroglíficos de nube y humo, a esos relámpagos adscritos a una cenefa de plata y cundiamor, como aquellos libelos de una era extinta, y predecir la figura cuneiforme de la lluvia en el marco de una ventana ajena, sus arabescos de cristal en polvo; bastaba a mi abuela teñir su arroz ovíparo de carnes condimentadas con una bolsita de achote, esparcir al viento minúsculas pajucitas y plumas de ave, derramar advertencias y leches nevadas sobre sus nietecitos, como a todas las mujeres de mi familia, pero no a mí, yo debía ribetear la cuenta de los días en la corteza de las hojas y las clepsidras de cada estación, y vestir aquel, mi primer traje de sirena, para adornarles a mis amigos una rúbrica de oro en la primera página cristalizada de mi vida, sin saber, abuela mía, que unos tontos se iban a burlar de mí en el ámbito a media luz vitral, mientras se desgranaba la música lenta y apasionada de una sinfonía de Vivaldi.

Cuán extrañas aquellas barajas, nadie podía negar que lo fueran, hasta el punto de que otras no existían así, y mira que mucha gente las había visto, no ilustraban las imágenes habituales de un oráculo medieval cuádruple en sus oros, copas, espadas y sotas, y los guarismos componentes y sucesivos de a dos, de a tres, cuatros y cincos, ochos, reyes y nueves, existían estos símbolos sí, mas encadenados a jeroglíficos de otra edad que no tenía tiempo en el hechizo de los tréboles, sincopados a una era sin curvaturas de reloj, como universo delicuescente, como la rama de uva y flora que empaña de niebla convexa la lámina de los espejos de rosicler, eran en sí ciertos números, amuletos, guarismos y letras de significación soterrada a las claves del firmamento indeleble, transitorio, eterno, sus pruebas de insolitez, bastaba sólo sumar, multiplicar, disminuir o dividir en la más simple operación aquellas cifras, aquellas estelares siglas, y aparecía un secreto, un pronóstico adivinado, una rara afirmación relacionada con las distancias de un astro a otro, de un sol lejano a la Tierra, al precio del último cumpleaños bastaba apenas comprobar un nacimiento a su través, alguna fecha memorable en la vida, suceso del pasado, el futuro o el presente, y el misterio, alojado con precisión inaudita en algún menudo jeroglífico, se hincaba sin más a la mirada, pasmaba de repente el intelecto, y era porque las cartas se leían a sí mismas, modelaban a capricho la leyenda, el encuentro, el aviso sideral o simplemente el signo prefijado en la curvatura de sus figuras gráciles, barroquizadas en un gótico *art nouveau*, en humilde apariencia versátil añejada al zumo de la entelequia giratoria que se descubre y se repite al compás de su danza indetenible e infinita en la recurrencia alveolada del alfa y la omega abisal.

Durante esas vacaciones no volví a habitar la casa del tío Cala ni a limpiar sus muebles y urnas antiguas, sus conchas de mediado el siglo, sacudir sus cojines de raso y seda ornamentada, deshilachados y bellos, ni su paraván chinesco con un paisaje verdoso, no volví a fregar sus platos, bandejas y tazas de loza ni a esperar el sol cuando saliera tras una vuelta difícil al firmamento y despuntara a la subterra del oeste escondido en una barca variopinta, no volví a esperar a mis amigos sentada a la paz del mediodía ni a medir la altura de los cobos ariscos que ya promediaban el centro de la bahía como un puñado de fusiles y gavio-tas, enfermé, tras el desconcierto de los libros incendiados, la inapetencia del vacío hizo presa de mí y mi madre me condujo a casa, no podía comer, el estómago me latía, las jaquecas sucedíanse con un ritmo de frenesí desfalleciente hasta agotar en el agobio y el ocio las prodigiosas fuerzas de una Xarahlai febril, pálida, entristecida, sin pulso o conducida a las tientas de un pulso loco; acompañada por mi madre, bajo su cuidado, como todas las personas de aquellas vecindades le aconsejaron, volví a casa, hube de abandonar la mansión hechizada en el pasto y los cobos de altura espeluznante desafiando el entorno cerrado, una llovizna finísima caía hechizando aquel paisaje que yo amaba, cerré sus puertas y sus ventanas de hoja, dejé allí mis escritos, una ronda me llevaba a otros escondites, incitaba la deshonra contra mí, me zarandeaba a tontas y a locas, qué daño había hecho yo, enorme, inmenso a mí misma, quemé mis libros, los incineré al sol de la tarde inextinguible, pues eran míos y no pude soportar la ofensa inquisidora de regalarles a ciegas, sin conceptuar su valor y su precio, de condenarles a la hoguera del anonimato común; yo había lanzado al viento ese arcoiris que creara con mi paciencia y mi estro, ayudada por los daimon y los endriagos del secreto cosmos y la inmensidad, le vi arder y expirar como un conjuro a la vida, disolverse hasta la ceniza y el polvo mi arcoiris, no había perdón para mí, en todo el vasto universo que renace entre ritmos, estaciones y ciclos, no lo había; cómo crearlo, mi

Dios, unas dos semanas bastaron para precipitarme desde la galaxia feliz y el Solaris de bautismo, fantasía y hechizo en que vivía hasta la realidad más ingrata, un miedo que no cabía en el centro de mi socorro desbandaba mis tréboles y unicornios, nunca una mujer desconociera sus contornos y menos con tal manse-dumbre e inocencia, enferma y hastiada de todo, de manos de mi madre sorbía hostiles brebajes que me recetaran a distancia las santeras y espiritistas de aquellos montes, pociones para desencajar el ánimo al mismo inextinto Satanail y los benditos ángeles, del paraíso a la ultratumba no había más que un paso, tan sensible me volví que nada más había calumnias, increpaciones y ultrajes por doquier y, en casa, oscuras tormentas que se componían de una burbuja de nada y se desbordaran hacia lo imposible como una crisálida violentísima, el semen se convirtió en un líquido satánico, con él manchaba cada día mi espejo el esposo de mi madre, o a saber quién, qué de sustancias aberrantes embadurnaron mi lecho que hube de abandonarlo y volver una vez y otra más a la ceniza, la tierra húmeda del patio, cómo enflaquecí, un fantasma de niebla y fantasía era más denso que yo entonces, un triste fantasma de oscuro que rondaba los arcoirís de la noche y sumergíase en un sueño quebrado por el terror, yo, que desconociera el miedo y a quien Arcturus había enseñado a no temer, que vagabundeara el monte y conociera cada uno de sus secretos vestidos de rosicler, como los elfos, socavando estaba los pasadizos de la ultratumba para desfallecer de muerte y suicidio gélido; si hubiera escuchado los consejos, vete, de quienes me querían un poco, no vuelvas a esa casa, si hubiera obedecido a la primera frase de mi amor, pero no, la desoí, y él, querido ángel de mi vida, no tenía tampoco adonde llevarme, por eso y a partir de entonces un fátum de exilio y lóbreguez nos apegó a esta delirante costa; aquellos pocos amigos que me visitaron esos días, apesadumbrados, preocupadísimos, temían por mí, habían oído consejas incisivas de sus padres y vecinos de resguardo, vete, aconsejaban, vete pronto a una ciudad donde puedas escribir esas cosas tan lindas, márchate anda, yo no puedo acogerte en mi casa,

ese infierno minúsculo, mi padre se emborracha y trabaja a horas inhabituales, mi tío es mujeriego y mi hermano, un parásito, todos comen aparte, y mi abuela, no faltaba más, y cómo exageraban esos pobres amigos míos para aliviar mi alma en el exilio de la escritura, yo pensé, y no era así en realidad, porque aquí en cada casa se disfruta un aura patriarcal, de cometas lanzados al viento en un aire de fiesta y tiovivos abribeños, que uno a uno los hogares de este pueblo eran el submundo de sálvese quien pueda, todos contra uno y todos contra todos, igual que la metálica fórmula de los Tres Mosqueteros y, como en mis barajas, este axioma de espada y mosquete, parecía no implicar amistad ni moneda, sino un estado de suplicio aberrante a la hora cero, en algún momento de su vida, ellos, mis amigos, habían perdido también la estatura, la anuencia al convite familiar, la gracia, la seguridad de sus padres y se habían quedado como un pez en la nevera, fríos y con los ojos en el más allá; en cambio mi situación, esa sí era más difícil que la de cualquier prostituta de la calle, y si algo así te sucede, que Dios no lo quiera, hasta a los enfermos del sida envidiarías, Xarahlai la Gitana, ellos no padecen esta inmarcesible soledad, ellos, enfermos contagiosos y todo, tienen un hogar amplio y corazones que los quieren, personas que los cuidan y, sobre todo, tienen el respeto familiar, su defensa, su confianza, yo no, cástate, no escribas, m'ija, cástate, yo, la peor de todas, la última de las perdidas, peor que una ramera malnacida, sólo tenía el magnánimo corazón de mi amigo Arcturus y eso me importaba más que nada en el universo fiel a la intriga, aunque la humanidad entera y lunática, agriada por la época, se botara al polvo de los caminos y el aguafuerte de los portales gritando cástate, so puta, no escribas, sabía que la cálida mano de mi príncipe en mis hombros se posaría y su voz cordial y su sonrisa, como no he visto otra en las clepsidras del tiempo, levantarían mi ser del fango y el sepulcro, como siempre y como nunca, no por gusto le llamaban "mi adalid"; dejé mi casa otra mañana, tan linda que semejaba mentira el aquelarre y la angustia que estaba viviendo, deambulé perdida por las calles locas de una ciudad desconocida,



afiebrada, sonambúlica, y las puertas ibanse cerrando frente a mí una a una, una tras otra, y su golpe fatal imitaba los bandazos profundos y hostiles de algún filme antifascista, los sonidos de alguna pieza de rock duro y metálico, a esas mandarrias y esos martillos que el ingenio y la fábrica de azúcar de mi pueblo repitiéranme en la asfixia del silencio más sutil, aquel compás percusivo que iniciaran tres hombres anónimos y vulgares en las cercanías de la casa de Cala durante otra noche inhóspita como la ortiga y las espinas de marabú en el manigual y como el mundo de Irás y no Volverás, cómo hacerle saber a Arcturus que me había ido de casa, que esos beodos, amigos del esposo de mi madre, me perseguían con propuestas y groseros galanteos, iban conmigo a todas partes desde que huyera de casa, y uno de ellos, joven, rústico y acabado por la bebida, los trabajos rudos, se acercaba, insinuaba amenazas y proyectos de amor vedados, se anticipaba a la usura de la merienda y la travesía hacia un puerto de escape, el vuelo hacia la avenida y la terminal viajera, ensordecía con intrigas y renunciadas a quienes desearan ayudarme, y con cada acto suyo, para mí despreciable, inclinaba el suicidio a mis pasos hasta contiendas espeluznantes, y me golpeaban de veras los tres borrachos y de mentiritas me herían en los puntos débiles de mi cuerpo, y me asaeteaban a frases groseras, cómo encontrarte Arcturus mío, mi único remanso, habría de atravesar acaso la bahía y las olas del mar, a quién recurrir para hallarte si habías desaparecido; cómo iba a casarme yo con un hombre de esos que dicen malaspalabras y no tienen un pensamiento sano, cómo, con un guajiro descuidado y bebedor, yo, que me bañaba en aguas perfumadas, rociada de flores y pétalos, qué conversaciones habría entre los dos, sí, ya sé que en el monte hay linduras y finezas, y guajiros recios, gallardos, lozanos, de una estampa, y saben de bellezas y leyendas, y también esos obreros de las mieles de caña y azúcar, pero no, mi pasión es el conocimiento, yo soy una entelequia que discurre en el *continuum vitae*, si fuera Arcturus, valga.

Yo tenía los labios de una adorable pecadora, los labios santos de las putas y las chicas del rock, hacia ellos prorrumpieron siete venablos de muerte, hacia ellos y la versátil inteligencia de Xarahlai, pronuncié una afrenta contra mi madre y se multiplicaron los venablos, una afrenta y ahora no sé quien habla, si es Xarahlai la Gitana o soy yo, yo la tatuada, la mil veces desgarrada y mordida, la que no pudo defenderse ante el poder del fátum, esta innumerable e incondicional amiga de ese Arcturus que ha sufrido tanto como yo, que ha atravesado más vidas que las anteriores existencias de Xarahlai en la reencarnación de las almas y el suprasensorio mundo imaginario de los futuros posibles y los mundos contiguos del inapresable devenir, la mil veces muerta y reencarnada en sólo una vida, yo, dime por qué, divino Cronos de locura, ahora tengo noventa y cinco años en treinta y dos estíos de socorro y otros tantos multiplicados suplicios de Satanail; le conté a mi madre los secretos de una noche inmemorial y a su rostro asomó otro inescrutable espejo de Maya, no la imagen que esperaba en el hialino de santa Lucía, urdimbre revelable en Yemayá, oh, madre Ceres, no me salvaste seis meses del Hades umbrío, ni un día tan siquiera mi madre mía, es mentira, m'ija, me condenaste, ni que fueras una reina o una emperatriz para que ellos te sigan así los pasos, eso no es verdad, vea, serás acaso alguna millonaria que vaya a dejar una herencia, si tú no tienes un quilo prieto partido por la mitad, por qué te van a hacer ellos daño, y llamó a la hermana menor, mírala, no quiere casarse, y ella la coreó casi con las mismas palabras de quebranto y conseja, está bien, hija mía, ese es tu deseo, yo no te puedo obligar, que pronunciara mi madre Ceres, que Dios la arrime a su piedad, y se buscaban los ojos cómplices y se insinuaban gestos para mí de pesadilla con sus manos de una gris alineación; sutiles presencias allanaron la casa de mis padres, corrompieron el amor de mis hermanas que no recuerdo si antes me hubieran amado, distendieron el vacío apócope de la irredención sin alfa y sin omega, matriz del sol sanguíneo que habría de achicharrar hasta la ceniza y el polvo ignaro a mi Xarahlai.

A la orilla rocallosa de mi cama, a su borde felpudo, tornas a tenderme, echas el aliento contra mi nuca, vuélvete, la voz ronca, plumiza, con esa inflexión varonil a secas, y sin miramientos, me volteas, aunque me besas los hombros, el envés de los brazos y la espalda, sé qué sucederá y que es por gusto rebelarse contra el ímpetu y los arrestos de tu sangre; en el embrujo de la quemadura robada a los sueños de Bagdad, cae de bruces ante ti el travesti, sobre las sábanas, y tu mano le aplasta la espalda mientras rebuscas en sus interioridades, a ver, mi nena chiquita, qué culo más rico, sin olvidar los besos que urgen el dominio total de mi cuerpo; más vale no rebelarse y encomendarse a los ángeles, el terrible surco y el rayo violento cae, troncha cualquier escape, sofoco aullidos de dolor, gemidos, el sereno de una palidez letal me baña la frente, pero tú, con dulce crueldad, pronuncias melosidades y absurdos soeces, me acaricias y nombras, devanas la madeja del feroz placer e impulsas a la cadencia; acres movimientos y, tórrido, abrasador, sobre mí, como un manante de la subterra que nos cubre de sudor, crece en ti el calor del estío, a mi ser invade el deleite de esa hoguera magmática, donde le cobijas sufriente de un soterrado placer; fuertemente ligada a tu abrazo, ladeas mi cuerpo con una cadencia de cetrería, sin soltar tu presa, que se te queja y te gime casi en silencio, las entrañas ateridas por rasgaduras de vidrio y polvo de luz, lloras y maldices de goce, y tu

juego desenfrenado carena oscuros roquedales, taja mis pasadizos androginales, haces crujir y aletear el surco de mi ser, hasta que estallas con todo tu peso; indefensa, casi exánime, lloro, y los temblores de mi pulso van apagándose, consumiéndose en el polvo.

Alguien, quién, sabrá la naturaleza de estos naipes bendecidos por Dios, la Virgen o el Diablo, la trimurti hindú, Mahoma o Jehová, cuál de los dos pondría sus tintas e ingenio en esos corazones del arcángel y esas sus espadas flamígeras, pétalos disecados, acaso el ángel Satanail o tal vez el demonio de Brueghel, nadie sabrá si Ogún san Lázaro o santa Bárbara bendita idearon una perla parabólica que tentara a los hombres a hilvanar un sueño de magia, la afrodita Oshún, la virgen Yemayá, la Parca tripartita y satánica, Hefesto, el ilustre cojo de ambos pies, y Merlín, todos todos se juntaron a la chinesca Nuwa e Isis para crear otra cúpula celeste a imitación de algún mundo contiguo más extraño que este sinfin, si miras bien, Mephisto divino, en los oros verás los rasgos de Xarahlai doncellesca y deífica en cada moneda, sus trenzas castañas opresas en una cinta que las engrampa cual un poema, ese remoto perfil de ave, los tintes oro y rosa moreno de su piel, las siglas de su nombre que de cualquier silábica manera se podrá dividir; no mires mucho tampoco porque verás de canto su rostro, como apresado en un deslumbre de luz vitral, que se mueve, gesticula y habla con la mirada, como si estuvieras viendo una cascada de arte vivo, y te asustarás mi vida, o no podrás dominar la ingénita curiosidad por conocer tu futuro, y yo, que soy capaz de leer el porvenir al mismo Diablo, pero tiemblo ahora si leo mi porvenir, sé que estas barajas, como

los sueños, son imágenes tridimensionales del destino, donde aparecen inscriptas las escenas del océano de Brahma trismegisto y androginal en el fluir de la cábala y el *continuum mobile*, el continente sumergido, como un trapecista ciego, eso eres en su leyenda, tal un avestruz en la arena, Mephisto.

Las aventuras de la noche antepasada, para qué de nuevo naufragar en su cáliz de piruetas, Mercedes y yo les habíamos vaticinado una larga historia de horror y nada queríamos recordar ese día tan feliz de los quince años de mi prima, no obstante, Isabel quiso defender su casa de La Horqueta, miedo por qué, y los demás empezaron con la cantinela, omitimos el puntito del retrato de su madre muerta, muertas, muertas de terror en aquel cuarto, que había sido el de soltera de la tía Nena, por qué nos pondrían a dormir en esa estancia, encantadora por cierto, hechizada en su aura sobrenatural, habría que preguntarle a la vieja Petra, ella vio que iba a oscurecer, oyó los pronósticos de irnos rápido y no creía que llegáramos sanas y salvas, mató dos aves, les incineró las plumas en su fogón de leña ancestral, nos ofreció una cena sin gracia, que sabía a sal, comino y vinagre, y la sentimos rezongando tomar dos ómnibus atestados, sacábamos cuentas a dúo con los dedos enhiestos, Mercedes regocijada y yo sin mirar a Chabelita, meñique y anular, a imitación de la abuela Petronila, seca, huesuda y con un pie en la tumba y el otro sobre el escondrijo de aquel bolso lleno de inauditas monedas que luego desenterraron los dos primos jubilosos, casados, con un par de hijos cada uno, sólo hasta el puerto nos cogería la noche, después ese puente oscuro, levantábamos otro dedo, el mediado, susurrábamos la misma voz cascada, cantarina y baja, de acento isleño, como de otras épocas, por Dios, qué pensarían esos padres si nos dejaba ir así, en plena oscuridad, atravesar, Jesús, hasta las afueras, ese pueblo de lechuzas submarinas, si algún maleante les hace daño, no, era mejor obedecer, una caída súbita de la mano entera, no se van y ni pensar; pero, ay lechuza submarina, quién nos indujo a sacar al paio esas aves migratorias, entonces sí que no hubo remedio ni respeto con la pobre viejecita Petra, Dios santo, cuánta algazara, comenzaron a brotar de la tierra, el aire, el mar o algún otro mundo gemelo y contiguo, animales adjetivados sin existencia en la India ni en el Paraíso, Australia, Groenlandia, ni en otros planetas quizás; si aquel zoológico

de rarezas hubiera habitado la noche interminable que vivimos allí, su travesía lenta hacia el horrísono por un laberinto de cristal luz y ecos, hubiéramos navegado a todo cordel y brisa entre los arabescos suntuosos de la irrealidad; a un costado del lecho, contra la pared, apocaba en belleza e imagen a una santa el retrato de la tía Nena, a tamaño natural, como una virgen deslavada por los guijarros lacustres del tiempo, y era el mismo rostro joven, fresco, y sonriente allá, que adornaba la cabecera del tío Cala, junto a su almohada cosida por aquellas manos finas y pulcras y, al otro lado, junto a la ventana de barrotes, un armario enorme con puertas de cristal biselado, cuyas cascadas de rocío y perla descomponíanse en figuras transparentes y ramazones en estructura geométrica, más allá el jardín tenebroso, y, tras la tapia oscura, la carretera, más tenebrosa aún, por donde cada cinco o seis minutos volaban los carros en alguna competencia para llegar primero al antimundo, a cada transitar, sus focos extraían luces de Bengala, arcoiris de oropel, fuegos fatuos y mil espejos pequeños, a las lunas de aquel armario vetusto que encerrara los trajes de la tía política, sus duraznos de juventud, mientras el rostro de muchacha para siempre irradiaba intermitente claridad, sonreía o nos hablaba adjunto a los susurros de la noche, sus ojos súbitamente chispeaban, entreabríanse en responso silente los bellos labios, desaparecía en la apatencia del sueño y temblorosa la cama volteábase al través; hubo aquel momento en que pensé estoy sola en este cuarto, qué miedo Mercedes, sí, a mí se me ocurrió también, y se apartó aún sobrecogida, habrías ido acaso a dormir hacia la otra ala de la casa, con Chabelita, quién estaría durmiendo a mi lado que ni se movía, no me atreví ni a estirar la pierna para comprobar si algún Jesús, demonio, mi antepasado Papá Mon, que a casi toda la familia se aparece, tuvo a bien allegarse hasta mi lecho, y así, esa agonía insoportable hasta el alba, hasta el desayuno temblando, vámonos, y no recojas nada, Isabelita, que la ropa está mandada a hacer, Chabi; por consejo de mi madre, enviamos las invitaciones el día antes, ella se ocupó



de coser el vestido de leve y pálido color verdeaqua que Xarahlai llevaría esa noche y, sin recubrir de celofán ni nada, estaba guardado en el armario como uno más, con sus mangas de mariposa y su estrecho y elastizante calzón para ajustarse a los muslos, por encima la saya cortísima de aquella delgada vestimenta, como de travesti y doncel del medioevo, que a las jóvenes tornaba graciosas igual que ligeros cisnes, danzarinas del ballet y la ópera; vencido ese punto número uno de la ropa, los adornos, los minúsculos accesorios coralinos, ámbar turquí, rosa ópalo, hallados o no de gracia en algún neceser o cajita de abuela Isabel, escondido a la usura de las nietas como antaño tesoro, a la veleidad caprichosa de esas mujeres tiernecitas que florecían en la familia, y usados por juego cómplice, o comprados en el bazar, elegidos a tuntún y pirueta de gala a algún vendedor ambulante, esos zarcillos y cuentas viajeras completarían un ajuar similar en conjunto y estilo para vestir a cada una de las primas, mi traje y el de Chabela eran muy semejantes, apenas se diferenciaban en un pliegue y en su cromación, verde para mí, aquel tenue rosa salmón para ella; ya, a la tarde, nos lacaríamos las uñas de oro y rosa, nos lavaríamos despacio la cabeza, el pelo se llevaba muy largo, larguísimo en florales y olorosas grenchas que todas habíamos dejado crecer a sabor de Dios, rizado o no, luciría brillante y luciente en la noche; estaba todo dispuesto por Mercy con el propósito de adormecer, tumbar en redondo y matar de admiración al público incógnito, el duende específico, el querube ignoto y también la diablesa a quien tuviéramos ojeriza, amistosa desconfianza, rencor; por lo demás, podía acudir a la fiesta quien quisiera, los mayores se encargarían de efectuar los trámites casi judiciales de comprar el cake, idear refrescos, invernar una cerveza, preparar aquellos vinos que se añejaran durante meses en un porrón, conseguir el pan para los sandwiches y bocaditos saboreados y calmosos, las pastas frías y demás convites, asar lechones dorados en su lentitud criolla, condimentar ovejos y gallinas jactanciosas en caldo de olor picante y no herir con una mala cena a las familias del campo

y el Damián recóndito como un santo sin nombre, ellos se encargarían de todo, menos de la espaciosa limpieza de aquella casa desolada y bella, de eso nos ocuparíamos los pequeños, porque el tío Cala antojárase de que la fiesta se hiciera en aquellos corredores holgados, aquellos patios deliciosos, anchos y silvestres, como un panal de miel, y en aquella inmensa batahola de la casa deshabitada nos demoramos un tiempo infinito, hasta las tantas de la tarde, que el pelo hubo de secarse en plena danza, y no estábamos ni siquiera vestidas cuando irrumpió la gente en el salón; los muchachos abordaron el portal entre piruetas de guerra, con una grabadora escandalosa que alguien había traído de países ígneos o helados, de una centrifuga ciudad solar, quizás Hiroshima, digo, un continente sumergido, Lemuria o Iliria, acaso de la estrella Sirio, y empezamos a bailar al compás etéreo e idílico de Abba, después vendrían los **Bee Gees** como abejas voluntariosas, y Smokie, **Air Supply**, porque había que recogerse un poco, no sudar ni echar a perder aquella preciosa ropa, había que cuidar del maquillaje de la quinceañera hasta que llegara el fotógrafo, mostrarse feliz, atender a los invitados, ver quiénes vinieron y quiénes no, sacudir a Chabelita, arreglarle un bucle, y mantenerla sentada en el sofá para cuando Milán acabara de venir; y él llegó tarde, en una moto vacilante de humaredas y relámpagos montescos, a tiempo llegó de hacer su daguerrotipo para el amor, a capturar el instante hermoso donde la eternidad se contemplara siempre joven, con un color doncellil en las mejillas y el vino burbujeara para siempre en las copas, como a las ocho a más tardar hizo su aparición en la moto, y empezaron a desfilar las poses y todos a buscar el mirador más propicio, a indicar la más ufana posición.

Ponte aquí, junto a la mata de palmareca, sonríe, hija, haz un guiño para papaito, ahora allí en el piano, donde cuelga la foto de tu mamá, inclínate un poco hacia delante y cruza las manos, mi amor, ven acá, mi santa, junto a la cómoda saldrás lindísima, así, que el rostro se refleje en el espejo, una virgencita no será más linda que tú, después con tu hermano Emilito y tu papá, pero cómo no vas a retratarte, si son los quince de tu hermana, hijo mío, qué lástima Nena no pueda estar junto a ustedes, calla, abuela, tan linda Nena, Chabelita se da un aire a ella en lo delgadita y delicada, si te pudiera ver mamá, mi niña, si te viera, qué alegría tener una hija crecida así, se volvería loca de contenta si se asomara por un instante desde la tumba, desde ese palacio bendito donde reposa, cállese, abuela, no hable de eso ahora, córranse para allá, señores, dejen respirar, tomar un aire, ah, en el cake, se me olvidaba, apaga las quince velitas de un soplo Chabelita y vamos para allá, a este rincón del portal donde cae una enredadera que es un primor, oh, miren, el columpio, en el patio, en el pozo, este pozo es una preciosidad, con las muchachas, con los muchachos, la familia, la abuela, el padre y Chabela, qué bien, con Miguel entonces, bailando ese vals de rock, qué buena parejita, viste, Milán, no se desaparten muchachos, dejen que Milán todavía lance otro flash, haga su truco, amigo fotógrafo, que hoy usted es el mago de la fiesta, el único mago, el mejor, quien nos hará recordar estos quince mañana, y cuando seas como yo una viejecita, ahí estarás con esa linda cara, esos ojos, Chabi, tan hermosos, tú, mi nietecita, anda, Isabel, corre, cámbiate de ropa, la trusa pronto, la sombrilla de mar, la saya deportiva, el pulóver, el traje largo de pamelita y guantes, el juego color rosa, la bata, la saya corta para bailar rock.

Y tras el soplo feroz a las quince velitas olvidadas, esfumáronse los relámpagos, cortamos el cake y se inició el convite, la danza, la repartición, nos divertimos un rato urdiendo piruetas extrañas, el hálito del idilio y la feria en el corazón entontecido, alebrestado por la alegría de la mocedad, yo, Xarahlai la Gitana, ese día comencé una danza hipnótica que duró todas las estaciones de aquella mi florida mocedad, girando junto a un jovenzuelo de ojos cambiantes, desconocido y quizás esperado con el corazón de lo interno, presentido entre las espadas y los tréboles, buscado al ritmo de una melodía inatenuante, de una percutoria cascada sin después ni jamás, y no tuve ojos para nadie, sólo para ese duende que llegara tardísimo, acompañado de unos amigos tan indecifrables como él y a quien nadie había invitado, que se hizo dueño de la travesía del baile y los traspies de la fiesta, dueño de Xarahlai sin cansancio, y ella que a sus primos olvidó aparatadamente, no les consintió ni siquiera un vals de rock en su abanico de invisibles nomeolvides, yo, Xarahlai, vestida de un azul también indecifrible, como todos los días de mi perlada juventud, quizás verdeaqua, como los ojos de ese muchacho imposible que algún tiempo tuvo para advertir a los jazmines taciturnos de mi pelo, me llamo Ángel, muy junto a aquella orejita engarzada de unos zarcillos esmeraldinos opresos en el oro y el fuego, y nada más, reía y bailaba sabichosa, felices y élficos los dos, porque no sabían que un suceso trivial dislocaría el cumpleaños y las primas de Isabel tendrían que irse a dormir temprano, profundamente disgustadas, y que el sacrificio infinito de aquellos preparativos y limpieza inacabable resultaría inútil, al menos para mí, y dolorosa para Chabi; sucedió que un matrimonio de la vecindad apoderárase del banquete, y platos, cucharillas y cajitas iban y venían en un trasiego loco por sus dedos abarcadores, pues como ella no tenía mamá, sólo una tía materna que no pudo acudir, y las tías políticas, inmersas en sus ocupaciones, atareadas por la cena sibarita de ese día dorado, abandonaron el asunto a elección de Cala, él, a pesar de su ingenio y disposición de siempre, no

daba abasto para todo, su carácter tan jovial le obligaba a confiar en la equívoca bondad de la gente a su alrededor; pasó que alguien fue olvidado y se molestó y se marchó irreverentemente de la fiesta, llevándose hijos y sobrinos, que eran amigos nuestros y a quienes habíamos invitado con expresividad, oye, Miguel, no vayas a faltar que vamos a presentarte a la muchacha de los quince para que hagas pareja con ella y se retraten juntos, trae a tus hermanas, tus amigos de la escuela, a tus primos, y recuerda Chabi es tuya, Chabi, unos jóvenes y muchachas encantadores, que sabían bailar y daban un ambiente moderno a la sala; se interrumpió la danza, apagaron la grabadora e Isabelita, que había bailado sólo con Miguel, vio cómo se lo llevaban, quedó sola en el centro de los mosaicos romboides y florales, echose a llorar y en ese momento resquebrajose la cadena de la lámpara, aquella lámpara antigua que tanto me había esmerado en pulir, halé a Isabel por un brazo con el inquieto, rápido gesto de Xarahlai, la aparté del peligro, opuse mi cuerpo al suyo, sin que ninguna de las dos, ni antes ni después, pensara en las barajas, la salvé de su caída irremisible, de su caída sin jamás, pero no pude escapar a tiempo, oh Xarahlai, imantada por el péndulo radiante de aquella balanza celeste, y cuando, en un segundo, se precipitó desde lo alto el grande y poliédrico empuje de campanillas, estrellas de cristal, agujas de hielo y esferas armilares, estuvo a punto de caer sobre mi cabeza y aplastarme con su peso sideral si Ángel no me hubiera recibido en sus brazos, haciéndome resbalar por el piso hacia un espacio libre de estrépito, así quedamos los dos, él una rodilla apoyada sobre los mosaicos hialinos del bajo fondo en el mar, yo semiacostada en su regazo, bañados de estrellitas peristálticas y bombillos de navidad, y los reflejos arcangélicos de las luciérnagas que estallaban, inundaron nuestros rostros abriantados por los cascabeles movibles del rock; mientras lloraba Isabel, recogí las cuentas, las agujas y flores de cristal, desperdigadas por la sala, y las guardé en la falda de mi vestido verdeazul, muy rápido y sin que nadie se moviera y me ayudara, salvo Ángel, que me

izó del piso con su brazo; ninguno de los dos parecía haber escuchado el ancho grito de los que huían o acudieron atraídos hacia la prodigiosa y estremecedora coalición de campanas, sólo que nos mantuvimos impertérritos ante el alboroto de cometa o meteoro surcante y los ruidos humanos que lo fueron acompañando por el espacio hasta eclipsarse en un silencio como repiqueteo de perlas a medialuz o ultrer cántico de sirenas sobre la arena eleática de una playa virgen, recogidas las maravillas, una mirada, y sin decir ni piocha ni ponernos de acuerdo para el pacto, las seis nos fuimos a casa de mi madre, muy disgustadas y casi corriendo, antes de que nadie pensara en detenernos, en usurpar el vuelo que guiaba nuestra dignidad de primas y hermanas ofendidas, que habían trabajado hasta el agotamiento en vano; lo último que pude ver de la fiesta fue la sombra de Ángel en el portal, a través del palmar de Cala, irreverente hacia la infinitud del cielo, su gesto de caer en pos y perseguirnos obstruido por las plantas fantasmales y los cactus nevados de luz bruma, helechos travestidos de niebla y apocalipsis y los viscosos rayos del plenilunio; nos acostamos vestidas y maquilladas, apagamos el pequeño bombillo de mi habitación, y, sin susurrar siquiera, nos hicimos las durmientes, apretujadas en las dos camas gemelas de aquel cuarto denso de oscuridad casi física, donde sólo se escuchaban los sollozos de Isabelita y el tintineo de aquellos cascabeles de vidrio que Xarahlai, hipnotizada con el esplendor de una lámpara rota que por poco acaba con ella y sus duraznos en flordelis, húbose robado a la vista de la gente, sin asomos de pudor, y estaba guardando en una caja de muñecas; fue en ese instante no más que mi tío Cala acertó a venir, y con unas voces terribles llamó a su hija, sal pronto, Chabelita, palmoteaba peleando bravísimo, y vuelve a casa, que tus primas se gobiernan solas y hacen lo que les dé la gana, pero tú no, y era el padre más bueno del mundo, tú ahora mismo vas a regresar por tu voluntad o entro a buscarte y te llevo como estés a rastras, en eso mi madre, que se había acostado muy temprano cansada, despertó al escándalo, entró al cuarto

y encendió la luz, miren, muchachitas, vayan para allá, no ofendan con un desaire a nadie, háganlo por esa niña que ustedes trajeron de su casa para celebrarle el cumpleaños, anden, vayan ahora mismo, nos sacudía en las camas contiguas, de una a otra, sin piedad, levántense, que tampoco ustedes se gobiernan ni nada, bastante trabajo pasaron limpiando esa casa enorme para venir disgustadas a dormir, van a perderse una diversión que ellas mismas prepararon, verdad, Cala, sin parar trataba de convencernos mi madre, que esos momentos felices son lo único que se van a llevar de la vida, casi estaban a punto de nombrar a Nena y todo, cuando Mercy, calma, la sobrina que él más quería, enseguida vamos, tío, se levantó, porque Isabelita no podía hablar del llanto y el susto, él se apaciguó enseguida, bueno, yo voy delante, que dejé sola aquella casa, todas más bien nos alegramos, sí, vayan otra vez y pónganse a bailar, mi madre hizo beber agua a Isabelita, de nuevo nos compusimos, y Mercedes le lava la cara, la maquilla, mañana por la tarde vamos a la playa, díganse lo si quieren a los muchachos; volvimos por el centro de la calle, ya hasta riéndonos, bromeando, y qué casualidad, cenicientas trastocadas, la sirena del central repicó las doce campanadas de la media mitad del cuadrante nocturno cuando llegamos al portón y unos jóvenes obreros que entraban a esa hora al trabajo nos saludaron sorprendidos hacia la casa, siempre oscura, fantasmal, y ahora iluminada a viva lumbre, más extraña aún ahora que hacía un rato, cambiada en navío jubiloso por los quinqués, faroles y lámparas chinas que habían sustituido la araña palaciega, semejaba el castillo de los naipes, el navío embrujado de los reyes y los piratas, ese cometa de vertiginosos oropeles junto al río; no obstante, apenas traspuse el umbral, supe que sería la perdedora de esa noche, el hada decimotercera se empeñó en traicionarme con un pacto esquivo en lugar de la joven de la celebración y el convite, aquel Ángel que barruntara la cábala y los laureles lentos del trópico, entre piruetas y corceles del estío y la invernal primavera, mi príncipe de la danza y el cumpleaños, no apareció por

ninguna parte, en cambio Miguel sí había vuelto, fingiose también dormido, nos contaba riéndose, y apenas su padre se fue a la cama, regresó escabulléndose por un balconcito de su cuarto que da al jardín, de allí a la barranca no hay más que un paso, y ya estoy aquí, Isabelita, quieres bailar conmigo, pero de Ángel ni la sombra, rehusé la danza y con los mayores, como si yo fuera una viejecita de noventa y cinco arpegios, me senté en un espacio libre del sofá, observando las acrobacias y el indómito alpinismo por las nubes de los jóvenes, al compás de aquellos trinos que tundían la tierra y la hacían temblar en su órbita supersónica; mi primo Alejandro estaba en pie junto a la guitarra espejo, muy bella, con cuerdas de plata, que adornaba la pared del comedor, la que tanto gustaría luego a Arcturus, me divisó en mi isla brumosa y lejana del sofá, él, un almirante que oteara el horizonte por un catalejo perdido en el postrer cuadrante de la nocturnidad, sus ojos sombríos ordenaron Tierra, vino hacia mí, tantaleante, ni más ni menos que un navío en el océano ebrio de parejas contorneadas, sentose a mi lado, y dale que habla de aventuras y viajes y navegantes, del monte Everest y el Himalaya, el rayo verde y las auroras escandinavas, de países de sol y nieve, piratas y maravillas y los misterios del firmamento, viajes a los polos y escaladas a levante hasta el punto que el capitán Scott olvidó su bufanda en el brazo del asiento y Amudsen estornudó muy cerca; nos invadió la niebla del río y no se veía nada a tres pasos, es una nube baja, sentenció alguien a aquella masa de escarcha y rocío donde nos balanceábamos en pos de los vientos lunares, Alejandro y yo nos asomamos a la claraboya de la nave y sólo sentimos un olor a guayabas y jazmín de novios procedente del patio junto al frío de la niebla fresca, se nos contagió la locura de los otros cuando atravesamos el salón y como se habían llevado la grabadora, acabamos ensayando poses románticas y bandas gitanas, en grupo o en *pas de deux*, como a las tres de la madrugada, con el viejo radio del tío, envueltos en aquella nube baja que iba tramontando nuestra colina carnavalesca, y cuando el pobre ins-



trumento acatarrado apenas captaba una emisora, abandonamos, solo en el centro de la sala, a nuestro primo Gil, que se pasaba de bromista y había mezclado raros elixires y fuego de dragón, con unas extrañas contorsiones de imprecisa latitud, cierto peregrino estribillo al compás de Radio Reloj rumbaba en sus labios los horarios de la aurora, tic ta tic tac tiqui tiqui tiqui tac, quín, mientras unas viejas curiosas y resistentes, a esa hora, se persignaban, Jesucristo bendito.

Sí nos divertimos mucho, y no hubo bruja o desaire, demonio avinagrado ni bilongo recipientario entre aceitunas o ciruelas pasas que nos lo impidiera, y de tanto dormir, de tan gran cansancio, casi perdemos el barco de las doce que sale desde el muelle en el Puerto hacia El Socucho, hubimos de correr y dar voces, cruzamos el cañón de la bahía en otro bote, algunas con su poco de miedo aparatoso, sosteniéndonos de los brazos y la cintura de aquellos primos casi hermanos, crecidos a la par, de pie en la chalana maltrecha, abordamos la otra orilla justo a la una de la tarde, en el día soleado, celeste, cuando las tormentas del anti-mundo llovían despaciosas, como una cascada atronadoramente lenta, sobre el copioso arenal de la playa; y preferimos, agobiados en un mundo de vueltas y travesías, permanecer un rato en la costa, asimilarnos, pausados y sensitivos, a la costanera copiosa de playas azules, blanquísimas, esas clepsidras de arena bruja derramadas en el precipicio de un norteño levante, seguidas unas de otras como caracol laberíntico, diluidas en el tiempo de sol y rocas y espinas; en ellas había transcurrido nuestra infancia, ese ciclo feliz e infinito del que no queríamos deshacernos jamás, vamos a tirarnos del muelle, me invitó Alejandro, y él fue quien primero voló de cabeza por el viento salitroso hasta sumergirse en el agua verde y coralina por las piedras del fondo, vetustas, Mercedes y yo aceptamos aquel rondel peligroso, los varones se alejaron nadando y las hembras miedosas persistían en apegar sus pies a la ondulosa arena del bajío, veteada de algas y caracólitos negros; Mercy lanzábase de piernas por delante, en cambio Xarahlai hubiera querido volar como Alejandro hasta sumergirse en la mitad del cielo, el otro cielo invertido de las dunas y coral de sombra, corría para tomar impulso y se detenía al borde del precipicio, en plena posición de arrebató volátil, como si temiera escalar una cumbre demasiado enaltecida, atemorizada ante la profundidad cavernosa del mar, su rielar de abismo, esa irisación umbrátil, tentadora y desconocida, que también posee el espacio, a pesar de las detenciones y rupturas, los choques contra el cristal saliente del océano, su muralla que se oponía a la iniciación



hialina de mi yo y el dominio de los arpegios delicuescentes de un sol, astro indeleble que clamaba por mí, oh fusión en el cristal, decidí aprender a toda costa los ejercicios del vuelo, rielarme de ángel y cometa, cimbreante de aerolitos y desenfundadas amatistas, hasta saciarme con los ecos cavernosos del mar en mis oídos; y como nunca ha habido nada que pudiera oponerse a los indómitos deseos de Xarahlai, aprendería aquella técnica de arcángel hasta convertirse en sacerdotisa de los rebaños celestes y, por fin, como si fuéramos dos niños, llamé a Alejandro, tú corres tras de mí, cuando llegue a la puntica del muelle abriré los brazos, me pondré así de cabeza, entonces me empujarás y ya, y, sin pensarlo ni un tilín, así hicimos, sólo que él se lanzó tras de mí en un raptó de pez raudísimo y me esperó en el fondo del mar, esperó mi cuerpo en su caída, su descenso y deslizarse para que no me asaltara por peligro un azar de conchas o barcos de hierro inmersos, para que, por secreto, no me agrediera un naufragio de piratas, un suicidio de sirena, tocamos enlazados las dunas de coral y musgo, y emergimos enlazados hacia la tarde incandescente de oro y azul; muy pronto aprendió Xarahlai poses de caída y renacimiento hacia el sol y, cansada de volar, atisbaba la llegada del barco ruinoso, por si de acierto venía Ángel, por si, oh coincidencia, acertara a explorar la playa de un acaso hoy y otra vez nos halláramos a trasluz de la tarde; con ese pensamiento inconfesable decidí bordear la costanera, su curvado litoral pletórico de bañistas y acrobacias lanceoladas, voy a llegarme hasta La Llanita, saltó Alejandro de la arena donde se hallaba dibujando galeones y esfinges orejudas, espérame, voy contigo, juntos hundíamos los pies en arenosas cavernas de agua, que nacían por ensalmo como un pronóstico de tesoros ocultos y maravillas, el mar era topacio, rubí, turquesa de otras galaxias, una frescura de yerbazal y pozo subía de su cuenco inabarcable, a su cadencia recurrente bastaba andar como pesados astronautas y que nuestras huellas se convirtieran en el nido de los cangrejos ermitaños, hablábamos de la promesa de un libro recién comprado que nos esperaba en casa para cuando saliéramos de todo ese arrebato

quinceaño y de cumpleaños, el resto de las vacaciones nos lo pasaríamos leyendo, sin que nadie nos molestara, los ojos sobre la misma página, echados en alguna hamaca o un viejo catre en cualquiera de los cuartos patios jardines de las tres casas contiguas, sin impedimento alguno, pues yo era feliz con Alejandro, juntos la sorpresa ingeniosa nos andaba rondando siempre con urdimbres de niebla, y aunque ahora estudiara en la Marina de Guerra y hubiera venido gesticulando en clave Morse y otros signos raros de banderas emblemáticas como contraseñas piratescas usadas en el mar, nada había cambiado entre él y yo, nada que redujera nuestra confianza; sin embargo, a causa de aquel hechizo como flor de un día en los ojos transoceánicos de un jovenzuelo desconocido que se llamaba Ángel, algo había en los ecos huraños de esa tarde neblada en brumas que nos apartaba, hasta el punto de que casi no oía su conversación atesorada de guiños con las aventuras y con el tiempo, una esponja de agua nos cerraba el curso a dimensiones del ayer licoreado entre ciruelas maduras y duraznos de otros climas, una insolación de luz me obstruía el paso hacia su charla de lunares de oro y velámenes al soplo de los alisios y la tundra, a ambos, era evidente, nos poseía el duendecillo cálido de las estaciones y los días, al ufano quebranto de una arborescencia estival, hipnotizada por la luz verdegitano, no veía nada a un paso de mi piel, y Alejandro me acompañaba desoyendo las siglas de su nombre, confundida, encantada, me dejaba abordar a la caricia entrañable de su voz; pero mi alma atisbaba un trasunto de lo ignoto y la lejanía deudora al espíritu de Xarahlai, el afán de querube aún poseía mis alas, y cuando más, no había tentaciones en el aire que se diluyeran al soplo de un conjuro esmeralda, por eso decidí alejarme del muelle y las rocas como de un volcán; en tanto Alejandro cosechaba para mí aquellas diademas recién extraídas del cofre de los piratas, las primas tenían junto a sí la feliz promesa de la noche anterior, no les importaba para nada cambiar de sitio en un invernadero, una pecera o en la caverna del dragón Smaug, se hubieran sentido bien, notablemente holgadas, jubilosas, nadie tampoco en La

Llanita, nadie de extraños ojos azulverdes y figura esbelta de cervatillo, entre toda aquella muchedumbre de salvavidas y balsas flotantes entre arena y cielo, nadie; habíamos nadado un rato cuando Alejandro me confió aquello, no le creí, no te creo y nunca te creeré, si somos igual que hermanos, lo mismo, cómo es posible, y me tumbé de espaldas, muy brava, los brazos cruzados bajo la mejilla, mientras, el muy atrevido, me lanzaba piedrecitas a los muslos, yo recordaba la carta que él había enviado a María Luisa desde la Marina, mi tremenda nostalgia de él durante meses y meses, y cómo ella se burló de su confesión leyéndola al mundo entero, por qué salía con esto ahora, concho, me levanté seria y turbada, con deseos de llorar, y él me siguió a dos pasos, la tarde habíase echado a perder, no me cautivaban ni un pito las tajadas de melón expuestas en los quioscos y vendutas, los cucuruchos de maní, refrescos y limonadas, los gestos dulces y cariñosos de Alejandro, su conversación flamante e imaginativa, las miles de carantoñas difíciles que había urdido para tentarme, para rendirme con esa su galonada estrategia de navegante, la libérrima orgullosa Xarahlai caminaba hacia el muelle; ya en el barco, yo sentada y él de pie a mi lado, protegiéndome a pesar de todo contra el bamboleo y los borrachos, sus groserías burbujeadas de deseo, resguardándome de posibles maremos y naufragios, trasiegos de horarios en el triángulo de las Bermudas o el hundimiento de los jardines de la Atlántida, su pose de caballero demostraba cuánto le importaba mi respuesta; así íbamos, ambos callados, tostados y frescos, pero tristes, humedecida nuestra incertidumbre en la niebla polar de la bahía, tan pronto Xarahlai desoía la advertencia del fátum, soy una guanaja, cómo no voy a creerle, a confiar en él, si es mi primo Alejandro, mi entrañable, el que llevaba mis libros a la secundaria, el que hace apenas unos meses se acostaba conmigo en mi cama a leer de la misma hoja ambos, el que se enfermaba y me hacía morir, cuánto había lamentado Alejandro que me cortara aquella larga cabellera de la secundaria, ese comentario manojito agreste había vuelto a crecer no obstante, hirsuto y salvaje, pero nunca hasta la cintura y más

allá de su curva pizpireta, un capricho de tala incitábame de nuevo a la extremaunción, cómo acostumbraba acariciar esa crin, su ademán ya dominador y rudo o tierno, es melcocha, melcocha pura y rica, Chomi, oh qué lindo, y hundía la boca en él; Llegamos tarde a casa y desperdigados unos de otros, hubo riñas, pleitos, y hasta algún pescozoncito lunático, abuela peleaba, acórtenles las riendas, no los dejen sueltos, el día menos pensado ocurre una desgracia, y las tías se persignaban asombradas de tanta libertad para unas niñas casi, esas muchachitas, Dios mío, uno aquí esperándolas, rezando, y ellas mira a qué hora dígnanse aparecer, hay que cortarles las alas a tiempo, por si acaso, si no, acaban en algún lupanar de la calle; no sé por qué, quizás porque no era la primera vez que volvía yo tarde con Alejandro, a nosotros no nos pasó nada, nadie nos regañó, nos hincó un diente en la oreja, no saldrás de esta casa por el resto de tus mohosas vacaciones, no hubo ninguna conjetura intrigante que urdiera inocentes culpas sobre los dos, nada; sin embargo, a la vuelta Alejandro sostuvo una intensa conversación con mi madre, oía su rumorear bajo, contenidamente apasionado, estoy enamorado de ella, mientras se me iba secando el pelo en el portal, sin que yo insinuara el porqué de la demora y la separación, la quiero, tía, convéznala, desde que tenía doce años me gusta como mujer, no importa que seamos primos, yo la amo; pero me aferré a ese no que había pronunciado en la playa, tanto me aferré al voluntarioso no de Xarahlai que caí enferma, no supe determinar el sí o la promesa en aquella misteriosa confusión de los sentimientos, no quiso reconocerse dentro de mí el paradigma secreto de la pasión, vergonzosa recluyose en lo recóndito, sin saber que existe en la vida una segunda cosecha de ciruelas moras y culpable de un no ciego, de un irrefutable no de transparencia celeste, llegaría tarde a la primera cosecha, me aferraría incansablemente, de por vida, a la adolescencia, hasta que las orugas de la cripta me arrebataran el sueño de Julieta, cuando buscaba, muy tarde, el arcoiris que Alejandro me había propuesto.

No abriré los ojos, amor mío, no los abriré, mi querido amor, sigamos acostados en mi lecho, maduro de jugos y disfrutes, este presuroso escondite donde nos tendemos a la siesta de los tiovivos de cristal y la noche de asbesto y primavera para robarle las uvas al tiempo soporífero, hecho de cerezas y cundiamor, no te levantes, amor mío, ven otra vez y bésame, aprésame entre tus fuertes piernas de varón frutal, siéntate sobre mis caderas en esa pose de califa y rey, mi centauro, tú, soberano de mis juegos amantes, atizador de una hoguera femenil que arde sólo para ti, socávame despacio por dentro como sabes, húndete en mi ser, que los zumos y jugos de mi cuerpo afluyen prontos a tus deseos, semejantes al néctar de embrujo aromático, cuando cabalgas con tu prisa apasionada, los labios gozosos y entreabiertos, rosáceos en los pasajes de mis grutas secretas, dueño mío, mi amor, ladéame con tu modo sabio, oficioso, y arráncame el gemido en el *crescendo* de la felicidad, porque eres tú la mitad de mi ser, el lado opuesto de los espejos más caros, el grifo y el afluyente, mi amante de las selvas y las playas, quién otro iba a ser.

Yo no lo soportaba por sus enredos e intrigas y gracias al magnánimo corazón de mi amigo Arcturus le atendía sólo en el portal, a ese Misael, que nunca hablaba mal, sino demasiado bien para no hacerme daño y convertirme en el centro de una leyenda volante, era más que ofrecer el sagrado ígneo y el Santo Grial a quien, como él, me visitaba quizás regalándome la cuádruple faz de Jano y una esquina rota del poliedro trashumante y el travesti, se podía consentir acaso esa amistad malsana; él a veces había dado pruebas de cierto cariño y docilidad fiel, imantada adoración amorosa hacia mí, sin trabas par su corta edad, y respeto filial por Arcturus, el clarín de una generación promediaba Cronos entre él y nosotros, que no había trasvasado la adolescencia ni nosotros la mocedad, otros también, a la luz del relumbre y el meteoro de la combinación aleatoria propicia a toda expansión de insolitez, habían venido y buscado el hogaño rincón que tal vez no hallaban en su casa, no era fructífera para mí esa amistad, a la óptica de una búsqueda pirenaica, antes al contrario, entre Misael y yo, piel trigüeña donde  sombra el vello por nacer, tenue, ligero, damasco para besar, otrora,  diaban esas burdas cariátides de expiación y guerra en el medioevo y de condena islámica, oh Arcturus, violáramos con ella los preceptos del *Corán*, así Misael comportábase, una pobre y gris entelequia le impelía hacia su parasitaria domesticidad; fue él, quién otro, el que iniciara aquella noctámbula escena farandulesca al aparecerse una tarde calmosa en el portal, una muchacha escribe poemas, desea que se los revise y le des tu opinión, se llama Xarahlai y trabaja en una cafetería, qué extraño, dudé conjeturando un nuevo acertijo, si ese nombre no existe y me fue revelado en un sueño, bueno, total, tráeme a esa Isolda de las Blancas Manos para leer sus poemas; nada supe yo de su lesbianismo, ay Jesús, en realidad no se llamaba Xarahlai sino Zulema y tampoco tenía las manos blancas, pues era una mulata de ojos verdes con más aspecto de cabaretera promiscua y varonil que de poetisa, mis jóvenes amigos me aconsejaron con picardía, acéptala, que nos visite, así



trae la merienda, creí entonces que conocían bien a la mujer que trató de ganarse mi confianza primera derramando muy sanamente sobre mí consejos de cocina, igual que una hermana dispuesta, para que atiendas a las visitas, conjeturé, vea, está enamorada de Arcturus, pero no, era yo quien más le interesaba, ni siquiera introdujo su nombre en la charla retahilada y campechana, a quien sí mencionó, y mucho, fue a mi primo Alejandro; con un descaro increíble, bien provisto de chistes y bromas vulgares, se posesionó de la terraza, aquella terraza colonial, laberíntica en medio de aires contrapuntistas americanos, de la tía Nena, regó sus tiestos de malanga y helechos, claveles acuáticos y cactus de un solemne desierto resfriado por los alisios de la costanera, hízose dueña suya, dale, busca vasos, así sin más acá, por cierto, en su bolso colgante trajo bocaditos y pródigas pizzas a mis amigos, me atuve a aquellos sopórtala, pobrecita, ella no sabe que molesta, déjala trajinar si quiere; a la segunda visitación, merodeaba por la cocina, la vi extraer una botella del bolso, zancajear unos limones, cuando me di cuenta, había colocado una copa de la tía Nena delante de mí, tendida a ras de mis labios, con su rodaja de limón y todo, date un buche de ron, anda, por cuánto, yo no bebo, está bien, chica, muy brava que se puso, voy a preparar un trago para los otros, me atravesé en su camino, ellos tampoco toman, aquí no traigas licores, parece que no deseaba convencerse, y en la fuente grande de la tía depositó cangrejos, sardinas y ostiones, pan y los consabidos vasos de ron, todo muy bien servido y preparado, verás que ellos sí saben disfrutar las ricuras de la vida, no como tú, que pasas el tiempo aburrída ahí, siempre con un libro en las manos, por lo visto ella quería y a toda vista aspiraba afinar aristas de resabio, echar pajucitas de algodón y crear un incendio gigante con el *modus vivendi* de cada quien, me parecía estar oyendo a mi madre, qué pensaría Arcturus, amigo intemporal, si acertara por Dios a llegar ahora, él, que como yo, despreciaba ser partícipe en escenas de licores, nunca habíase mostrado tan reacia a obedecer, siempre se comportó frente a mí con mansedumbre

esta Zulema de las Blancas Manos, por qué aceptaría semejante diableja en mi amistad, mira, hija, la conminé en mi tono más dulce, recoge todo y llevátelo, yo no bebo ni ellos tampoco, ah no, qué va, no sabía yo bien con quien estaba jugando, quizás era fuego, azufre, latones oxidados, no flores de Pascua o Navidad sino cierta sustancia adhesiva, corroyente, salivácea, dime, no te gustan acaso estas pizzas sabrosas y los sandwiches, son de queso y jamón, los saqué del almacén de mi veneciana para ti, no me gusta verte así, tan seria, leyendo siempre, no por gusto soy capitana de salón, y ya terciada en dos y tres esa Zulema diabla, te crees que no tengo punche, oye, y no voy a llevarme nada, ahí está servido todo, para que atiendas a los visitantes, y eso que viví los años de las becas, el pandemónium fiero de vitrales turgentes en los dormitorios, y un descarro como ese, jamás; quien acertara a llegar, vería la mesa colmada y pensaría prontamente en alguna oficial celebración, un cumpleaños quizás, si era alguien muy cercano y conocía mis costumbres, se asombraría ante unas copas espirituosas de hálitos que no procedían del té o el café, si el mismo Arcturus asomara en ese instante, reposado y flemático, respetuoso, elegante en sus ademanes, qué haría, saludaría, miraría un instante platos y tenedores, las vasijas lupulares de vidrio, rebosadas, y enseguida buscaría un pretexto para alejarse, el dilema no iría más allá, algún reproche mudo en la actitud, una frase irónica sobre los licores, una didáctica y mesurada advertencia; sin embargo, aquella merienda del trópico, tan tórrida, enmarcó el inicio de una larga y perversa acechancia sexual, después que Zulema invitara unos amigos suyos a casa del tío Cala, a aquellos cuya apariencia de rufianes y borrachos provocaba hasta repugnancia, no fue más que un juego turbio, traicionero, obra de la muchacha más soez que habré conocido, quien ansiaba propiciar mi inmersión en su propio vandalismo ciego, desmesurado, en medio de la apoteosis virulenta que viví junto a mi familia; sin cohibición ninguna en el hogar y la mesa ajenos, prende la música, mi vida, respondían a las rotundas negativas

con una mucilaginosora especie de galanteo burlón que me humillaba por su vulgaridad, no se fueron, a mis amigos mudos pedí ayuda, y ellos, atrapados por el influjo de la diversión y la merienda o seducidos por el gracejo y los movimientos exuberantes de aquella mulata dicharachera, bajaban la vista a cada señal de reproche frente a la felonía de los hombres que ella trajera al siempre apacible corredor, sus intenciones, válgame pensar, no comprendían cabalmente, estarían ciegos quizás, por último, al ver sus ojos contritos evadiendo mis miradas, su fijeza condenante y, cuando el turbión se apoderara sin remedio de la terraza, les dejé solos en la mansión ignota junto a la barranca presurosa de acantilados sombríos, donde al decir de Arcturus se respiraba una paz que no era de este mundo, y escapé corriendo antes de que iniciaran su orgiástica impostura; sólo entonces me invadió la noción del error que cometiera ante la invasión de mis dominios por la Zulema zafia y pizpireta, de permitir a Misael ese falaz paradigma causal, en medio de mis peligros; sí sabía que Arcturus no iba a perdonarle su permisión a la ofensa y su actitud inane frente a la agresión a la amiga, y hacia aquel palomar viandante rumbo a las estrellas y los cocuyos de la penumbra irisada, orienté las crepitaciones de mi corazón y mis pasos, para buscar el socorro del amigo, yo no tenía a nadie más, a quién, si no, acudir; llegué helada a pesar del trópico y lo encontré leyendo muy pensativo a Sócrates, mi aventura con aquel submundo de afrodisis y tentaciones trashumantes le referí, pero, por lo pronto, preferí no mencionar para nada a los beodos que invadieran aquella ciudadela mía hechizada en su paz, nada le mencioné del terremoto que estaba arrasando mi casa, aparta pronto a esa muchacha, me asustó Arcturus, no des entrada a semejantes personas, ni aunque traigan a ti el “Cantar de los Cantares”, exhaló por sus labios un sonido friolento que significaba horror y, medio en broma, medio en serio, tendré que rezar por ti a Buda, continuó leyendo; no sospechaba él entonces que habría de acompañar aquella Xarahlai Isolda ofertada a la virulencia, curiosidad y el comercio de los

leprosos del vino en su regreso a la finca ruinosa, donde la noche, dentro de su faltriquera inhóspita, les guardaba un desorden seco e intencional, de objetos y muebles adrede revoltijados, manchados de comida y licor, mientras la barranca tenebrosa junto al eco percutía las voces pastosas y truculentas de aquella gente, de ocio por allí, conjurados en el propósito de amedrentar a una mujer codiciada, muy fácil, compadres, la comay vive sola y qué cojones, los padres la botaron de su casa; entre ambos aderezamos de nuevo los cobertores, tendimos el lecho de la tía Nena que yo ocupaba, recogimos las vasijas y las copas aranceleadas por el cuarto y el sofá, hicimos esa limpieza primera de ceremonias, entre ambos y a la par, y cuando todo estuvo a punto, y el fuego de las vestales volvió a iluminar el corredor claro de las visitas, ven, será mejor que vuelvas con tu mamá, comprendí lo erizado que estaba por mí Arcturus, la certidumbre y realidad de sus temores, de prisa me llevó hasta allá, y tampoco sabía, a esa fecha tempranera de nuestras vidas, que la penumbra del medioevo nos rondaba de cerca y que él, como siempre, quién más, se vería obligado a buscar y a salvar aquella Xarahlai en peligro de ser expuesta a la indecencia y la usura de groseros convites, para, en fuga precipitada, a la vista de todo el pueblo, escapar juntos, y que ni aún así, tras la agotadora huida, en medio de precipicios de infinitud gélida y resquebrajadas e interminables callejuelas, nunca habría, jamás, una tregua para los dos.

Acurrucada en la ceniza, sola en la inmensidad de la hacienda, junto al macizo y rústico fogón donde abuela preparaba aquellas natillas deleitosas color yema de huevo, laboradas a la lumbre canario de doce soles, escuchaba sus bromas humillantes, entreveradas de amenazas y sutilezas, y aquel atrevido golpetear, esos compases percusivos de diapasón bronceo, herrumbroso, que luego me perseguirían tras alguna fementida agresión suya, como si el demonio de los chantajes y las infernales búsquedas quisiera causar horror, hubiera querido convocarlo desde la primera visita para proseguir su ronda en la neblina sin jamás, por ese rondel impaciente en mi rededor, recordaba las natillas canario y canela de mi abuela Isabel, mística en su traje blanco y adocenada entre leyendas infantiles, rodeada yo misma de una atmósfera como de cuento y princesa perseguida, antes ella, y después Arcturus, habían rodeado mi vida de fantasías trebolares, sólo que ahora yo no era ninguna princesa y la escena era tan real que provocaba un espanto cierto; enseguida pude comprobar que los beodos esos eran sucios, muy sucios, hombres puro cuerpo físico, que actuaban por instinto y nada más, y eran los mismos de otras persecuciones en la calle, sus voces yo conocía, y era apenas la segunda vez que invadían aquel ámbito pacífico a orillas del ribazo; a la noche siguiente a la rapaz visitación y las consejas de Arcturus hubo una misteriosa ronda en torno a la casa, ruidos y pasos me despertaron enfebrecida a la mitad del segundo cuadrante de la noche, voces bajas y roncas, ciertos golpes repetidos con regularidad sincrónica se desgajaban en la cascada y el páramo silencioso, como a propósito de causar pavor, abrí una hoja de las ventanas del mirador, que flotó cual una celdilla al viento plomizo de la costa, porque creí oír una risa conocida y recordé alguna aventura de los amigos, sombras oscuras rodeaban la casa, ciertos desmanes filosos de su actitud prohibió a mi ser el encuentro bondadoso, están bravos conmigo, eh amores, qué falta cometí yo, tal vez el haber regresado tras la prohibición; no obstante, me impuse pensar en la excursión o el suceso

inhabitual, algún cometa iba a atravesar el zodíaco, la nave previsible entraría a su órbita durante la noche, una estrella disponíase a nacer en el austro o, simplemente, tenían todo previsto para explorar otra caverna, excavar el asentamiento aborigen de la Pedrera, supuse eso, porque hacía días hablábamos de volver al cementerio marino y el anchuroso numen de las búsquedas y las motrices ilusiones comenzara a revolotear sobre nuestros pasos delante del sendero, quién será, pensaba en ti, Arcturus; me asomé y el aire me volteó la cabellera, no, no eran siluetas jóvenes sino figuras recias de hombre plantadas como estacas en el frente, bajé la escalerilla hasta el corredor que da al cuarto de la tía Nena, mejor ni oír ni respirar, así creerán que no hay nadie en la casa, golpearon la ventana tres veces, abre, rica, la tonta que soy cayó en la ambigua trampa de aquella voz melcochosa y bronca, con su acento como si tuviera un tabaco atravesado entre los dientes y estalló muy ofendida, quién es, la voz cínica se volvió a los otros, no está la muy puta, parece que salió, debe estar con el noviecito, tú se lo vas a permitir, Pilon, no, verdad, me alejé como de un impacto de azufre y acerté a oír otra voz, volteen por allá atrás, que cuando vuelva nos la vamos a echar en la casa vacía de la ceiba mocha, está muy rica la nena esa para que duerma sola, vamos a esperarla eh, calambres de miedo desorbitaron mi pulso, y el espejo, negro de obsidiana verdosa y algas del río, donde aderezara promesas y cintas azules la bella esposa de Cala, mi tía política, rescató de la oscuridad y los travesaños silenciosos el rostro de Xarahlai, apresada entre ruseñores y ortigas, blanco, desencajado y hermoso, sus ojos trasnochados y fijos, cual si contemplaran el maleficio del plenilunio y las barajas, que todas todas se habían tornado de través; la noche tremebunda había pasado y llegó la mañana, un amanecer claro que parecía hasta mentira terror tanto y oscuridad, los hombres groseros habríanse marchado de los alrededores en la madrugada, no se advertían ni por asomos sus turbios gritos procedentes de un submundo lunático, villanamente telúrico, desperté contra la ceniza, cierta in-

mersión en la nada me hubo derribado por un instante, hubo enquistado rumbo a la antimateria a mi Xarahlai, sin ese puntico de luz y gracia que la hiciera levitar sobre el cieno, derribada, en el claroscuro de la vigilia, sin un antes ni después ni nunca; me levanté con un rumor en las sienes, tenía el cabello ensortijado y matizado de guedejas cenicientas, las manos embreadas de tizne, la espalda incrustada de virutas de leña, y el cuerpo aterido, desmadejado, dolorido hasta lo imposible, mis ojos lloraban azogue hirviente, agua entre verdeazul y cristal vetado del bagacillo y el humo que trasnochaba aquel fogón de la era de los mambises, qué aspecto yo tendría, Dios mío, si hasta las virutas de aserrín de la carpintería antiquísima de mi tío ribeteaban mi ropa de Cenicienta perdida, irremisiblemente vedada para los cuentos y las leyendas de los infantes, infanta virgínea y androginal me compuse, desterré por lo pronto las preguntas, cualquier filosofía encerraba ahora bajo doce llaves de clausura y sepulcro su secreto, daba espanto el camino ante mí, y no era nada, en fin, cuanto había pasado, si lo comparaba con lo que vendría, adónde orientar mi fuga, yo no había abandonado aún la casa de mis padres, sólo habitaba de vez en cuando esa agreste mansión de soledad y romanticismo, un poco ruinosa, para escribir, sumirme en la paz de los libros, su cosecha de espiritualidad y silencio, esperar a los amigos frecuentes en charla fragante o vuelo de arpegios en desenfreno, aquel no había dejado de ser jamás mi sitio, mi rincón de amor y familia, eso que llamamos hogar; sin embargo, unos duendes de misterio e incertidumbre barruntaban el aciago tenebroso dentro de mi ser y yo aprendí desde siempre, quizás desde el corazón de mis ancestros, a no desoír las leyes y las claves soterradas, ocultas, una voz cantaba por lo interno el fin de la alegría, la ruptura total de las faustas quimeras, la disolución, el naufragio, la no vida, la sinfín caída en fin, e incluso, ante el opresivo cansancio del espíritu, el pequeño trecho hasta casa de mi madre parecía una distancia larga, interminable, pero hacia allí el viento del continuo orientaría mis pasos; tal fue el

primer punto donde mi mente se posara, la aceptación y defensa, el consuelo de mi madre, el juicio a puño cerrado de mis hermanas hacia quienes, tan acremente, empeñáranse, durante un nocturno de cizaña y temblor, en derruir mi paz, y sobre todo, el furor, tenaz y sin pactos, de mi padre contra quien se atreviera a tocar o tomar entre sus dedos sucios uno solo de mis cabellos, eso tan sólo pensaba entonces yo, porque era mi hogar, el sitio más hogañero que conocí en la tierra, yo, que todo había dado por ellos, mi trabajo, mi salud, la paz y el sagrado tiempo, oh Cronos, mi más amado dios, tanto tiempo te donara a un trabajo estéril, tantos instantes indecibles de burocracia y oficina o parábolas estelares, puestas en mis labios por los que hablara Dios, instantes de estrella y magma de la subterra, cambiados por víveres y dinero o las viandas de la tierra, a nombre de mis seres queridos, para ellos, por qué, tú que nunca sufriste, nunca pudieras concebir un vendaval que desgajara tu casa tan total e insistentemente sin remedio, y se acabara el amor de una madre, la vida de un padre, el ingenuo y benéfico afecto de unas hermanas, de qué manera, acaso lo sabe el odio de Dios; ese día temprano recogí los apuntes del diario de mi vida, sus madejas de ansiedad, arreglé, con esos y otros aditamentos indispensables, una compuerta a la gracia, una mochila de viajes y esperanzas, pues no sabía lo que el futuro me iba a deparar, pero lo presentía, y con ese amuleto contra la mala suerte a la espalda y en el alma una quimera ciega, eché a andar, y me fui, bien sabía mi yo interno que se terminaba la paz, tal era el instante de su ultimátum, ya, Dios mío, había comenzado a girar una maquinaria de ciegas y veloces embestidas, qué idea entonces ir hasta la casa, pensar que uno tiene un hogar, esperar la acogida tierna de una madre, el amparo de los fortísimos brazos de un padre, imaginar la expresión solícita de unas hermanas, compartir, entre tantos, un dolor más aliviado, ser suspirado en común, sentir esa fe que uno tiene en los seres que ama, y que fuera más sufrible esa pena a pesar del avatar alienador.



Tú bien sabes que a mí la política no me importa ni un pitoche, y eso de casarse es para otras, me balanceé ante Mami en concluyente ademán, cuando me dijo aquello de las amistades peligrosas, y eso que ella no había leído a Chordelos de Laclós, le salió la frase al vuelo como un dicharacho, esos amigos míos que hacía mucho tiempo me visitaban, apártate de ellos hija, cástate, sí, son unos jóvenes sanos, estudian, pintan, trabajan, y muy educados, pero son intelectuales, ahí sí me escandalicé y empecé a recitarle como un pase de lista en la clase y la tribuna todos los artistas y pensadores santos del reino de este mundo y del más allá, ay Jesucristo bendito, gritaba yo igual que abuela Isabel, tan escandalizada que daba horror, no vengas más a esta tierra de porra, si cada vez que lo haces es para que te crucifiquen de nuevo, y no sabía aún en esos primeros tiempos de la bravata que era asunto imposible explicarles algo, quién le metería esa idea en la cabeza a mi madre, pues no iban a entender y sería como mezclar aceite y vinagre, tampoco sabía Jesucristo que las gentes son cada vez más crueles y refinadas en sus torturas según avanza el tiempo y cuando uno sufre es que sabe y comprende, salvo algunas criaturas que nacen sabiendo, como expresa el vulgo, y poseen un conocimiento innato de la vida y una experiencia acumulada de los axiomas del mundo y el secreto de la premonición, como seres divinos, sagrados amadeus del endriago, entelequias a las que les sopla al oído las verdades y las mentiras el daimon, yo soy una guajira churrosa, también le dije, Mami, y te deben haber contado una tonga de mierdas de mí, y son los borrachos esos, amigos de tu esposo, que la tienen cogida conmigo ahora y que se vayan para la resingadísima puta de la madre que los parió, cerdos, cerdos miserables, porque aquí en Delicias saben que yo tengo un lenguaje refinadísimo y lo mismo saben los alumnos míos del monte y el Puerto, de la ciudad y del llano, de tanto que he correteado estos palmares, y no digo malas palabras, ni siquiera una, que al culo le llamo respetuosamente trasero y cuando más fotingo, que no es tan indecente en fin esa etiqueta de

auto de mil novecientos cincuenta y pico, y nunca menciono la pinga para nada, pero que no me busquen la lengua, porque baja el mismísimo Satanail, según me vaticinaron las barajas hace tiempo, y se aparecen pujando a más no poder todos los antepasados de Xarahlai la Gitana, y eso que no lo sepa Arcturus.

Oh Arcturus, a quien yo he querido tanto que por ti despreciara a toda la humanidad unicornes que flota a mi alrededor con ventiladores de raso y sombrillas de celofán en válvulas de zunzún y bandadas de trapecios y rosas voladoras, oh Arcturus, mi amor, a quien no podía encontrar en esos difíciles días en que hicieron mi existencia tan imposible, hasta envenenarla de azufre en polvo, convertirla en un suplicio enorme, increíble en este apacible rincón del mundo, Arcturus, qué sabías tú de lo que me estaba pasando, acaso lo imaginabas, y te alejabas porque era muy duro presenciar aquel horror y suponías que acercándote me harían mayor daño, porque sabías que deseaban separarnos uno del otro, como a los amantes del medioevo y la mediamidad a dos luces del bisiesto cuadrante, o era que atravesabas suplicio idéntico tú, más penoso si cabe, más longevo, más largo, ya conocía de historias pasadas, y no podías defenderme como siempre, como antes, como lo harías una vez más apenas te encontrara, una y otra vez para aferrarme a la vida e impedir que me venciera el suicidio, sólo lamento que no me dijeras desde el primer segundo de qué esos hombres eran capaces, inocente yo, y que sólo la palabra sucio, muy sucios, aún percutiéndola con aquellos toques repetidos, categóricos, firmes, encerrara una inmundicia tan inexpresable por lo asquerosa, por lo repulsiva, las palabras nada valen, más bien hacen daño; Arcturus, mi arcángel, te aislabas por entonces en el Puerto, mira que te había dicho que no volvieras solo a esa isla, más nunca, nunca más, que un día ibas a despertar entre hormigas y cascajos, los ojos fijos, dormido para siempre entre los cobos agujereados y magifiscentes del cementerio marino, siempre buscabas un compañero entre tantos, no tenías ni que buscarlo, era un encanto ir allí, isla solar, un peligroso encanto en su soledad, siempre hallaba la manera de comunicarnos, comprendernos a través de algún inaudible e inusitado arpegio nada más que por nosotros cincelado, concebido, y a pesar de no encontrarte en esos terribles días, que aunque pocos una eternidad parecieran, un siglo, yo te sentía muy cerca, y nadie como tú y

nadie más que tú, me hubiera cobijado adalid en tu amplio pecho, me hubiera defendido, si es que apenas una mirada bastaba para entendernos, una señal de humo en la distancia, una tatagua nocturna que en mi rostro se posara al punto de pensar en ti; Arcturus, mi príncipe, un hálito en el eco del viento bastaba para comunicarnos, y apareciste una tarde por fin, de la manera más fácil, pero un alfanje sangriento nos separaba, así y todo volviste a cubrir mi espalda y a echar sobre mí un brazo protector gigante, cómo explicar cuánto significaba un gesto como ese de protegerme en el mismo instante en que sobre mí cayó la horrible mano de Satanail, tú sí que lo sabías, porque éramos una dualidad bien y bien remarcada, marginada por las nornas del impío, sumergida entre crisálidas de horror y guerra, submundo de Hiroshima, Nagasaki, diluvio sin armas como una lluvia de metano, estrellas de metal y cieno, lágrimas, tú y yo, según se rumoreaba en las alamedas parlantes, bajo el susurro de los ventiladores tranquilos y en el parque y en el cine, tú y yo, por los micrófonos del viento que padecían una flojera coja, tú y yo para siempre, sí, Arcturus querido, cuántas espadas nos querían separar y cuántas más estaban dispuestas para herirnos insalvablemente, Jesucristo inocente, tú no viviste un Jerusalem, no has estado nunca en el último sinfín, Arcturus estaba en mi pueblo, por eso fue tan fácil hallar su corazón.

Mira, Pilón, cállate, y no seas guapo, no le prendas candela a esta casa, que Cala es mi socio, una vez pescamos camarones en El Socucho y él me curó de un calambrazo de anguila en el codo, eso no te lo voy a permitir, todavía si me dijeras que vas a agarrar la muchacha y llevártela, pase, pero que sea lejos de aquí, en el caserón de la ceiba mocha, total, Cala que nos perdona por habernos cogido ese chance, está muy buena la chamaca, el que despachamos primero antes de venir pa' cá era también un buen tipo, muy desprendido el pobre, no tenía na' de él, fíjate si era desprendido que hasta se desprendió de un brazo y se nos murió desangrado camino del hospital, sólo que cuando esta lo sepa se pegará una sogá y vamos a perder una blanca sabrosa, si no, la vida seguirá como si nada y Julieta que le lleve flores al sepulcro, así se dice no, no te mates, nena, mi corazón, o que se mate ahora, seguro se colgará, coo'jones, ULTIMATE, mi amor, no pierdas el tiempo, hija de Dios y de tu padre, que de aquí a la tumba no hay más que un paso, ay mamacita, no llores, quiéreme a mí, deja ese hombre, mira, Pilón, cállate, a ver si rompes esa celosía de mierda, no te encapriches, no cojas esa furia, hombre, que mujeres se nos sobran, esa muchacha no es pa' ti, y el otro es su ado-ración, ahora tendrá que buscar a su ángel bueno por otras galaxias, y ustedes, recabuchadores, no sean sapo, pídanle perdón a Jesucristo por lo que hicieron hace poco, estos berracos crueles hijos de Satanás se orinaron en una guitarra, qué se podrá esperar de unos puercos así, a lo mejor ella esperaba una compañía distinta hoy y no se la dejamos llegar, qué mejor compañía que nojotron, si quiere hasta le damos una serenata, un traque traque de piano con un brazo solo y acabamos de descuartizar al maricón ese pa' que no jorobe, qué cojones, eso hicieron estos borrachos del Diablo, le faltaba una cuerda, tenía nada más que cinco y bien tirantes, si parecía un cisne, la cogieron y la sacaron de su estuche, estaba guardada junto con poemas y partituras como haciéndole un nidito, quién sabe si no tenía otro lugar donde guardarlos o era un poco regado y loco el muchacho, en fin, se abalanzaron

todos a la vez sobre ella y la golpearon un poco para que entrara en calor, la machucaron bien contra las paredes y se la fueron lanzando de unos a otros, primero desde adentro le venía una voz, y era como si se quejara, las cuerdas sonaban igual que si estuvieran quebrándose, después la trajeron hacia los arrecifes, en aquella planicie del Puerto de arena blanca, donde hay muchos cobos y huesos enterrados de indios, allí la recostaron de un golpe contra la mata espinosa y era luna llena, de plenilunio, no sigan aquí comiendo cagajones de vaca, compadres, que se nos va a acabar la gualfarina sin hacer na' que valga la pena, oye, este es medio ganso, acaben ya, entren a la casa, córtenle las tetas, pélenla al rape, yo le diera una buena mordida en una nalga, qué sabrosa debe estar esa guajira lijosa que no mira a uno cuando pasa por la calle, si me dejaran sobarla un poquito, comérmela entera, coño, pasarle un poquito la mano y entrarle bien duro duro hasta que se espante y se vuelva loca, suénale anda, ahora, y dispué la echamos al río, que se la coman los tiburones, los cocodrilos dirás tú, oye, los siete chorros cayeron a la vez en el centro de la caja, mientras la espuma del orine hacía olas y burbujas a todo video y color, era una guitarra linda linda, de caoba, él le había incrustado sus adornitos, flores, ramitas, hojas de vidrio, fragmentos de cobre, y brillaba con aquella luna que alumbraba en el cielo entre pedazos de piedra y arcoiris aneblados, la piel de la madera se le fue poniendo oscura y roja, como la sangre tinta, así igual que cuando se despelleja un animal, pero ella latía que era un corazón, se movía, respiraba, gemía y se lamentaba con toda el alma, se rebelaba a uñas y dientes por lo que le estábamos haciendo, por fin soltó un sonido hondo, un suspiro largo, como si las cinco cuerdas le hubieran estallado de golpe, se fue de lado, qué va, caballeros, no jodan más, acuérdense de Cala, dejen tranquila a esa mujer, respeten, hijos de perra, que esa no es para ustedes, sí claro, si te interesa de verdad, ve y habla con la madre, que de aquí seguro va que chifla y se pierde, y tú, Pílon, quítate de ahí ya, no la engañes, sí es que vuelve, le

dices que vinimos aquí pa' avisarle de la muerte del socio y ense-  
guida nos vamos, sí, la dejamos en paz, pa' que llore, dame un  
beso, mi vida, anda, que me voy, dónde te metiste, so puta, te  
vamos a quemar los libros, mañana volvemos, y no llores por el  
tipo ese, cállense berracos, vayan a bañarse y no ensucien esta  
casa, miren que Cala es mi socio, entonces fue que sucedió una  
cosa extraña, vino de repente un golpe de viento o un ras de mar,  
no sé, una fuerza nos la llevó por el aire hasta la cascada del  
acantilado, entretenidos con la risa y medio ajumados, no nos  
dimos cuenta de que él había estado mirando lo que hacíamos,  
apenas un segundo quizás, porque en ese momento llegaba, no  
faltaba más que ver sus ojos, que se volvieron súbitamente rojos  
y brillantes, pegó un salto sin remedio, ese loco de remate, y se  
tiró tras ella de cabeza en el agua.

A ti, que eres parte de mi yo interno, eco diversificado de mi voz, esa porción del alma universal exteriorizada en el lago de los sueños conjurales, proseguiré leyendo las barajas antes de echarlas a la candela, porque eres tú, no otra, y ya es muy tarde, si fueras otra mujer ya me hubiera ido a acostar en la ceniza, apagado, como la hora de los sueños se posesiona de mis sentidos y el acierto de las brujas adorables circunnavega del celeste la verdad, perdonarás que hable en un tiempo y un sexo indefinibles, indeterminados, no como hasta ahora lo hice por tu voz, porque es el andrógino quien se explica tras de mis palabras ígneas, él avanza y viene desde el futuro, sus repliegues invisibles, persigue el indetenible presente y al antaño recompone en el porvenir, yo, el fuego, soy el futuro, perdona mi dolor, ambos comenzaremos juntos, yo, Xarahlai, te respondo que sí pero, y si la vida es el recomienzo sinfín, no quiero regresar jamás ni nunca a la Tierra, sino despedirme de este planeta amado e infeliz, con él comencé un día, ahora me extingo rumbo al paraíso primigenio y el pasaje sin después, ayúdame en el eclipse, di adiós por mí a mis amigos queridísimos si vuelven alguna tarde a estos jardines, no, has acaso dicho, el adagio no termina, es el fuego yo, quien transita por la voz del oráculo y estoy decifrando las cartas ante vosotros reina de un día, flor inextinguible, tu voz infinita continuará hasta nunca licorando la miel de éxtasis de Delfos; he aquí la primer laminilla del noveno montón de naipes, no me interrumpas, perdón aún, sé que te arrepentirás quizás más pronto de lo que piensas, de haberlos lanzado a mi fragor, pues bien, quisieras saber qué pasa con tus zapatillas rojas, ha mucho tiempo las llevas atadas a esos piecesillos de yedra, sus cordones elásticos atados a los tobillos de cazar crisálidas, aprisionándolos tanto que a veces no puedes más y eliges la opción más dolorosa que decursa ante ti el continuo para proseguir hasta siempre jamás sin una renuncia, el cáliz bendito de Amadeus, mi dulce amada de Dios, por instantes parece una maldición y un castigo mientras las rojas cuerdecillas se afincan a la carne desgarrando sin



remedio esos tobillos de princesa, ese empeine alto de Alicia, reina en el juego de los espejos veraces, mueres de cansancio, mueres de un suicidio de girándula, por qué, dice tu corazón, ahora verás, cosas buenas y malas aviénense a ti mediante las regencias de vitral del arte, las floraciones peristálticas de la ciencia y el circo inmóvil de la profesión que ejerces, ese abanico de la vida en que te abismas a impulsión de tu ángel guardián, quisieras saber cuánto de gozo paciencia o de cuitas obtendrás de su quietud cascadina, cuidado, que te roban el albedrío de vivir, si te aparece por delante un malsano cinco de espadas, de repente, helo aquí, pérdida o duelo grande tendrás, a pesar de las acciones nobles de cierto modo pueriles, dado el entorno de una barriada torpe, que a veces exhala sus claves miserables adondequiera que vas, relumbradas en el tres de oro, y guardan relación con este mozo rubio, no le aceptes ningún brindis, ni te guíes de los rubies de topacio solventado en sus plumas azules, que soplan desde el sombrero al viento del antimundo y la Vía Láctea, ni de su plumaje de pavo y rey en el casquete de punta, su calzón corto de pirata veraniego y su lazo prendido al costado del cinto, la camisa verde con anchas mangas en piquete, no le hagas caso ni por pienso y peonías a este Aquiles rubio y mucho menos le aceptes el convite de esa copa también rubia, que lo hace nada más que de pura maldad, no obstante el ademán gentil, su gesto no destila bonanza, insufla a las cariátides de ultratumba contra ti en actitud de guerra, apártate y aléjate y espera la llegada del rey de copas, el rey de reyes, que su manto encantado de armiño y dignidad azul es matrimonial; a él la riqueza de la balanza, la corona del espíritu y puede hasta que guarde bajo su traje cardenalicio a la justicia aurifiscente, mírala bordada como un laberinto de oro-peles sálmicos, tal ella misma, y cómo le andarán los asuntos a tu paz pública, esa estancia del Vía Crucis quieras o no influye con sus piruetas y girándulas en el espíritu, su carga tremolante de cascajos aglutina y enardece, descompone en ansiedades o pacífica de esmeraldas y rosicler o fragancia, igual que una estación

ensálmica o feliz, oh libérrimo albedrío en el andar, veamos, aquí llega un caballo gris de plomo caracoleante, baja la cabeza triste, como si no le gustara la misión que le han encomendado, es el caballo de espadas, su jinete mira hacia atrás y porta noticias, bien se ve que la envidia le corroe, la expresión de aparente nobleza encubre traición, apenas instrumento de acción en la balanza, espera órdenes de otro altísimo juez avaricioso, el sable erguido no es el emblema de justicia y defensa que apuras, mienten su capa corta verde tanto como su traje azul en el mensaje oblicuo, rebusca mejor qué se esconde y agita bajo esas plumas amarillas de violenta cromación que adornan el gorro aplanado tal un casquete bajo sus medias y espuelas canario, qué fermento ha destilado una coloración que no tramonta del astro rey entre arcoiris magenta y pilares de luz, son las monedas, amiguita, con que ese heraldo de la sombra ha vendido una y otra vez a Jesucristo a los piratas y ahora mismo acaba de venderte también, no tiembles, mas pon los dedos en cruz, porque es como si trajeras un demonio tras de ti y cuanto ese caballo significa es violencia e ignorancia, males muy ariscos para ir juntos, por eso era que el corcel, pegaso mensajero de las musas, inclinaba la cabeza triste; así como reza el inicio del diario que juzga tu destino, que yo no sé deletrear todavía ni quisiera nunca, todos tus días están sucios hoy, pero a cada uno le ha de caer su poquito de lluvia, para que lo sepas, amiga, no desesperes ahora ni después, el veredicto se afirma con otro naípe, este que cae al revés sobre el brasero y deja de leer de sí antes de extinguirse, cosas de dinero, causas de inquietud, lacerarán tu ser sin culpa; cuida tu oficio, limpia tu efigie, rostro gemelo al que barrunta como una gitana andariega este solecillo multiplicado por siete, manto rojo, ondúlale el busto y una cinta roja le adorna en torno a la ferviente cabellera amarilla, rojos tintes de ajena fabuladora penetran tapiar tu efigie, es esa la imagen que de ti desea el vehemente guardián amarillo, el tres de espadas ratifica tu vuelta y venida al mundo de Irás y no Volverás, sable derecho y sangrante al centro, dos láminas

flamíneas inversas le cubren los flancos, tres columnas de Damasco y Urangel de puño ígneo y azulgris hoja espejeante, con agarraderas de oro engastadas de rubíes, destellan quebraderos de cabeza, lejanías y extravíos del corazón, aunados a la quintuple estrella de Arcturus, esos tormentos que juntos han vivido y aún vivirán, no sé por cuánto tiempo, durante una ausencia tan larga, un largo instante de la eternidad, adviéndose aún, la distancia dispersa a los amigos y la vida no será ya la misma, oh longeva primavera, expiras a la búsqueda del paraíso perdido, ese hogaño cálido rincón de adolescencia y juventud, que el reencuentro no sea tarde para volver a hallarte, cae pues a mí, tú, el penúltimo naipe, desaparece entre mis brasas y que el brindis no culmine jamás, el eterno retorno de ti se expande en círculos concéntricos, la eternidad urdida en llama, y eclípsate rápido porque eres, llegada y diablo, caballo de copas, no te desalientes y brinda también traiciones, mientras creo que derramas hospitalidad y encanto, arriba a casa, desmonta, desata tu corcel de peluche y juguete, en tanto arde tu calzón verde ceñido y la ligera casaquilla azul de mangas doradas y, gracioso y leve como un duendecillo, a pesar de la afeminada juventud, tomas las riendas con firme varonil ademán y dices, soy yo, espíritu de travesti en Xarahlai, callas, y sólo cruje un ratico tu voz, como ese filamento de cascada cristalina y esmeralda que los ecos de abril retienen en el aire, arde en mí el manto cardíneo pasional del corcel, sus crines blancas de pegaso mágico, el leve perfil, hago que se hunda en la ceniza y no logren tus manos rescatar, ni siquiera, la mirada de unos ojos meditabundos como los del búho ensoñador, cadeneta de oro al cuello, de donde parten las riendas que empuñara el gentil travesti, arde en mí, arde y desaparece, llevándose consigo por lo eterno la copa que te ofrecía un líquido quizás satánico, tal vez embriagador, sin que se hubiera derramado una sola gota sanguínea ni hayas podido ver inextinto su tono color de las hetairas y las castañas que despiden el sol para verle renacer, que lo despiden, fulgor de lo imposible, y esperan verlo un día.



# *Índice*

7/	Uno
9 /	Primavera
31/	Dos
35 /	Estío
55 /	Otoño
59/	Tres
75 /	Invierno
77 /	Cuatro